

BBC

DOCTOR WHO



AUDIO
WHO

LA
ÚLTIMA
RESISTENCIA
DEL
UNDÉCIMO
DOCTOR



HISTORIAS de TRENZALORE

Tales of Trenzalore

Índice general

Acerca del libro	6
Acerca de los autores	7
Historias de Trenzalore	9
Let it Snow	13
Capítulo 1	13
Capítulo 2	17
Capítulo 3	23
Capítulo 4	29
Capítulo 5	35
Capítulo 6	39
Capítulo 7	45
Capítulo 8	49

An Apple a Day	55
Capítulo 1	55
Capítulo 2	59
Capítulo 3	63
Capítulo 4	65
Capítulo 5	71
Capítulo 6	77
Capítulo 7	81
Capítulo 8	85
Capítulo 9	89
Capítulo 10	97
 Strangers in the Outland	 103
Capítulo 1	103
Capítulo 2	109
Capítulo 3	115
Capítulo 4	121
Capítulo 5	127
Capítulo 6	133

Capítulo 7	139
The Dreaming	151
Capítulo 1	151
Capítulo 2	157
Capítulo 3	165
Capítulo 4	173
Capítulo 5	179
Capítulo 6	189
Notas de traducción	199

Acerca del libro

Como se había predicho, los ejércitos del Universo se reunieron en Trenzalore. Sólo una cosa se oponía entre el planeta y la destrucción: el Doctor. Durante 900 años, defendió el planeta, y el pequeño pueblo de Navidad, contra las fuerzas que lo destruirían.

Nunca supo cuánto tiempo podría mantener la paz. Nunca supo qué criaturas emergerían de la nevada noche de nieve para amenazarlo. Sólo sabía que al final moriría en Trenzalore.

Algo de lo que sucedió durante esos terribles años está bien documentado. Pero la mayoría permanece envuelto de misterio y oscuridad.

Hasta ahora.

Esta es una ojeada de algunos de los terrores que la gente afrontó, las monstruosas amenazas que el Doctor derrotó. Estos son los relatos de los monstruos que se encontraron con miedo, y de aquel hombre que no.

Relatos de Trenzalore documenta cuatro de las aventuras del Doctor en diferentes periodos durante el Asedio de Trenzalore y la subsiguiente batalla:

Deja que Nieve - por Justin Richards

Una manzana al día - por George Mann

Extraños en las Tierras Lejanas - por Paul Finch

Los sueños - por Mark Morris

Acerca de los autores

Justin Richards

Un célebre escritor y consultor creativo de BBC Books de la gama de libros de Doctor Who, Justin Richards vive y trabaja en Warwick con su esposa y dos hijos. Cuando no está escribiendo, puede ser encontrado satisfaciendo su pasión por inventar, leer y ver demasiada televisión.

Mark Morris

Mark Morris se convirtió en un escritor a tiempo completo en 1988, y un año más tarde vio el lanzamiento de su primera novela, *Toady*. Desde entonces ha publicado unas nuevas dieciséis novelas, entre las que se encuentran *Stitch*, *La Inmaculada*, *El Secreto de la Anatomía*, *Fiddleback*, *El Diluvio* y cuatro libros de la popular gama de Doctor Who.

Sus historia cortas, novelas, artículos y reseñas han aparecido en una amplia variedad de antologías y revistas, y es editor del aclamado *Cine Macabre*, un libro de cincuenta ensayos de películas de terror por influyentes del género, por el cual ganó el *British Fantasy Award 2007*. También escribe bajo el nombre de J.M. Morris. Para saber más acerca de Mark Morris visita su página web en www.markmorriswriter.com.

George Mann

George Mann es el autor de la serie de misterio steampunk *Newbury y Hobbes*, así como de otras numerosas novelas, relatos y audio-libros originales. Ha editado varias antologías incluyendo.

El libro *Solaris de Nueva Ciencia Ficción*, *El Libro de Solaris de Nueva Fantasia* y una retrospectiva colección de historias de *Sexton Blake*, *Sexton Blake, Detective*. Vive cerca de *Grantham*, Reino Unido, con su esposa, hijo e hija.

Paul Finch

Paul Finch es un ex policía y periodista. Se fue metiendo en el tema literario escribiendo episodios del drama para la televisión *The Bill*, y ha escrito extensamente en el campo de la animación infantil. Sin embargo, probablemente es más conocido por su trabajo en la fantasía y el horror. Su primera colección, *Aftershocks*, ganó el *British Fantasy Award* en 2002, mientras que ganó el premio de nuevo en 2007 por su novela corta, *Kid*. Más tarde, en 2007, ganó el *International Horror Guild Award* por *The Old North Road*. Ha escrito dos audio dramas de *Doctor Who* para *Big Finish*; *Leviathan* y *Centinelas del Nuevo Amanecer*. Paul vive en Lancashire, con su esposa y sus hijos.

Doctor Who: Historias de Trenzalore

Justin Richards, Mark Morris, George Mann y Paul Finch

Historias de Trenzalore

Como se había predicho, los ejércitos del universo se reunieron en Trenzalore. Sólo una cosa se opone entre el planeta y la destrucción: el Doctor. Sólo una cosa se interponía entre el Doctor y la próxima Gran Guerra del Tiempo: su nombre. Durante 900 años, defendió el planeta y la pequeña ciudad de Navidad contra las fuerzas que lo destruirían.

Detrás de la barrera de la tecnología mantenida por la Iglesia de la Orden Papal, en el corazón del Filtro de Verdad, cerca de la grieta entre este universo y el siguiente, el Doctor se mantuvo firme entre la vida y la muerte. Nunca supo cuánto tiempo podría mantener la paz. Nunca supo qué criaturas podrían emerger de la nevada noche para amenazarlo. Sólo sabía que al final moriría en Trenzalore.

Algo de lo que pasó durante esos terribles años está bien documentado. Pero la mayoría de ello ha permanecido envuelta en misterio y oscuridad.

Hasta ahora. . .

Reunidos en este volumen son sólo cuatro incidentes del tiempo en que el Doctor pasó en Trenzalore. Cuatro historias de heroísmo y peligro. Cuatro historias que documentan lo lejos que el Doctor iría a fin de proteger el lugar que él había convertido su hogar. Cuatro de cientos, tal vez, miles.

Con el tiempo, seguramente más historias surgirán sobre cómo el Doctor protegió el pueblo de Navidad, y de cómo la gente del pueblo lo llevaron a su corazón y amaron el tiempo que les compró. Pero por el momento, solo tenemos rumores, y leyendas, mitos e historias.

Relatos de Trenzalore...

Let it Snow

Justin Richards

Capítulo 1

El cielo ardió. Crantle estaba acostumbrado a las luces que salpicaban las largas noches, las estrellas y las innumerables naves espaciales que orbitaban Trenzalore y que lo habían hecho desde antes del nacimiento de su abuelo. Pero esto era algo diferente. Un rastro de fuego ardiente a través del cielo y que se estrellaba al otro lado de la cresta alta que rodeaba la ciudad de Navidad.

Crantle vivía fuera de la comunidad principal. Hacía los trineos cargados de nieve que iban a las comunidades periféricas. El parque de nieve de Navidad era la principal fuente de agua para muchos de los nuevos asentamientos de Trenzalore. Crantle cosechaba la nieve, embalándola en las bodegas de aislamiento de sus trineos. Viajaban en un pequeño convoy, Crantle iba en el trineo de delante, gritando a los perros, a pesar de que conocían la ruta tan bien como él. Los trineos le seguían, atados entre ellos, cogiendo velocidad sobre el suelo helado.

Cuando la nieve dio paso al hielo, y el hielo poco a poco dio paso a un paisaje más verde, Crantle deslizó las ruedas debajo de los trineos para continuar en horas de la noche casi perpetua. Un viaje de ida y vuelta le llevaba más de una semana. Más de una semana sin ninguna compañía, excepto los perros y su propio canto desafinado. Algunos hombres se hubieran vuelto locos, pero Crantle amaba cada minuto de ello .

Pasaba el tiempo entre los viajes ocupándose de los perros, y preparando los pequeños invernaderos donde cultivaba sus propias verduras, cualquier cosa que disminuyera su dependencia de los demás. Recibía carne y fruta a cambio de la nieve con la que negociaba.

No tenía pensado hacer otro transporte de nieve durante varios días, por lo que el cielo ardiente era una curiosa distracción. Crantle se sentó en su silla de madera preferida del porche, y observó el rastro de fuego abrasador de las estrellas y las naves distantes. Desapareció detrás de la cresta en una repentina lluvia de chispas. En las profundidades de la noche, dos líneas más de fuego grabaron un camino hacia el planeta. Pero Crantle no se dio cuenta de aquello. Su atención estaba en el moribundo resplandor donde había caído la primera bola de fuego.

“Meteorito” era un nombre en algún lugar en el fondo de su memoria. Una roca cayendo desde el cielo. Una de las comunidades con las que Crantle hacía negocio era un pequeño pueblo minero. Cavaban en el suelo, en la roca, en busca de valiosos minerales. Quizás Crantle no necesitara molestarse en excavar. Tal vez la roca que había visto cayendo se hubiera roto en una ráfaga de escombros a través del paisaje. Era poco probable, pensó Crantle, pero no tenía nada mejor que hacer que echar una mirada. Vivía cerca de la cima de la cordillera, por lo que sería probablemente menos de una hora de caminata. Incluso si no merecía la pena, podría ser interesante.

La luz de las lunas gemelas de Trenzalore reveló una cicatriz ennegrecida por donde había pasado la estela de fuego en el cielo. La nieve ya cubría de nuevo el suelo quemado, los copos sibilando y derritiéndose donde caían sobre los parches calientes. Crantle caminaba junto a la tierra desnuda, usándola como un camino que lo guiara al meteoro, tanteando la nieve de delante de él con su largo bastón de madera. Solo podía distinguir la forma oscura e irregular del meteoro empujado contra el borde de una zona boscosa.

Los pinos lunares se balanceaban suavemente en la brisa fresca, esperando pacientemente a los pocos minutos de luz del día que los mantendrían a través de la siguiente noche. Crantle escudriñó las sombras a la luz de las lunas, casi esperando ver la forma desgarrada del Doctor esperándole entre los árboles. Si alguien de Navidad llegó a ver lo que había caído más allá de la cordillera, sería el Doctor. Si había alguien en Navidad con quien Crantle realmente disfrutaba hablando, era el Doctor. Había algo en el hombre que inspiraba confianza. De alguna manera Crantle sentía que

podía estar a solas con el Doctor, no habría entrometimientos, ni preguntas corteses, ni conversaciones sin sentido simplemente porque sí.

Pero al llegar al final del camino chamuscado a través de la nieve, Crantle no vio a nadie. Frente a él, el meteoro estaba echando humo como si todavía estuviese ardiendo. Su lado dentado brillaba bajo la luz de la luna, emitiendo vapor, derritiéndose. El agua se agrupaba alrededor de la base del mismo, corriendo por la herida que había causado en la tierra. Era casi el doble de la altura de Crantle, e igual de profundo, una esfera áspera redondeada por el calor de su llegada. Y, para sorpresa de Crantle, estaba hecha de hielo. Mientras se acercaba, no era calor lo que sentía en su rostro, pero sí un escalofrío.

Crantle tocó el hielo con su bastón de madera. Acercándose más, alargó una mano vacilante, acariciando un lado del hielo. Podía sentir el frío a través de su grueso y acolchado guante. Pero también algo más, un temblor débil, una vibración. Como si el hielo estuviera temblando de su propio frío. Frotó la superficie con el guante, aclarando la escarcha y dejando una superficie lisa y vidriosa. Reflejaba las lunas y las estrellas, su luz plasmada y distorsionada sobre la superficie ondulada.

Pero bajo las luces brillantes, en lo profundo del propio hielo, había otra forma, oscura y borrosa. ¿Una figura? Temblando, como si estuviera luchando por moverse dentro de su tumba de hielo. Un truco de la luz de las lunas, pensó Crantle. Nadie podría sobrevivir dentro de un bloque de hielo. Y este hielo se había caído del cielo, nadie podía estar en su interior.

El sonido era como el chasquido de un árbol mecido por el viento. Una grieta repentina, y toda la sección de hielo delante de Crantle se partió, de arriba a abajo. Una sección se separó, estrellándose contra el suelo y rompiéndose como el cristal. Instintivamente, dio un paso atrás. Momentos después, un puño atravesó el hielo cerca de donde había estado su cabeza. Afiladas astillas transparentes salieron disparadas hacia la cara de Crantle, irritándole las mejillas y alojándose en su barba.

Si gritó de la sorpresa o el miedo, el sonido se perdió en la explosión de hielo a la vez que la criatura en el interior destrozó este en su salida y se puso delante de él. Una figura enorme, que se elevaba por encima de Crantle, encerrado en una armadura de color verde oscuro como las escamas de un reptil. La cara estaba escondida detrás de un casco que le cubría

la cabeza, con los ojos protegidos por cristales oscuros que reflejaban el rostro asustado de Crantle. Tenía finos labios exangües fruncidos en una mueca que podría ser de desprecio. O de diversión.

La única defensa de Crantle era el bastón de madera que sostenía. Lo blandió frente a él, esperando a ver la reacción de la criatura, tratando de decidir si era más seguro quedarse ahí o correr. No esperó que hablara.

—Primitivo—dijo la figura con voz áspera, su voz era un susurro ronco—. Te rendirassss a nosotrosss—dando un torpe paso hacia adelante, extendió su mano hacia Crantle.

Crantle reaccionó sin pensar, golpeando con la pesada vara de madera el pecho de la criatura. La criatura se tambaleó ligeramente bajo el impacto. Crantle retrocedió el bastón para atacar de nuevo, pero la criatura se movió más rápido de lo que había previsto. Una mano como una tenaza agarró el bastón entre los rechonchos dedos de su guante, arrancándolo de las manos de Crantle. La criatura lo lanzó lejos, la enorme mano se disponía ahora a agarrar a Crantle.

Dio un paso atrás, volviéndose para correr, pero era demasiado tarde. La mano cubierta de armadura de la criatura se cerró sobre la nuca de Crantle. Sintió que lo levantaban en el aire. El mundo era un borrón en movimiento, árboles, hielo, el rostro impasible de la criatura, suelo nevado dirigiéndose hacia él. Entonces llegó la oscuridad.

El Guerrero de Hielo examinó por un momento el cuerpo inerte del humanoide, buscando señales de vida. No había ninguna. Dio un silbido de satisfacción. Arriba, el cielo era recorrido por el camino ardiente de otro meteorito de hielo. Un tercero lo seguía de cerca. Impactaron uno detrás del otro a lo largo de la cresta, justo dentro de la línea de árboles.

El guerrero pasó sobre el cuerpo de Crantle y se abrió camino hacia el más cercano de los meteoros.

Capítulo 2

Para cuando el Guerrero de Hielo llegó al más cercano de los dos meteoritos que se habían estrellado por las inmediaciones, el guerrero que había estado dentro ya estaba rompiendo la superficie de su cápsula de hielo. Se encontraba en una masa de hielo roto, contemplando el paisaje cubierto por la noche, la cresta de nieve que se interponía entre ellos y el pequeño pueblo de Navidad, el terreno ondulado, las maderas oscuras.

Los dos guerreros se saludaron con un silbido de satisfacción. Hasta ahora no había ningún indicio de que la Iglesia del Orden Papal hubiera detectado su llegada. Todos los sistemas de comunicaciones y toda la tecnología habían sido retiradas de su armadura, para que no hubiera nada que se pudiera detectar, sin emisiones, sin fugas de procesador, sin fuentes de energía.

—¿Dónde está Lord Ssardak? —dijo el segundo guerrero—. ¿Lo viste llegar?.

El primer guerrero señaló hacia el bosque.

—Su cápsula de hielo cayó cerca.

Se pusieron en marcha a la vez, atravesando la nieve pesadamente hacia la oscuridad del bosque.

Detrás de ellos, una figura curiosa se asomó desde detrás de un arbusto delgado. Se apartó el pelo congelado de sus ojos, y se apresuró tras los guerreros, cuidando de mantenerse bien atrás y fuera de la vista. Cuando los guerreros desaparecieron entre los árboles, esperó un rato, asegurándose de no hacer ningún ruido que delatara su presencia, para luego seguirles.

Inmediatamente, ya era de noche. Las ramas esqueléticas y los nudosos

troncos de los árboles estaban iluminados por la pálida luz de las lunas. Delante de él, podía oír a las enormes criaturas abriéndose paso entre la maleza y la vegetación.

El tercer meteorito había hecho un agujero a través del dosel del bosque. La enorme bola de hielo parecía brillar bajo la luz de las lunas brillando a través de la brecha entre los árboles rotos. Una espesa niebla se aferraba al suelo por el vapor y el lento descongelamiento del hielo. Los dos guerreros marcharon hasta el hielo, con la niebla arremolinándose alrededor de sus pies. Al unísono levantaron sus enormes puños, y juntos golpearon el hielo.

Mirando desde la cercana cubierta, el hombre que los había seguido por el bosque vio a los guerreros rompiendo el hielo. Finalmente, dieron un paso atrás y una tercera figura surgió de entre los restos destrozados del meteorito. Un poco más bajo que los guerreros, más elegante en la armadura ceñida que era de alguna manera elegante a la vez que brutal. Una capa oscura colgaba debajo y detrás de su casco alargado, y cuando habló, su voz fue menos pesada que los tonos ásperos de los guerreros.

–Essbur, Zontan, lo habeisss hecho bien.

Los guerreros saludaron a su señor, con un puño en la coraza.

–Losss componentesss llegarán pronto –susurró Essbur, el primer guerrero en llegar al planeta.

–Debemosss obssservar –agregó Zontan.

Ssardak asintió.

–Estos árboles oscurecen la vista. Muéstrame la forma más rápida de salir de este bosque.

Los guerreros se volvieron y se dirigieron pesadamente de vuelta por donde habían venido. El hombre que los observaba se introdujo de vuelta en la maleza y contuvo la respiración. Sólo cuando los guerreros hubieron pasado dejó escapar un torrente de alivio en forma de vapor de aire. Casi se ahogó cuando un pesado puño se cerró sobre su hombro.

No era un hombre de baja estatura, pero su cabeza apenas llegaba al hombro del guerrero que lo lanzó fuera de su escondite. El brazo libre de la criatura se levantó, listo para golpear como un martillo. El hombre se preparó para el impacto.

—Espera —ordenó Ssardak.

Se dirigió hacia el hombre y le miró.

—Puede sernos útil —se volvió y continuó siguiendo al otro guerrero en su camino. El guerrero arrastró al hombre tras ellos.

En el borde del bosque, las cuatro figuras se detuvieron. Dos guerreros enormes, el alto y aristocrático Señor del Hielo y el humano desaliñado, con el abrigo húmedo.

—¿Quién eres? —exigió Ssardak.

El hombre se encogió de hombros.

—Yo vivo aquí, eso es todo. Vi las bolas de fuego. Vine a mirar. No queria hacer daño. No iba a interferir. ¿Puedo irme a casa? —añadió esperanzado.

Ssardak se inclinó, tan cerca que el hombre pudo ver su propio rostro reflejado en los oscuros escudos oculares del Señor de Hielo.

—Yo soy Lord Ssardak. Estos son mis guerreros: Essbur y Zontan. Si tratas de escapar, ellos te matarán. ¿Lo entiendes?.

El hombre asintió con furia.

—¿Qué quereis?.

—En primer lugar, tu nombre.

—Puedes llamarme Elías.

—¿Conoces este área?.

Elias asintió.

—He vivido aquí durante mucho tiempo. La conozco tan bien como cualquiera.

Ssardak dio un silbido de satisfacción.

—Entonces mira —alzó el puño hacia el cielo, donde cuatro diminutos puntos de luz fueron rayando entre las estrellas, creciendo constantemente más brillantes y más grandes.

—¿Qué son? —susurró Elías—. ¿Estrellas fugaces?.

—Cápsulas de hielo, como las que nos transportaron. Sólo que mucho más pequeñas.

—¿Quieres decir que hay algo dentro de ellas? ¿Más de tus guerreros?.

Ssardak miró al hombre.

—He dicho que eran más pequeñas. Lo que haya dentro no te concierne. Mirarás en que lugar aterrizan. Ahora, observa.

Se quedaron en silencio mientras las cápsulas se apresuraban hacia ellos, chillando por encima y desapareciendo en la distancia en un resplandor de fuego. Las chispas y las llamas se dispararon de cada uno de los cuatro puntos de impacto más abajo en el valle.

—Ahora dime —dijo Ssardak, volviéndose a Elías— y sé que a esta distancia del Campo de la Verdad no puedes mentir. ¿Puedes ayudarnos a encontrar las cápsulas?.

—Sí —dijo Elías—. Pero tantos meteoros en una noche no habrán pasado desapercibidos, otras personas los habrán notado. Estarán buscando también.

—¿Te refieres al Doctor?.

Elías asintió.

—Tiene derecho a meterse en cualquier cosa fuera de lo común.

—¿Conoces al Doctor? —silbó Essbur.

—Todo el mundo conoce al Doctor. ¿Es por lo que estáis aquí?.

—¿Por qué si no? —gruñó Ssardak.

—Entonces os ayudaré —dijo Elías.

Ssardak lo miró de cerca.

—¿Traicionarías a tu propia gente?.

—Ya lo he hecho antes —dijo Elías. Había un dejo de tristeza en su tono.

—¿Por qué nos ayudarías? —exigió Zontan.

—La vida ha cambiado desde que llegó el Doctor. Antes, si las historias son verdad, Navidad era un lugar apacible y feliz. Desde que el Doctor llegó, he temido por mi vida casi todos los días.

—¿Así que podemos confiar en tí? —dijo Ssardak.

—Yo te ayudaré a encontrar las cápsulas de hielo —dijo Elías.

—Eso es evidentemente cierto. ¿Pero nos traicionarás? ¿Vas a contarle al Doctor acerca de nosotros, de las cápsulas?.

Elías sonrió levemente. Se limpió la nieve de la frente y de las cejas con el dorso de la mano.

—Como has dicho, no puedo mentir, no aquí. Y te prometo que no diré una palabra al Doctor sobre vosotros ni sobre lo que estéis haciendo.

—Entonces nos ayudarás a Essbur y a mí a recuperar las cápsulas —dijo Ssardak—. Sírvenos bien, y te dejaremos vivir.

Elías asintió.

—La más cercana de vuestras cápsulas parecía que bajaba hacia el Claro de Everdell, justo al pasar el arroyo congelado. Te llevaré allí.

Empezó a atravesar el paisaje iluminado por las lunas, vadeando a través de los gruesos montones de nieve. Cuando miró hacia atrás, vio que Ssardak y Essbur estaban cerca de él. Pero el otro guerrero, Zontan, dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas en la otra dirección.

—Va por el camino equivocado —protestó Elias—. Ninguna de vuestras cápsulas cayó por allí. ¿A dónde va?

—No te concierne —silbó Ssardak—. Zontan tiene otra misión que cumplir. Pero todos trabajamos para los mismos fines.

Essbur asintió, extendiendo un enorme brazo y empujando hacia delante a Elias.

—La muerte del Doctor.

Capítulo 3

Un grupo de alrededor de una docena de personas se abrió paso a través de los campos nevados hacia la cresta. A pesar de la luz de las lunas, llevaban linternas. Muchos de ellos tenían palas. Cuando llegaron a la cima de la cordillera, se dividieron en parejas, cada pareja fue en una dirección diferente para continuar con su búsqueda.

—Si está tan interesado en encontrar esas bolas de fuego —se quejó Mattias—¿por qué no está el Doctor con nosotros?.

—Él no puede estar en todas partes a la vez —señaló María, su esposa—. Pero él también está buscando. Si él piensa que estas bolas de fuego son importantes, entonces debemos buscarlas. El Doctor se reunirá con nosotros muy pronto, ya lo verás. Éstará con algunos de los otros, y estoy segura de que no son ni la mitad de gruñones que tú.

—No tendría que haber venido —gruñó Mattias.

María entrelazó su brazo con el de él mientras caminaban hacia adelante a través de la nieve.

—No, no tendrías. Pero aquí estamos.

Dos horas más tarde, era María la que se quejaba. Tenía frío y estaba cansada, y no habían encontrado nada.

—Tal vez deberíamos renunciar y volver a casa —dijo.

Mientras hablaba, una figura alta y desgarbada se apresuró hacia ellos, saltando a través de la nieve con entusiasmo.

—¿Rendirse?. No podemos darnos por vencidos. No hemos hecho más que empezar —el Doctor miró hacia el cielo, abriendo su boca para dejar

que varios copos de nieve cayeran dentro. Cerró su boca—. Saboread la nieve. Es una buena cosecha.

—¿Por qué estamos buscando esas bolas de fuego? —exigió Mattias—. ¿De qué nos sirven?

—¿A nosotros?. Para nada en absoluto.

—Bien, entonces...

—Pero tienen que ser útiles para alguien, o de lo contrario ¿por qué enviarlas?. Dime, ¿por qué enviarlas?

—Muy bien —desafió Maria—. ¿Por qué?

—Bueno, yo no lo sé —admitió el Doctor—. Pero creo que deberíamos averiguarlo, ¿no crees?. No respondas a eso. Mira, les he dicho a los demás que nos encontraremos en la hondonada detrás del Macizo del Predicador en una hora, ¿de acuerdo?. Johann está haciendo un fuego y el Viejo Thom dijo que va a organizar una barbacoa de desayuno. Eso es lo que hay de bueno en las largas noches de aquí, que nunca estás lejos del desayuno. Así que os veré allí, ¿no?

—Sí, está bien—respondió Mattias—. De acuerdo—no pudo evitar sonreír ante la actitud enérgica del Doctor.

El Doctor ya estaba corriendo de vuelta a través de la nieve, medio corriendo, medio saltando.

—Y si encuentras una bola de fuego, llévala contigo. Salvo que esté demasiado caliente como para cogerla, claro.

La mejor manera de recuperar las cápsulas de hielo antes que nadie era separarse. Essbur era reacio a permitir que el ser humano fuera por su cuenta, pero Ssardak no parecía preocupado. Más tarde, cuando Essbur regresó con la segunda de las cápsulas de hielo, no había ninguna señal de Elias.

—Él no nos traicionará —aseguró Ssardak al guerrero—. Nos dio su palabra.

—¿Se puede confiar en la palabra de un ser humano?.

Los finos labios de Ssardak se torcieron en una sonrisa leve.

—No confiar en él sería deshonesto. Pero él nos dio garantías y el Camino de la Verdad significa que no mentía.

—¿Y si no vuelve?.

—No habría mucha diferencia —dijo Ssardak—. Pero aquí está.

Efectivamente, Elías se tambaleaba de regreso hacia ellos a través de la nieve. Se detuvo para recuperar el aliento antes de hablar.

—Hay gente —dijo con voz entrecortada—. De la ciudad. Creo que están buscando vuestras cápsulas de hielo.

—¿Te vieron? —preguntó Essbur.

—Sé cómo permanecer oculto cuando quiero.

—¿Has localizado alguna de las cápsulas? —preguntó Ssardak.

Elías negó con la cabeza.

—¿Y vosotros?.

—Dos —dijo Ssardak—estaban muy cerca la una de la otra.

Se hizo a un lado para revelar las cápsulas que yacían en la nieve detrás de él. Cada una era una esfera áspera de hielo, del tamaño de las bolas que los niños de Navidad pateaban por diversión. Dentro de su corazón reluciente, Elías pudo ver la forma vaga de algo congelado dentro.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Los primeros componentes —dijo Ssardak—. Ahora tenemos que encontrar las otras cápsulas antes de que los seres humanos den con ellas.

—Una de ellas vino por el otro lado de esa zona boscosa —dijo Elías—. Está un poco más lejos, pero es más rápido bordeando el borde que intentando atravesarlo.

—¿Y la cuarta? —siseó Essbur.

—Abajo en el valle, creo. Ahí es adonde se dirigía la gente que vi.

—Entonces debemos ir allí primero —dijo Essbur.

—Os verán —señaló Elías—. Yo iría más rápido. Sin faltar al respeto—añadió rápidamente—. Pero si quereis mantener todo esto en secreto, ¿tal vez debería buscar esa cápsula y vosotros conseguir la otra?.

Ssardak extendió la mano y agarró el hombro de Elías mientras lo consideraba.

—No les diras nada a nadie sobre nosotros ni sobre nuestra presencia aquí —gruñó—. Dilo.

—Por supuesto —el rostro de Elías se retorció por el dolor—. No le diré nada a nadie.

Ssardak aflojó la presión.

—Eso es bueno. Porque si lo haces, Essbur te matará.

—No lo había dudado ni por un momento —dijo Elias, frotando su hombro. Forzó una sonrisa—. Entonces, nos volveremos a ver aquí, con las cápsulas.

Ssardak esperó hasta que el hombre estaba casi fuera de la vista antes de dar a Essbur sus órdenes.

—Síguelo. Si los seres humanos ya han encontrado la cápsula, recupérala. Ellos sabrán que estamos aquí muy pronto, una vez que Zontan haya completado su misión.

Más abajo en las laderas, Zontan casi había llegado a la ciudad. El enorme guerrero avanzaba pesadamente por la nieve, dirigiéndose directamente hacia su objetivo. Su misión era simple y directa. Y una vez completada conduciría inevitablemente a la muerte del Doctor.

En el momento en que María y Mattias se unieron a los demás alrededor del fuego, había un cerdo asándose en un asador y varios agricultores locales habían salido para ver qué estaba pasando. Había tal vez veinte personas sentadas alrededor de la hoguera, calentándose y disfrutando del olor del inminente desayuno. María conocía a la mayoría de ellos, pero no a todos. Algunos de los agricultores de fuera del pueblo, más allá de la cordillera, se mantenían a sí mismos.

El Doctor estaba sentado con las piernas cruzadas, algo alejado del fuego. En sus manos estaba girando lo que parecía ser una gran bola de hielo, y estaba haciendo malabares con ella. Finalmente, la dejó en el suelo frente a él, y se inclinó hacia delante para mirarla fijamente.

—¿Es eso lo que hemos estado buscando? —le preguntó María cuando Mattias y ella se sentaron a su lado.

—Sí —respondió él con aire ausente. Entonces su rostro se quebró en una amplia sonrisa mientras miraba hacia ellos—. Así que has venido. El desayuno, no puede esperar.

—¿Qué es? —preguntó Mattias.

—Es una comida que haces a primera hora de la mañana. ¿No me digas que nunca has tomado un desayuno antes?. ¡Oh, estás a punto de probar una delicia!.

—Quiere decir la bola de hielo —explicó María—. Sabemos lo que es el desayuno.

El Doctor asintió.

—Oh, sí. Por supuesto que sí. Si esto fuera tan fácil como el desayuno —cogió de nuevo la bola de hielo—. Mira, hay algo dentro, ¿puedes verlo?.

La sostuvo, de manera que las vacilantes llamas de los fuegos brillaban a través del hielo que se fundía.

—¿Por qué poner algo dentro del hielo? —preguntó María—. ¿O es que se quedó atrapado en una helada?.

—No, esto fue deliberado. Para pasar los escáneres de tecnología—El Doctor tiró la bola al aire y la atrapó de nuevo—. Cae pasado, el contenido es inerte y pasivo. Sólo un meteorito con un poco de composición metálica. A nadie le importa.

—Excepto a tí —dijo Mattias.

—Siempre hay excepciones. Y yo soy excepcional —rodó la bola más cerca del fuego. Su superficie brillaba y el agua goteaba de ella al comenzar a derretirse—. Dentro hay un componente. Una parte de algo.

—¿Parte de qué? —preguntó María.

—¿Un arma?. Quién sabe. Pero querrán recoger los pedazos y juntarlos. Tan pronto como lo hagan, nuestros amigos de arriba lo sabrán, por supuesto —El Doctor miró hacia el cielo estrellado—. Así que lo que quiera que sea debe de ser bastante devastador. O hará algo que no se revele como tecnología inesperada—se inclinó hacia delante para mirar el agua corriendo por el lado de la bola de hielo, que se descongelaba y se redujo a la forma oscura en su interior.

—Fascinante, ¿no?.

—Pero, si es parte de algo —dijo María lentamente—. ¿El que lo envió podría estar buscando las piezas?.

El doctor se enderezó.

—Ah —dijo—. Oh.

—¿Qué?

—Bueno, dos cosas realmente. En primer lugar, tienes razón.

—¿Y en segundo lugar? —incitó Mattias.

—En segundo lugar creo que están aquí.

Asintió con la cabeza hacia la oscuridad más allá del fuego. María pudo distinguir una forma acercándose, una figura enorme, avanzando pesadamente hacia ellos a través de la nieve.

Capítulo 4

—Mattias —dijo el Doctor en voz baja—. Que todo el mundo retroceda lejos del fuego. Ha venido por la bola de hielo. No te interpongas en su camino. Simplemente dejalo venir.

Varias personas habían visto ya a la criatura. Se incorporaron. Un hombre, Jedkah, blandió una pala.

—¿Quién eres?. ¿Qué quieres? —gritó.

Mattias sacó a Jedkah fuera del camino cuando la enorme criatura arremetió contra él. Su enorme puño golpeó el final de la pala, enviandola lejos dando vueltas.

—Atrás —gritó Mattias—. Todo el mundo atrás, fuera de su camino. Dejad que coja la bola de hielo y se irá.

—¿Qué es? —preguntó María mientras todos se reunían en el lado más alejado del fuego.

—Un Guerrero de Hielo —le dijo el Doctor en voz baja—. Os aplastará como a una mosca si tratáis de detenerlo. No tienen sentido del humor, creo. No he hecho risas con los Guerreros de Hielo.

Uno de los hombres fue más lento que los demás para salir del camino de la criatura. El guerrero lo empujó violentamente a un lado. El hombre rodó, en una ráfaga de nieve y gritos de dolor.

—¡Mattias! —le indicó el Doctor.

No necesitó decirlo otra vez. Mattias agarró la bola de hielo y la arrojó al guerrero que se aproximaba. Casi acertó en la cabeza del guerrero y aterrizó en la nieve cercana.

Uno de los campesinos de la parte exterior del grupo huyó hacia la seguridad de su casa. Tal vez era el más sensato, pensó María.

Haciendo caso omiso de la gente, el Guerrero de Hielo se agachó para recuperar la pelota de hielo que se fundía, sujetándola firmemente, luego se giró y se dirigió lejos de ahí, regresando a la oscuridad de la noche. Inmediatamente, varias personas se apresuraron a ayudar a Benedicto, el hombre que había sido golpeado a un lado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Mattias mientras la criatura era devorada por la oscuridad.

—Tenemos que volver a Navidad —dijo el Doctor—. Por lo menos, yo. ¿Por qué no os quedais todos a desayunar?. Aseguraos de que Benedicto está bien.

—Pero esa cosa, el Guerrero de Hielo, tiene lo que vino a buscar —dijo María—. Dijiste que era parte de un arma.

—Sí, pero aún tienen que montar todas las piezas —dijo el Doctor—. Insertar pestaña “A” en la ranura “B” y todo eso. Tardarán eras, y entonces probablemente lo harán todo mal y tendrán que empezar de nuevo. A mí siempre me pasa. Así que estamos a salvo.

—¿De verdad lo crees?.

El Doctor suspiró.

—No, ni por un momento. Aquí estamos en el borde del Campo de la Verdad, pero aun así no puedo mentirte. Esto es sólo el principio. Así que como he dicho, necesito saber lo que realmente está pasando, y todos tenéis que desayunar —miró hacia la oscuridad, donde los pasos del guerrero de hielo estampados en la nieve mostraban por dónde se había ido—. Creo que lo vais a necesitar.

Elías estaba enojado. Essbur y Ssardak observaban impasibles mientras se estampó en la nieve y agitaba sus brazos.

—Podrías haber herido a alguien. En realidad has hecho daño a alguien. No era necesario. Lo tenía todo controlado.

—Tú estabas allí, con los otros seres humanos —silbó Essbur.

—Por supuesto que estaba. Ellos me conocen. Vivo cerca de aquí. No se sorprendieron cuando me presenté. Estaba esperando la oportunidad de recuperar vuestra preciosa cápsula de hielo.

—¿Estaba el Doctor presente? —exigió saber Ssardak .

—Por supuesto. Estaba examinando la cápsula de hielo, por eso no pude conseguirla. Pero él la dejó, cerca del fuego, para que se derritiera mientras todos comían el desayuno. Unos minutos más y podría haberme-la llevado sin que se diera cuenta. En lugar de eso, su guerrero entró y comenzó a golpear a la gente. Así que si el Doctor no sabía que estabais aquí antes, sin duda lo sabe ahora.

Durante unos momentos el único sonido que se escuchó fue la respiración de los Guerreros de Hielo. Entonces Ssardak habló.

—No es importante. He recuperado la otra cápsula, por lo que las tenemos todas. Y pronto Zontan completará su misión.

—Entonces, ¿qué será de mí? —preguntó Elias en voz baja.

—Mantente alejado de la ciudad, y sobrevivirás.

—¿Quieres decir que puedo irme?.

—Nos has servido bien, como prometiste. Vamos a honrar nuestro acuerdo.

—¿No te preocupa que vaya a avisar a alguien?.

Ssardak dio una ronca carcajada mientras tosía.

—Es demasiado tarde para advertirlos. Si estás en Navidad cuando ejecutemos nuestro plan morirás junto con el Doctor y los otros.

—¿Vas a matar a personas inocentes, junto con el Doctor?.

Essbur se acercó amenazadoramente hacia el hombre.

—Las bajas son inevitables. Agradece que ayudaste a los Guerreros de Hielo. Conoces nuestros planes.

—Oh, lo estoy —le dijo Elias—. Créeme, lo estoy.

Por un momento, le sostuvo la mirada al guerrero, la mirada fija en las profundidades de sus cubiertos ojos. Luego se volvió sin decir nada y se fue a la nieve.

El sigilo era importante hasta que Zontan hubiera completado su misión. Hasta entonces, tenía que pasar desapercibido. El enorme guerrero no estaba acostumbrado a ocultarse y a evitar la confrontación. Si hubiera podido llevar su disruptor sónico, podría haber entrado y completar su tarea. Pero el Gran Mariscal había insistido en que no podían correr el riesgo de que el disruptor pudiera ser detectado. Sin armas, sin comunicaciones,

tan solo la armadura estándar, y los componentes inertes que Lord Ssardak y Essbur estarían ahora recuperando y montando.

Así que Zontan permaneció en las sombras, oculto donde la noche era más oscura al lado de un viejo granero en el borde de la ciudad de Navidad. Su destino estaba a la vista, también justo en el borde de la ciudad. Puertas de metal enormes atravesando un camino cubierto de nieve que conducía hasta el edificio principal. En el interior, Zontan lo sabía, estaba lo que buscaba.

La maquinaria estaba automatizada. Pero varios humanos estaban presentes para garantizar que funcionaba sin problemas. De vez en cuando alguno salía del calor del interior para mirar al cielo y hacerse una idea de la cantidad de nieve que se arremolinaba en el aire. A medida que avanzaba la noche, Zontan construyó una imagen del horario humano, la frecuencia con la que salían, con qué frecuencia limpiaban las máquinas, cuando los seres humanos eran reemplazados por otros seres humanos, ...

Al fin, en lo que calculó era el momento óptimo, Zontan surgió de la oscuridad y se dirigió hacia las puertas de metal. Parpadeantes lámparas alimentadas por los generadores ineficientes y poco confiables de Navidad iluminaban distorsionadas, creando sombras rotas del guerrero en toda la tierra.

Una gruesa cadena aseguraba las puertas, en bucle a través del metal y sostenidas por un gran candado. Zontan ignoró la cadena, y forzó las puertas a abrirse. La cadena tintineaba y protestaba, gritó, y chasqueó, los eslabones rotos se dispersaron en la nieve. A medida que Zontan se acercaba al edificio principal, la nieve en torno a él se espesaba. Podía ver los copos arremolinándose hacia arriba desde una amplia y alta chimenea que los dispersaba en el cielo nocturno, recortada contra una de las lunas. A medida que se arremolinaban frente a la Granja de Nieve, los copos estaban tan apretujados que parecían una delgada columna de vapor.

Las pesadas puertas de madera del edificio principal se abrieron fácilmente. Por un momento permaneció en el umbral, buscando alguna señal de vida en el interior. Todo lo que podía oír era el pesado ruido metálico de las ruedas dentadas y engranajes de torneado, el derrame del agua de la fuente debajo de la tierra gorjeando hacia arriba en las cámaras de nieve. Los compresores que enfriaban el aire por debajo de cero, y el zumbido de

los ventiladores que soplaban la recién enfriada nieve hacia arriba y fuera de la chimenea para dispersarla a través del paisaje listo para la cosecha.

Le llevó unos minutos encontrar la sección de control principal. Incluso el enorme guerrero fue eclipsado por la antigua maquinaria mientras permanecía de pie en el simple panel, inspeccionando las diversas palancas y diales, interruptores y lectores. Zontan dio un silbido de tranquila satisfacción cuando encontró los controles que necesitaba. Una palanca fue empujada al máximo. Una rueda se movió varias muescas. Una válvula se abrió en toda su extensión.

Zontan esperó a que los nuevos ajustes entraran en funcionamiento. La maquinaria respondió con lentitud y de manera ineficiente. Pero el sonido de los grandes motores se hizo más profundo y el ruido de los torrentes de agua se intensificó. Las agujas se balanceaban con todo el peso de sus diales. Las cámaras de nieve de cristal convirtieron globosos remolinos de copos blancos a una masa nebulosa de nieve congelada.

Sólo quedaba una cosa por hacer. Zontan agarró los lados del panel de control con sus poderosos puños, y lo arrancó.

Con los controles bloqueados en el máximo, el fino rastro de copos de vapor de la chimenea principal se convirtió en una nube ondulante de nieve que caía en foma de ventisca a través de Navidad.

Capítulo 5

El Doctor acababa de regresar a la Torre del Reloj cuando se produjo un martilleo en la puerta.

—Llevo aquí siglos, y no he tenido un solo momento de paz y tranquilidad —murmuró mientras iba a contestar—. Está bien, ya voy—gritó cuando el martilleo aumentó.

Fuera estaba un muchacho desaliñado con una gorra que era demasiado grande para su cabeza, orientada hacia abajo sobre sus ojos. La nieve se acumulaba en la parte superior de la gorra. El aspecto general era bastante cómico, pero el Doctor sabía por experiencia que no era correcto el reírse a carcajadas. En su lugar, se permitió una sonrisa.

—Symon, ¿no? —dijo el Doctor—. Levantó la gorra del muchacho, sacudió la nieve y la devolvió a su posición craneal—. ¿Qué puedo hacer por ti?. Se ha roto tu marioneta Arroyuelo de nuevo, ¿verdad?.

El muchacho estaba sin aliento, probablemente debido a todo el martilleo en la puerta.

—Está nevando —consiguió jadear finalmente.

El Doctor sonrió con indulgencia.

—Siempre está nevando aquí, en Navidad.

—No, está nevando de verdad.

El doctor frunció el ceño. La gorra de Symon estaba necesitando ya otro vaciado.

—¿La Granja de Nieve? —miró más allá del chico, con la esperanza de divisar la chimenea distante. Pero el aire estaba lleno de nieve y apenas podía ver a través de la plaza.

—Creo que algo va mal. Pensé que debías saberlo.

—Creo que debía —admitió el Doctor—. Gracias, Symon. Dile a los que veas que es mejor que se queden en casa hasta que esta tormenta haya terminado, ¿lo harás?. Eso te incluye a ti. Vete a casa, y quédate en ella.

El muchacho se volvió para irse. Luego vaciló. Una última pregunta.

—¿Tu también te quedarás en casa?.

El Doctor lo miró con una mirada comprensiva.

—¿Con una nevada como esta?. De ninguna manera. ¡Handles! —llamó—. Cuida de la tienda mientras yo no esté. Si alguien llama, diles “No”.

Cogió su abrigo de un gancho en la parte posterior de la puerta, jugó brevemente con la idea de un sombrero, luego giró el cuello y se dirigió hacia la ventisca. Realmente hacía mucho frío, pensó. Y era una gran ventisca. Definitivamente nevaba de verdad. Bueno, era nieve de la Granja de Nieve, pero más de lo que se pretendía. Había una posibilidad, sólo una posibilidad, de que algo hubiera salido mal. Pero si fuera un hombre de apuestas, entonces habría jugado mucho dinero (si tuviera alguno) a que la nieve estaba conectada a lo que quiera que fuera lo que estuvieran haciendo los Guerreros de Hielo.

Con esto en mente, no se dirigió a la Granja de Nieve, pero si a un punto entre la Granja de Nieve y la cresta por encima de la ciudad. La visibilidad había disminuido a sólo unos metros y parecía estar tardando más tiempo de lo que le gustaría en parpadear la nieve fuera de los ojos. Pero tenuemente a través de la tormenta de nieve, finalmente logró discernir la gran forma de un Guerrero de Hielo. Era evidente que estaba en su elemento, al ver la facilidad con la que la criatura se abrió camino por la pendiente.

La nieve estaba cada vez más pesada. El Doctor supuso que el guerrero había torcido en la esquina de la salida de la chimenea principal hacia la cresta, pero ¿por qué?. Caminó, su abrigo ahora grueso de nieve. Estaba en el pelo y las cejas. Sus botas parecían tener casi el doble del tamaño del que habían sido cuando partió. Hizo una pausa para sacudirse violentamente como un gran perro después de un baño tonificante. Sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que tuviera que hacerlo de nuevo, pero ayudó.

El Doctor siguió adelante, siguiendo al guerrero en su camino, inexorablemente hacia adelante. Se mantuvo bien atrás, pero tuvo que considerar-

lo cuidadosamente. No quería que el guerrero lo viese, pero si se quedaba demasiado lejos lo perdería de vista. Y las huellas de la criatura ofrecían poca ayuda, ya que se borraban casi tan pronto como aparecían.

El Guerrero de Hielo subió el risco. Se detuvo un momento, recortado contra la luz de las lunas esparcida por la nieve, mirando hacia abajo en el valle, donde la ciudad de Navidad yacía acurrucada bajo una espesa manta blanca. El Doctor se protegió detrás de un montón de nieve, presionándose a sí mismo en su frío abrazo, escuchando cualquier indicio de que el guerrero había seguido su camino. Pero todo lo que podía oír era el suspiro y el murmullo del viento.

Después de un rato, corrió el riesgo de mirar por encima del montículo. El guerrero se había ido. El Doctor tuvo problemas para salir fuera de la masa de nieve. Sus piernas se hundían a la altura de sus rodillas, así que era como vadear a través de melaza. No es que él hubiera vadeado melaza alguna vez, pero si lo hubiera hecho sería sin duda como aquello.

En la parte superior, se detuvo para tomar aliento y para limpiar sus ojos de nieve. A través de los copos arremolinados, pudo ver al guerrero por delante de él. De hecho, pudo ver dos Guerreros de Hielo y un Señor de Hielo, todos de pie en torno a una colección de componentes de metal. Y todos le devolvían la mirada. Hizo un gesto.

Deslizarse hacia ellos era más fácil que luchar por la ladera. El Doctor medio corrió y medio cayó en el hueco excavado donde los guerreros estaban esperando. Habían elegido una zona a la sombra de una arboleda de pinos lunares, por lo que la tormenta de nieve era menos feroz allí. Parecía que estaban en un punto intermedio del montaje de lo que fuera el dispositivo que los diversos componentes de las cápsulas de hielo hicieran cuando se adaptaran juntos. El Doctor echó un vistazo, y luego, con sus sospechas confirmadas, centró su atención en el Señor de Hielo. Era mejor si ellos no pensaban que estaba interesado en lo que estaban construyendo.

—Bueno, ¿no es esto acogedor? —dijo el Doctor, aplaudiendo con sus manos enguantadas para que rociaran una niebla de nieve—. Creo que el tiempo ha tomado un giro a peor—asintió con la cabeza al más cercano de los dos guerreros—. ¿Asumo que fue obra tuya? lo de bajar hasta la Granja de Nieve, ¿y que hiciste?, ¿aumentar el volumen?.

—Esa era mi misión —silbó Zontan.

—Bien, muy bien. ¡Bien hecho! —El Doctor dio una palmada de nuevo—. Mantienes a las cosechadoras de nieve ocupadas por un tiempo, diría yo. Hasta que lo arreglen.

—No van a arreglarlo —dijo Ssardak.

—¿Eso crees?.

—Lo creo. La ciudad será destruida mucho antes de que se pueda reparar el daño.

— Ya veo —asintió el Doctor con tristeza—. Para matar a una persona, estás dispuesto a destruir una ciudad entera. Es un extraño concepto de honor el que tienes.

—¡Tú no sabes nada de honor! —gruñó Ssardak—. Estamos aquí para evitar una guerra que mataría a incontables miles de millones.

—No es necesario matar a nadie —dijo el Doctor llanamente.

—Sabes por qué estamos aquí —dijo Ssardak, de pie cerca del Doctor, la mirada fija en él—. Te advertimos que te mantuvieras alejado de la ciudad. Hemos mantenido nuestra palabra contigo.

—Supongo que sí —aceptó el Doctor.

—Así que ¿por qué has vuelto, Elías?

Capítulo 6

—Vine a advertiros —dijo el Doctor—. Entre otras cosas—añadió, ya que era imposible mentir. Pero no tenía por que dar más detalles.

—¿Advertirnos? —Essbur soltó una risa tosiendo—. No tememos a nada.

—Oh, te creo. Pero he venido a advertiros de todos modos.

—¿Advertirnos de qué? —preguntó Ssardak.

—De que el Doctor sabe lo que estáis planeando.

—Nuestros planes están ya demasiado avanzados como para que él pueda detenernos ahora.

—¿Estás seguro de eso? —el Doctor se encogió de hombros—. Bueno, no se puede mentir, así que supongo que debe ser así. Pero te equivocas.

—El Doctor no sabe nada —dijo Zontan—. ¿Cómo podría?.

—Él no es estúpido. Él sabe que has saboteado la Granja de Nieve. Sólo hay una razón para hacer eso.

—¿Cuál? —dijo Ssardak.

—Para hacer nieve. Obviamente. Un montón de nieve. Montones y montones y montones de nieve, y la mayor parte dirigidos aquí, a la cresta por encima de la ciudad. No hace falta ser un genio, aunque por supuesto el Doctor es un genio, aunque lo diga yo... —frunció el ceño—. A la porra eso, olvida lo que dije.

—¿El Doctor no es un genio? —preguntó Zontan, evidentemente confundido.

—No la otra parte. Él es un genio. Pero mira, no te preocupes por eso. Sólo digo que lo que estáis planeando es inteligente, lo reconozco. Pero es bastante obvio. Y está condenado al fracaso.

Ssardak dio un paso más cerca del Doctor, mirándolo con recelo

—Hay algo diferente en ti, Elías.

—Todo el mundo es diferente, eso es lo que nos hace quienes somos.

—No, diferente a antes. Pareces más confiado. Pareces ... enojado.

—Frustrado también —el Doctor estuvo de acuerdo.

—¿Por qué?

—Porque antes os estuve ayudando a conseguir vuestras partes y piezas. Ahora estoy tratando de salvaros las vidas. Y, sólo por el placer de hacerlo, la vida de todos los demás también. Pero consideralo una bonificación, si quieres.

—¿Y cómo puedes salvar nuestras vidas?

—Persuadiendoos de que abandonéis y os vayáis. Solo iros. El Doctor os puede llevar hasta la nave de la Orden Papal que está en órbita allí — señaló una luz particular del cielo. Luego movió su dedo para señalar una diferente—. Lo siento, quería decir allí.

—Tenemos nuestras órdenes —dijo Ssardak—. El Doctor debe morir. Es lamentable que los demás deban morir también.

—Si conoces nuestro plan, debes quedarte aquí con nosotros —dijo Essbur.

—Esa decisión es tan mala que ni siquiera voy a empezar a explicar por qué —dijo el Doctor—. Pero ¿por qué no termináis de armar vuestro cañón sónico y luego tal vez podamos hablar de ello?

El puño de Ssardak salió disparado y agarró el hombro del Doctor, manteniéndolo dolorosamente apretado.

—¿Cómo sabes lo que estamos construyendo?

—El Doctor lo adivinó por el componente que vio en la cápsula de hielo —el Doctor se liberó—. Es inteligente, te voy a conceder eso. Una emisión sonora que se parece al Doctor jugando con su destornillador sónico. No hay motivo para que se alarmen arriba. No hasta que todo ha terminado y el Doctor está muerto. E incluso entonces va a parecer como un accidente, ¿no?. Es por eso que necesitáis toda la nieve.

—Nuestra misión está en peligro —silbó Essbur furiosamente.

—Claro que sí —respondió el Doctor—. Eso es lo que he estado tratando de deciros. El Doctor lo sabe todo.

Ssardak se volvió con un gruñido.

—No puede saberlo todo. Hubiera evacuado el pueblo.

—Ya era demasiado tarde cuando lo descubrió. Nadie puede escapar de esta tormenta de nieve. No lo suficientemente rápido —el Doctor repitió—. Lo sabe todo. Todo, excepto la frecuencia exacta del cañón, pero calcula que para hacer el trabajo, para cortar la pantalla de nieve, debe estar en un entorno de, digamos, ¿cerca de 73.5?. ¿Algo por el estilo?.

—74.2 —respondió Ssardak. Todo su cuerpo parecía endurecerse ligeramente mientras hablaba, como si se sorprendiera de sus propias palabras.

—Sí —dijo el Doctor en voz baja—. El Campo de la Verdad hace eso a veces. Te pillas desprevenido. Todavía lo hace conmigo de vez en cuando y puede ser muy embarazoso, no me importa decírtelo.

Dio un paso hacia atrás cuando Ssardak se acercó. La nieve se acumulaba y era difícil moverse sin caerse. El Señor de Hielo se paró frente al Doctor, se elevaba por encima de él, con la nieve espolvoreada sobre su casco, hombros y pectorales. Detrás de él, los otros dos guerreros observaban impasibles. De pie, brutales contra el paisaje blanco ondulado.

—Cuando nos conocimos —dijo Ssardak lentamente— te pregunté tú nombre.

—Así lo hiciste, Lord Ssardak.

—Tus palabras exactas fueron: “Puedes llamarme Elias”.

—Eso dije —El Doctor sonrió para mostrar indiferencia. Se trataba de la única manera de mentir.

—Pero eso no es una respuesta a la pregunta. Si hubieras contestado, tendrías que haber dicho la verdad, pero en lugar de eso hiciste una declaración que no respondía a la pregunta. “Puedes llamarme Elias” no es una mentira, pero no revela tu nombre.

—Es inteligente, tienes que admitirlo —el Doctor se alejó, caminando torpemente a través de la nieve. Al llegar al borde de la hondonada, se estaba hundiendo más profundo, hasta las rodillas—. Hice un truco.

—¿Un truco? —Essbur hizo eco, caminando pesadamente hacia delante a una velocidad sorprendente. Zontan estaba cerca detrás de él.

—¿Cuál es tu nombre? —exigió Ssardak—. Dímelo, o mis guerreros te matarán.

—Y si lo hago, creo que me matarán de todos modos. Aunque, de hecho, y esta es la auténtica verdad, que diga mi nombre, mi verdadero nombre,

es la última cosa que quieres.

—¿Quién eres? —rugió Ssardak.

La nieve se arremolinaba alrededor de la cabeza del Doctor. Sentía la boca fría y húmeda mientras sonreía.

—Pensé que nunca lo preguntarías —dijo—. Soy el Doctor.

Aunque Ssardak debió haber estado esperándolo, la revelación lo aturdió por un momento. El tiempo suficiente para que el Doctor pudiera volverse y lanzarse fuera del hueco. Se abrió paso entre la nieve, tratando de poner distancia entre él y sus aspirantes a asesinos. Detrás de él podía oír un silbido confuso y gruñidos que revelaban como los guerreros venían detrás de él.

A pesar de su tamaño estaban en su elemento. La nieve los desaceleró, pero para nada como le complicaba al Doctor. Era una molestia para ellos. Podría ser la muerte para él. Luchó, agitándose como un nadador que se ahogaba. Se hundió en la nieve tan profundamente que el mundo fue primero blanca luz de lunas y luego mortalmente oscuro.

De alguna manera se escapó del abrazo frío, dejándose caer sobre el borde de la cresta, y mirando hacia abajo, hacia las lejanas luces de Navidad, todas borradas por la nieve. Se veía más lejos de lo habitual, y el Doctor se dio cuenta de a que era debido. La nieve constante había elevado el nivel de la cresta. Toneladas caían por el suelo congelado. Los copos estaban tan cerca unos de otros que ahora era como una cortina blanca descendente ininterrumpida a través del valle.

Se sintió caer hacia delante, su centro de gravedad sobre el punto de no retorno, a punto de caer en el vacío. Entonces se detuvo. El dolor apareció a través de la pierna del Doctor cuando algo brutalmente fuerte lo sujetó firmemente por el tobillo. De pronto, fue arrastrado a través de la nieve, escarbando para obtener un poco control y detener el movimiento. Sus manos agarraban sólo puñados de algo blanco frío y húmedo.

El agarre se aflojó un poco cuando el guerrero, no podía ver cuál de ellos, se inclinó hacia delante para una mejor sujeción del Doctor. Sintió que tiró violentamente de su abrigo, y sabía que tenía una sola oportunidad. Con un grito de dolor y esfuerzo y un poco más de ira y esperanza, tiró de su pie libre. En el mismo movimiento, se quitó la chaqueta y se lanzó hacia adelante de nuevo.

El frío se convirtió en congelación. Su rostro estaba lleno de nieve, mordiendo su piel y comiéndole a través de la ropa. Una mancha oscura a su lado al mismo tiempo que el otro guerrero cargaba a través de la nieve, enviando una tormenta de nieve por su cuenta. El guerrero que estaba tras él se lanzó hacia adelante de nuevo con un gruñido de rabia.

Coronó la cresta por segunda vez. Y ahora nada lo detuvo. El grito del Doctor cambió de esperanza y dolor al miedo y sorpresa mientras caía hacia delante, rodando en una bola de brazos y piernas desgarradas que recogían nieve y velocidad a medida que se precipitaba por la ladera.

Cuando se dio cuenta de que era libre, abrió la boca para gritar un grito final, desafiante de “Geronimo”. Pero su boca se llenó de nieve y se convirtió en una tos asfixiante de frío insoportable.

Por encima de la cresta, si hubiera sido capaz de ver a través de la maraña de ramas agitándose y el velo de la nieve que caía, el Doctor podría haber visto a tres figuras de pie, oscuras e impasibles, recortadas contra la luna llena. Orgullosas y desafiantes.

–Se nos ha escapado –dijo Zontan con voz áspera.

–No hay escapatoria de los Guerreros de Hielo –declaró Ssardak.

–Está regresando al asentamiento humano –dijo Essbur.

Ssardak asintió. Había quizá una pizca de arrepentimiento en su voz, sólo una sugerencia que admiraba al hombre que los había engañado.

–Dónde va a morir.

Capítulo 7

—Lo que pasa con los Guerreros de Hielo es que son eficientes, pero no son realmente sutiles.

La voz del Doctor sonaba ahogada porque su cabeza estaba dentro de la carcasa del panel de control principal. Hubo un destello, un olor de cabello chamuscado, y una protuberancia con la forma de su cabeza conectada de forma pronunciada con la parte superior de la carcasa.

—¿Estás bien? —preguntó Mattias.

La cabeza del Doctor se retiró lentamente. Así como el hecho de que estaba empapado, ahora tenía un punto negro en un lado de su cara.

—Creo que casi lo tengo —dijo—. Lo que es bueno. Es terriblemente bueno. Significa que estoy a punto —extendió de nuevo los brazos en los controles de la granja de nieve, empujando más la parte superior del cuerpo hacia ellos.

Mattias y los demás se reunieron alrededor observando pacientemente. La nieve soplaba debajo de la puerta. Por último, la cabeza del Doctor se retiró otra vez.

—Esto debería arreglarlo —dijo alegremente.

Todos se volvieron a mirar a las cámaras de nieve, que todavía estaban blanqueadas. El Doctor frunció el ceño, y golpeó el lateral de la consola dañada.

—Esto debería hacerlo.

Efectivamente, los globos lentamente comenzaron a despejarse. Momentos más tarde, la puerta principal se abrió y un Symon desaliñado corrió hacia dentro.

—Se está deteniendo —dijo con voz entrecortada—. La tormenta esta parando.

—Luego arreglaré esto como es debido —dijo el Doctor, cerrando el dañado panel de control en la parte superior de la unidad—. Tengo que arreglar primero lo de esos Guerreros de Hielo. Bien, todos en la plaza de la Torre del Reloj en cinco minutos.

El aire era fresco y frío, pero por una vez el cielo estaba despejado. Las lunas y estrellas y naves espaciales proyectaban una iluminación combinada a través de la plaza, donde los lugareños se reunieron. La nieve estaba sobre sus botas, revistiendo los edificios en gruesas mantas blancas.

—De acuerdo —anunció el Doctor—. Consejo de Guerra. O Consejo de Sitio. Tal vez es un Comité de Emergencia. Pero sea como lo llamemos, pensé que era mejor advertiros a todos ...—se interrumpió, con los labios apretados por la concentración—. Una advertencia, eso es lo que es. Sabía que iba a llegar. Perdón por la confusión. Pero sí, una advertencia.

—¿De qué? —le preguntó María.

—Bueno, sobre eso mayormente —el Doctor señaló más allá de la Torre del Reloj, hacia la cresta—. ¡Nieve!.

Hubo un silencio expectante.

El Doctor asintió.

—Sí, tengo vuestra atención ahora, ¿no? Nieve. Montones y montones de nieve. Y un par de Guerreros de Hielo con su Lord Ssardak que lo causó todo. En particular, se las arreglaron para que todo caiga en la cresta, haciendo un cúmulo profundo y crujiente y uniforme. Bueno, tal vez no es tan uniforme. Posiblemente no muy crujiente. Pero ciertamente profundo. Oh, sí, puedo confirmar que es profundo, sin duda.

—¿Van a construir muñecos de nieve? —preguntó Symon. Los otros niños que estaban con él se rieron. Uno metió una bola de nieve por la parte posterior del cuello de Symon haciéndole chillar.

—No —dijo el Doctor pacientemente—. No muñecos de nieve. Sin embargo están construyendo algo. Es un cañón sónico.

—¿Con las cosas que caían en las bolas de hielo? —preguntó Mattias.

—Exactamente. Tienen todas las partes y piezas, así que no tenemos mucho tiempo hasta que lo tengan montado.

—¿Y un cañón sónico es como un destornillador sónico? —quiso saber María.

—Muy similar. El mismo principio. Pero mucho más potente. Es por eso que lo han traído. Usan una gran cantidad de tecnología sónica, pero si disparan el cañón sónico la emisión será simplemente como la de mi destornillador sónico al apagarse, lo cual sucede a menudo.

—¿Van a disparar contra nosotros? —preguntó alguien desde el fondo de la multitud.

—No, de momento. Eso es lo más inteligente. Tienen que hacer que se vea como un accidente o un evento natural, para que no haya sospecha de que los Guerreros de Hielo están involucrados.

—¿Hacerlo parecer un hecho natural? —preguntó Symon, raspando la nieve de la parte posterior de su cuello.

El Doctor lo miró como si acabara de preguntar si la suma de uno y dos da como resultado el tres.

—La avalancha —dijo.

Al Doctor le llevó un tiempo el restaurar la calma y hacerse oír.

—Mirad, no me culpéis. Sólo os estoy contando su plan. Tienen un cañón sónico, ajustado a resonar en un entorno de ...—hizo una pausa para comprobar su destornillador sónico—un valor de 74.2. Ellos apuntarán a la base del montón de nieve en la cordillera. Todo el lote se desliza por la pendiente, ganando velocidad y más nieve a medida que va bajando. Estoy seguro de que han hecho los cálculos, por lo que en el momento en que llegue a nosotros habrá decenas de toneladas de hielo y nieve, sin mencionar alguna otra cosa recogida en el camino. Se harán añicos los edificios, enterrará la ciudad, matará a todos. Simple.

Hubo un silencio absoluto ahora.

En la cresta por encima de la ciudad, tres figuras oscuras movían un objeto grande, poniéndolo en su posición. La luz de las lunas se reflejaba en el metal del cañón sónico cuando los Guerreros de Hielo apuntaron hacia abajo en la nieve.

—Entonces —dijo el Doctor, mirando a su alrededor a la gente del pueblo—. ¿Alguna pregunta?

Capítulo 8

Ssardak vio como Zontan calibraba el cañón sónico. Essbur estaba examinando la nieve acumulada en la cresta, calculando el punto exacto al que apuntar el haz sónico. Fue un momento que debería haber estado lleno de orgullo y logro, la culminación de la misión de Ssardak.

Pero las palabras del Doctor le había inquietado. No sólo los comentarios acerca de las bajas civiles. Eso era la guerra, y Ssardak estaba bien versado en la guerra. Pero ¿por qué había regresado el Doctor?. ¿Por qué había arriesgado su vida para advertirles, a menos que él realmente creyera que su plan iba a fracasar?. Repasó los detalles de nuevo en su mente. Los mejores planes son los más simples, y este era elegante en su simplicidad. No, nada podía salir mal.

—Estamos listos para disparar, Lord Ssardak —informó Zontan—. El punto de impacto se ha calculado. El cañón sónico se establece en 74.2.

—El Doctor sabe que frecuencia estamos utilizando —señaló Essbur.

—No podemos cambiarla ahora —le dijo Ssardak—. Se ha calculado la frecuencia exacta necesaria para fundir una capa de nieve de espesor óptimo para provocar una avalancha.

—Él puede conocer los ajustes —dijo Zontan—pero no puede hacer nada. Este es nuestro elemento. La nieve es nuestra aliada.

—Comienza la secuencia de encendido —ordenó Ssardak. Dio un paso más cerca de la cima de la loma, mirando hacia abajo las luces del valle. Podía ver gente reunida fuera de la Torre del Reloj. Sería una muerte rápida para ellos, por lo menos—. Preparaos para disparar.

El Doctor parecía más preocupado por ajustar su destornillador sónico que por responder a todas las preguntas. Finalmente dio al dispositivo un toque final, y miró hacia arriba.

—Bueno, obviamente no va a haber una avalancha —dijo.

Un ruido sordo vino de la cresta detrás de ellos, subiendo poco a poco en volumen y tono.

—Se están preparando para disparar —explicó el Doctor—. se lo advertí. Ahora bien ... —levantó su destornillador sónico.— 72.4 he dicho, ¿no?.

—No —le dijo Mattias—. Dijiste 74.2.

—¿Lo dije? —el Doctor frunció el ceño—. ¿Estás seguro?.

—Sí.

—No lo creo.

—Sí, lo hiciste.

—Tal vez deberíamos hacer una votación.

—¡Doctor! —advirtió María. Señaló hacia la cresta—. Lo que sea que tengas que hacer, hazlo.

El Doctor miró hacía allí para ver a los tres Guerreros de Hielo de pie al lado del cañón sónico. El ruido continuaba aumentando y aumentando.

—Bien. 74.2. Aunque.. —dijo a Mattias—si te equivocas y una carga de nieve viene por esa pendiente, lo tendrás en la conciencia.

—Eso parece —murmuró Mattias.

El Doctor se volvió hacia la cresta. Levantó su destornillador sónico, esperando que sus cálculos fueran correctos. La punta del destornillador sónico brillaba con fuerza, y el dispositivo emitió un sonido agudo.

La gente puso sus manos sobre los oídos a medida que el sonido perforaba sus cabezas.

—¿Qué estás haciendo? —dijo María sin aliento.

—Mejora de onda —dijo el Doctor sobre el ruido en aumento—. Están usando ondas sonoras para derretir la nieve. Si golpeo en la frecuencia correcta, puedo mejorar la onda que están usando.

—¿Y qué va a hacer eso?.

—Derretir más nieve más rápido de lo que esperan. Mucho más rápido.

—¿Cómo nos ayuda eso?.

El Doctor sonrió con tristeza.

—Les advertí —dijo—. Espera y verás.

—Secuencia de energía completada —informó Zontan—. El cañón sónico se disparará en tres ... dos ... uno ...

Mientras hablaba, se añadió otro sonido al ruido del cañón. Un ruido agudo que emanaba de la ciudad bajo ellos. En la plaza, Ssardak podía ver al Doctor, de pie en los escalones de la Torre del Reloj, con la mano levantada en gesto de desafío.

Sosteniendo algo.

Su destornillador sónico.

74.2. El Doctor sabía la frecuencia sonora.

Essbur dio un gruñido de rabia en el mismo momento en el que Ssardak vio el peligro.

—No, no —rugió a Zontan.

Pero era demasiado tarde. El cañón sónico disparó a la masa de la nieve delante de ellos. Zontan contempló los controles, paralizado y confundido por lo que le indicaron. Mejorada y amplificada por la onda sonora del Doctor, las lecturas saltaron todas las escalas.

Essbur se movió rápidamente. Se abalanzó sobre Ssardak, envolviendo sus brazos alrededor de su Señor en un esfuerzo desesperado para protegerlo. Ambos sabían que era un gesto inútil.

El haz sónico segó en la nieve. No un haz dirigido concentrado de calor, sino una gran explosión de intensidad masiva. Toda la cordillera desapareció en menos de un segundo, derretida, hervida, vaporizada en un instante. Todo el paisaje se convirtió en una nube repentina de vapor sobrecalentado volando hacia el exterior.

El cañón sónico se fundió en un momento.

La última cosa que Ssardak vio sobre el reluciente hombro fundido de la armadura del guerrero, fue una niebla blanca. A continuación, los escudos sobre sus ojos se encendieron en el calor y el vapor explotó a través de su armadura hirviendo la carne de su cuerpo.

El Doctor apagó su destornillador sónico y lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Una larga y baja nube se levantaba como niebla en la parte superior de la cresta. Cuando se despejó, los Guerreros de Hielo y su arma se habían ido, junto con la mayor parte de la nieve.

Por un momento se hizo el silencio. A continuación, un puñado de aplausos. Alguien golpeó al Doctor en el hombro. El viejo Addam tocaba una melodía con su silbato de estaño. El aplauso se acompasó al ritmo de la música. La gente empezó a bailar.

–Lo hiciste de nuevo –dijo una voz, tal vez fue Mattias. Él no estaba escuchando.

Sí, lo había hecho de nuevo. Cada vida salvada era una ventaja. Cada hora, día, año que consiguió a la ciudad era para ser apreciado. Observó el adelgazamiento de la niebla y su dispersión en el aire frío de la noche. Cada hora, día, año tuvo un coste. Habría cuentos que se contaron, obras de teatro que se interpretaron, adornos añadidos ... Pero nadie recordaría a Lord Ssardak o a Zontan o a Essbur. Nadie, excepto el Doctor. Bueno, él les advirtió. Fue su elección. En silencio, los empujó suavemente en un lugar seguro de su memoria junto con todos los demás.

Luego sonrió, dio una palmada, y se unió al baile.

An Apple a Day...

George mann

Capítulo 1

En toda Navidad, la nieve era profunda, nítida y uniforme.

Aquí, en las afueras de la ciudad, se había formado una gruesa corteza que cubría el paisaje, dándole un aspecto tranquilo, prístino. Copos de nieve descendían de los cielos como azúcar glass espolvoreado sobre el mundo, empolvando los techos de los edificios, ocultando los caminos.

A Pieter apenas le importaba. Él nunca había conocido nada más que la nieve y, a pesar del intenso frío, se sentía alegre y optimista. Se acercaba el Festival de la Cosecha. Él amaba la cosecha, no sólo porque representaba el fin de un arduo año de trabajo (el fruto de su trabajo, literalmente), sino también por la manera en que la gente del pueblo se reunía para compartir las celebraciones.

El festival duraría dos días durante los cuales la gente del pueblo erigiría efigies del Hombre Verde en la plaza del pueblo, tejidas laboriosamente a partir de hebras de hiedra. La gente bailarían hasta que sus piernas cedieran, jugarían a juegos desenfundados con los niños y, lo que más le gustaba a Pieter, se sentarían a escuchar historias contadas por el Doctor..

Cada año, desde que Pieter era un niño, el Doctor se sentaba en las escaleras de la Torre del Reloj en las horas finales de la fiesta y les obsequiaba con cuentos de sus aventuras entre las estrellas. Había algo embriagador en estas historias de otros mundos lejanos y, para Pieter, que apenas había salido de los límites de la ciudad en sus treinta y siete años, aquellas historias resultaban exóticas, extravagantes y maravillosas. Por supuesto, no dudaba de que fueran verdad (el Campo de la Verdad hacía que nadie en la ciudad, el Doctor incluido, pudiera contar mentiras) Y así, la gente

del pueblo se reunía, con humeantes tazas de sidra caliente apretadas entre sus manos, para escuchar al Doctor contar sus historias.

Pieter se preguntaba acerca de qué extrañas criaturas podrían escuchar este año (más de los Krotons, los Nimon, los Squall, ¿o algo nuevo y aún más extraño?) Desde luego, así lo esperaba.

Consideraba esto mientras caminaba a través de la nieve hacia el huerto. Aún era temprano, pero ya era hora de trabajar. Si tenía suerte, el Hombre Verde lo habría bendecido este año y sus cultivos serían abundantes y estarían listos para la cosecha. Llamaría a los chavales del pueblo para que vinieran y ayudaran con la cosecha, y para mañana y el inicio de la fiesta, el trabajo estaría hecho.

Dobló un recodo en el camino, ahora apenas perceptible debido a la nieve, pero marcada por un brasero humeante, y allí, sentado en cuclillas en la colina, estaba la cúpula de cristal del huerto. Parecía una joya brillante, acurrucada entre los ventisqueros, llena de luz y calor. Sintió una oleada de orgullo. Había heredado esta parcela de su padre diez años antes, y la había cuidado bien, cada año le daba un mayor y mejor rendimiento que el anterior. Este año, esperaba, no sería la excepción. Si las cosas iban según lo previsto, tal vez incluso podría ser capaz de pagar las reparaciones que necesitaba hacer a la casa de campo.

Caminó a lo largo del camino, con las botas levantando terrones de nieve. A medida que se acercaba, sin embargo, se dio cuenta de que algo había manchado el generalmente liso exterior del invernadero. En la mayor parte de su superficie, los copos de nieve golpeaban contra el vidrio caliente e inmediatamente se convertían en gotas de agua, cayendo por los lados de la cúpula para congelarse de nuevo alrededor de la base. Pero en el techo, el vapor estaba formando una tenue espiral, como si estuviera saliendo del pico de una tetera hirviendo.

El calor se escapaba en el frío aire. Tenía un agujero. Algo había roto el cristal reforzado de la cúpula. Si no se daba prisa, toda su cosecha se arruinaría. Peor; si la nieve se metía dentro, sus propios árboles podrían morir congelados.

Presa del pánico, Pieter tropezó apresuradamente el resto del camino hasta la cúpula, buscó la llave en su bolsillo y abrió la puerta. Entró, cerrando la puerta tras de sí. Para su alivio, el interior aún estaba cálido, y

sus temores iniciales parecieron infundados. Las manzanas en los árboles parecía saludables y en buen estado a pesar de las heladas. ¿Pero que podría haber causado un agujero de ese tipo?

Despojándose del sombrero, el abrigo y los guantes y arrojándolos sobre un banco de madera junto a la puerta, Pieter se apresuró a lo largo de una avenida de altos árboles, con el rostro vuelto hacia arriba, mientras buscaba la brecha en el techo.

No fue difícil de encontrar. A unos cientos de metros en la cúpula se hizo evidente que algo había golpeado el cristal con una fuerza razonable. El agujero era del tamaño de la cabeza de un hombre, irregular y desigual, y las fracturas finas trazaban telas de araña en los paneles circundantes. Remolinos de nieve bailaban alrededor de la herida, volviendo a derretirse, la lluvia repiqueteaba mientras los copos de nieve pasaban al cálido interior de la cúpula.

Pieter sintió crujir los cristales rotos bajo sus botas, y miró hacia abajo. Los fragmentos se extendían por todo el mantillo, brillando como agua derramada en la luz artificial. Y allí, a pocos metros de distancia, estaba lo que debía de ser el culpable, una vaina esférica verde, aproximadamente del doble del tamaño de su puño, situada junto a la base de un árbol. Se acercó a ella con cautela. Parecía orgánica, a pesar de estar cubierta de una gruesa piel escamosa. La piel exterior estaba rota y arrugada, mostrando un interior carnoso y suave. Parecía una semilla, pero si lo era, no se parecía a cualquier semilla que hubiera visto antes, y era mucho más grande.

¿Cómo había caído a través de la azotea de su huerto? Alguien la tenía que haber tirado. Era la única explicación. Uno de los otros agricultores, envidioso del éxito de Pieter e intentando sabotearlo, o bien uno de los chicos de la ciudad tratando de impresionar a sus amigos.

Bueno, él no iba a dejar que eso lo parase. Decidiría sobre la vaina, o lo que fuera, y arreglaría el agujero en su techo. Todavía estaría listo para el festival, si se centraba en ello. Era frustrante, pero no tenía miedo de un poco de trabajo duro.

Pieter se agachó y recogió la vaina con ambas manos. Era pesada y caliente al tacto. De hecho, ahora que la tenía en la mano, podía sentirla temblando ligeramente, como si algo dentro de ella se moviese. Observó, fascinado, como la piel carnosa comenzaba a pelarse como los pétalos de

una flor que se abre en primavera.

Por un momento, no pasó nada. Pieter se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento y lo dejó escapar justo mientras una gruesa enredadera verde salía del interior de la vaina y golpeaba la palma de su mano.

Lanzó un grito de sorpresa y dolor, dejando caer la vaina al suelo. Echó un vistazo a la parte de atrás de la mano. Estaba sangrando. ¡Esa cosa, fuera lo que fuese, le había atacado! Se tambaleó hacia atrás, sintiéndose de repente mareado. ¿Lo habría envenenado?

Todo sucedió repentinamente, y ahora no podía pensar con claridad. Sus pensamientos eran como melaza; lentos y pesados. Pidió ayuda, sabiendo en el fondo que no serviría de nada, ya que no había nadie cerca para escucharlo, y entonces el mundo cambió de repente y se volvió negro.

Capítulo 2

—¿Doctor? ¿Doctor? —Theol se precipitó fuera del callejón, saltó para evitar un carro en sentido contrario y estuvo a punto de caer de bruces en el hielo, resbalando y deslizándose a través de la calle, mientras agitaba los brazos como un pájaro tratando de despegar. Segundos más tarde, estaba tumbado en un montículo entre tres barriles vacíos, con el conductor del carro agitando el puño hacia él mientras rodaba.

Riendo alegremente, Theol se puso en pie, sacudiéndose la nieve en polvo de sus pantalones. Se apoyó en un barril por un momento para recuperar el aliento.

La plaza central era un hervidero de actividad, como toda la ciudad, al parecer, involucrándose en los preparativos para el festival de la cosecha. A su izquierda, Jerl Tompkinson estaba preparando el gran amplificador del gramófono con la ayuda de sus dos hijos, y al otro lado de la plaza, el viejo Jemina Peace estaba levantando la tienda para el teatro de títeres. En torno a ellos, otros estaban montando puestos y mesas de caballete que mañana, estarían llenas de todo tipo de delicias dulces y golosinas de celebración. Theol no podía esperar. Su madre, como sabía, estaba horneando sus bollos especiales de higos y almíbar, y le había prometido que, si era bueno, podía merecerse una pequeña prueba por la noche antes de acostarse.

Más interesante que todo eso, sin embargo, era el grupo de niños de la edad de Theol, diez y tres cuartos, que estaban resbalando y deslizándose por todo el lugar en un gran trozo de hielo. Theol reconoció a algunos de ellos de la escuela. ¿Que se proponían?

Todavía un poco sin aliento por su carrera por las calles, y sintiéndose bastante caluroso e incómodo, Theol salió de detrás de su barril y pisoteó a través de la nieve hacia la Torre del Reloj, olvidando momentáneamente la razón de su apresurado viaje a través de la ciudad.

Parecía ser una pista de patinaje improvisada. Los otros niños se refán y gritaban de placer mientras se deslizaban unos con otros, o se balanceaban entre sí, o corrían de un extremo a otro de la pista. Theol sonrió. El año pasado, se lo había pasado muy bien patinando alrededor del estanque congelado de los patos con Fral Henderon y los otros, antes de que hubieran sido llamados por sus padres y dijeran que no era seguro.

—Si el hielo se rompiera... —había dicho su madre, meneando el dedo—, habría problemas. Te quedarás fuera de ese estanque de patos, Theol Willoughby, ¡recuerda mis palabras!

Obediente, Theol había hecho lo que su madre le había pedido, y este año, a pesar de los ánimos susurrados por Fral cuando el estanque de los patos se había congelado, se había mantenido bien lejos. ¡Pero esto! ¡Esto era diferente!

Se acercó hacia la pista, atraído por la diversión.

—¡Hola, Theol! —oyó a alguien decir cerca. Se volvió para ver al Doctor sentado en los escalones de la Torre del Reloj, con un tubo largo de goma en la mano. A su lado, en el escalón, estaba la extraña cabeza de robot que parecía llevar a todas partes con él.

Theol frunció el ceño.

—¿Qué es eso, Doctor? —preguntó.

—Ah, eso es lo que me gusta de ti, Theol. Eternamente interesado. Siempre inquisitivo —dijo el Doctor, sonriendo. Theol esperó que respondiera a su pregunta—. ¡Oh, sí! —el Doctor siguió un momento después—. Esto. —Meneó el tubo de goma—. Es una manguera, Theol, conectada al suministro de agua en el interior de la Torre del Reloj.

Theol asintió.

—Así que así es cómo hiciste la pista de patinaje —dijo sonriendo.

—¡Exactamente! —afirmó el Doctor—. Hace tanto frío aquí afuera que se congela en unos momentos. Sólo hay que rellenarlo de vez en cuando, y ¡hurra! Una pista de patinaje para el festival de la cosecha. —Se quedó pensativo un instante.

“No sé por qué nunca he pensado en ello antes, la verdad”, se encogió de hombros

–Supongo que sólo han pasado un par de cientos de años.

Theol se rió. Siempre había encontrado divertido al Doctor. Desde que podía recordar, el extraño hombre había vivido en la Torre del Reloj en el centro de la ciudad, una especie de hombre sabio, suponía, al que toda la gente del pueblo acudía en busca de ayuda y consejo. Theol no tenía ni idea de lo viejo que era en realidad, aunque el Doctor era claramente mayor que su madre, con el rostro agobiado por las preocupaciones, sus líneas de la risa, y numerosos destellos de gris en su tonto y flexible pelo.

–¿Y bien? –preguntó el Doctor expectante.

–¿Y bien qué? –preguntó Theol.

El Doctor suspiró teatralmente.

–Bueno, ¿no vas a probarla? –sonrió–. Vamos, lo estás deseando. Sal ahí fuera y da una vuelta. Me gustaría estar ahí mismo si todavía tuviera las dos piernas.

Theol, sin embargo, recordó el motivo de su viaje a través de la ciudad.

–Ah –dijo el Doctor–. Estás preocupado por tu madre, ¿no es así? No lo estés. Sé que ella se preocupa por ti, pero esto no es como el estancue de los patos, y...

–No, no es eso –le interrumpió Theol–. Vi algo, al otro lado de la ciudad, y dijiste que si alguna vez veía algo interesante, debía venir y decírtelo de inmediato.

–¿Dije eso? –dijo el Doctor–. Supongo que sí. Suena a algo que yo diría. –Entrecerró los ojos–. Vamos entonces Theol. Cuéntame algo interesante.

–¡He visto al Hombre Verde! –espetó Theol emocionado–. Esta mañana, en los huertos.

–¿Qué estabas haciendo ahí fuera? –preguntó el Doctor.

–Bueno... yo... –murmuró Theol.

–¡Robando manzanas! –dijo el Doctor–. Sabes que, técnicamente, robar no está permitido. Y yo soy el sheriff aquí.

–¡No estaba haciendo nada malo! –protestó Theol–. Y, además, yo no cogí nada. Es sólo que...

–¡Espera un minuto! –exclamó el Doctor de repente, como si acabará de darse cuenta las palabras de Theol–. Retrocede un poco. Rebobina. ¿Al Hombre Verde, dices? ¿Lo viste? ¿Con tus propios ojos?

–Sí –dijo Theol, exasperado–. Es lo que estoy tratando de decirte. Estaba allí, caminando en el límite de los bosques.

–¿Él te vio?

–No lo creo. Me escondí detrás de unos matorrales y observé hasta que desapareció de mi vista –explicó Theol.

–¿Y cómo era?

–¡Era verde! –dijo Theol, de forma redundante–. Tenía un anillo de hojas y enredaderas alrededor de su rostro. Sus brazos eran como ramas llenas de nudos. Tenía que ser él. ¡El Hombre Verde! Es temporada de cosecha, y ha venido a otorgar su gracia sobre nosotros.

–Hmmm –dijo el Doctor. Tenía la misma expresión que la madre de Theol cuando estaba convencida de que no estaba tramando nada bueno.

–¡Es cierto! –dijo Theol.

–Oh, no lo dudo –dijo el Doctor–, pero creo que será mejor que me lo enseñes, Theol. ¿Podrías llevarme al lugar preciso donde lo viste?

Theol observó con nostalgia la pista de patinaje y luego al Doctor

–Sí, por supuesto –dijo algo abatido.

–No te preocupes –dijo el Doctor–. No tardaremos mucho, y la pista de patinaje seguirá aquí cuando regresemos –Sonrió, y se dio la vuelta–. Creo que será mejor que te quedes vigilando el fuerte un rato, Handles.

–Afirmativo –respondió la extraña cabeza de robot.

El Doctor puso una mano en el hombro de Theol para apoyarse.

–¡Perfecto, guíame Theol! Pero no vayas demasiado rápido, ¿eh?

Capítulo 3

Algo terrible le estaba pasando.

Pieter se despertó para encontrarse a sí mismo en la nieve, acostado boca abajo en un montículo. Claramente se había tambaleado fuera de allí aturdido después de que la planta le hubiera picado, y el frío lo había reanimado. Sólo que ahora se sentía, de alguna manera... diferente. Sus miembros se sentían pesados y no respondían cuando trató de ponerse en pie en la nieve, y, por encima de eso, tenía la sensación de que ya no estaba solo.

Luchó para ponerse de rodillas y miró a su alrededor en busca de ayuda. Tal vez alguien le había oído gritar, después de todo. Tal vez ellos estaban aquí para ayudar.

—¿Hola? —gritó—, ¡Estoy aquí! —La única respuesta fue el aullido vacío del viento—. ¿Hay alguien ahí? —Las palabras sonaban extrañas en sus labios. Estaba desesperadamente hambriento—. ¿Hola?

Allí no había nadie salvo una cortina de copos de nieve que caían de un cielo plomizo. A cien metros de distancia, la visión de la antigua granja prometía calor, refugio y alimento. Tal vez allí era adonde se dirigía antes de desplomarse y delirar.

Cualquiera que fuera el caso, tenía que salir del frío, y encontrar algo para comer. Carne. Tenía que encontrar carne. Algo en el fondo de su mente se la estaba recordando, impulsándolo. Proteínas era lo que necesitaba ahora mismo. Le ayudarían contra el dolor. Necesitaba comer carne.

Pieter se puso en pie. Sintió una sensación punzante en la mano izquierda y se miró la picadura. Casi retrocedió horrorizado. La piel alrede-

dor de la herida se había puesto verde y escamosa, al igual que el exterior de la vaina. Trató de pincharla con el dedo índice de la otra mano, pero esta también se había vuelto retorcida y verde.

Trató de luchar contra la creciente sensación de pánico. Obviamente había sido infectado, y se estaba extendiendo. Su brazo estaba prácticamente oculto por las hojas y enredaderas que no sólo cubrían su piel, sino que la reemplazaban por completo. Podía sentir las ahora, arrastrándose sobre el pecho bajo de su ropa, creciendo, creciendo...

Pieter se llevó las manos a la cara, y gritó. Su pelo se había transformado en una mata enmarañada de vegetación. Donde antes había tenido una espesa barba negra, ahora había una masa de hojas. Su cuerpo estaba siendo absorbido por el organismo de la vaina. La vegetación era parte de él ahora. Estaba sustituyendo su cuerpo, consumiéndolo a medida que crecía.

Fue entonces cuando Pieter se dio cuenta de que la presencia que había sentido antes no era otra persona del pueblo que hubiera venido a buscarlo. Estaba en él, dentro de su cabeza. La criatura, fuera lo que fuese, se había abierto paso hasta su mente. Comenzó a susurrarle en voz baja, instándolo a buscar calor, a encontrar comida.

—¡Fuera... de... mi... cabeza! —gimió Pieter, pero ya sabía que era demasiado tarde. La cosa dentro de él estaba creciendo, y cuanto más lo hacía, colonizando cada centímetro de su cuerpo, más débil se sentía. No podía luchar por más tiempo. Le dolía demasiado.

—Carne —dijo, pero su voz había cambiado a un tono mucho más profundo. Era como si alguien más, algo más, estuviera hablando a través de él, y lo único que podía hacer era mirar, como un espectador pasivo, atrapado en la concha de su propio cuerpo.

—Carne —repitió, y dio un paso vacilante hacia la granja—. Trenzalore será colonizada. Toda vida animal se convertirá en alimento para el Kry-noid.

Capítulo 4

—Caray, hace frío —dijo el Doctor, frotándose la parte superior de los brazos mientras caminaba por el sendero cubierto de nieve detrás de Theol—. ¿Hemos llegado?

El viento se había levantado desde la salida inicial de Theol esa mañana, y aquí, lejos de la sombra de los edificios de Navidad, ambos estaban muy expuestos. Partículas heladas estaban golpeando la cara de Theol, azotadas desde los campos de los alrededores, y tuvo que caminar con la cabeza inclinada para poder ver. Quería acelerar, bueno, él quería estar de vuelta en la plaza del pueblo, jugando en la pista de patinaje con los otros, pero se veía obligado a esperar al Doctor, que al parecer no acababa de ser capaz de mantener el ritmo. Caminaba con una cojera pronunciada, arrastrando su pie izquierdo a través de la nieve.

—¿Doctor? —dijo Theol.

—Mmmm, hmmm —dijo el Doctor protegiéndose los ojos con las manos para estudiar el paisaje nevado de los alrededores.

—Antes, cuando estábamos hablando de patinaje, dijiste que te habrías unido si todavía tuvieras las dos piernas. ¿Qué sucedió?

El Doctor bajó las manos y miró a Theol, que había dejado de caminar por un momento para permitir que el Doctor le alcanzara —¡Esa curiosidad de nuevo! ¡Bien por ti, Theol!—El Doctor arrastró su pierna los últimos metros hasta estar al lado de Theol. Estaban cerca de uno de los braseros que servían como faros a lo largo de la carretera, y el Doctor se calentó las manos sobre él. Theol no sabía cómo el Doctor podía soportar estar fuera sólo con su camisa y capa, él llevaba un jersey de lana gruesa, un abrigo y

un sombrero, y todavía sentía frío.

—Es una larga historia —dijo el Doctor finalmente— y una no particularmente interesante. Ya conoces esas cosas: monstruos, salvar al mundo, pata de palo. Lo mismo de siempre. Todo sucedió hace mucho tiempo, al menos para los estándares humanos.

—Bueno, yo estoy interesado —insistió Theol. Nunca pudo entender a los adultos. ¿Por qué el Doctor acaba de mencionarlo si no quería hablar de ello?. El mismo Theol había perdido a su padre en un ataque de un monstruo hace años, cuando era muy pequeño, y no le importaba hablar sobre ello.

—Lo sé —dijo el Doctor, dándole unas suaves palmadas en el hombro—. Pero es mucho más emocionante hacia lo que caminamos —se echó a reír—. ¡Caminamos! ¿Viste el juego de palabras, Theol?

Theol negó con la cabeza, ignorando el terrible juego de palabras del Doctor.

—¿Como el Hombre Verde?

—Como él, un poco más allá—respondió el Doctor, señalando.

Theol siguió su mirada.

—¿Te refieres a ese montículo cubierto de nieve? —preguntó, perplejo. Se veía como un simple y usual montículo de nieve surgido durante una tormenta, un montículo de nieve fresca en el medio de un campo.

—Ese montículo cubierto de nieve, Theol, se parece sospechosamente a un cráter de impacto —explicó el Doctor.

—¿Un cráter de impacto? —repitió Theol—. ¿Como si algo hubiera aterrizado allí?

—¿Ves? —dijo el Doctor—. Como he dicho, mucho más emocionante. ¡Vamos!

Theol siguió al Doctor mientras caminaban por el campo nevado hasta el montículo. La nieve era profunda y allí, a diferencia del camino, llevaba días sin haber sido despejada. Theol se encontró hundiéndose hasta las rodillas a cada paso, y pronto la nieve estaba en sus botas, fundiéndose entre sus dedos. Sus calcetines estaban empapados, y chapoteaban incómodamente con cada movimiento. A pesar de todo esto, sin embargo, el Doctor parecía estar llevando más o menos exactamente la misma velocidad que antes. Theol lo atribuyó a un sentido renovado de vigor. El Doctor parecía

diferente desde que había descubierto el montículo de nieve. Más joven incluso. Era casi como si él obtuviera su energía a partir de la idea de que algo pudiera estar mal.

—¿Qué vamos a encontrar ahí? —preguntó Theol. Estaban cada vez más cerca, y estaba empezando a ponerse un poco nervioso—. Nada peligroso, espero.

—Bueno —dijo el Doctor—. No creo que sea probable que haya más marcianos atrapados en el hielo, si es eso lo que quieres decir.

—Em, ¿marcianos? ¿Por qué dices eso? —preguntó Theol.

—Harían un cráter mucho más grande, para empezar —explicó el Doctor, mientras desaparecía por encima del borde de la loma.

Theol se apresuró para alcanzarlo, subiendo por la loma de nieve con el fin de ver. El cráter no era tan profundo como lo que había previsto, y el Doctor, cuyas ropas estaban cubiertas de nieve en polvo, como si se hubiera deslizado por la pared del cráter en su parte inferior, estaba en cuclillas en la depresión poco profunda, examinando a través de la fresca nieve con sus dedos.

—Vamos —dijo el Doctor—. El agua se congela.

Theol decidió seguir el ejemplo del Doctor, y, tirando del dobladillo de su chaqueta hacia abajo y colocándolo por debajo de él, se sentó en la nieve y se dejó deslizar hasta el fondo. Soltó un pequeño grito de alegría mientras, ganando velocidad y sin poder parar, se inclinó hacia un lado y cayó de bruces en la nieve.

—¡Auch! —Se sentó de nuevo, frotándose el brazo. Se había golpeado contra algo duro. Trató de tocarlo bajo la nieve. Había una gran roca enterrada allí, del tamaño de la cabeza robótica del Doctor. La sacó y le quitó la nieve con los guantes.

—¡Oh, bien hecho! —exclamó el Doctor. Miró a Theol en asombrado silencio—. ¿Cómo sabías dónde buscar?

—Yo... yo no lo sabía —dijo Theol.

El Doctor le guiñó el ojo —Eres bueno en esto, y lo sabes. Vamos a echar un vistazo entonces.

Theol le pasó la roca.

—Ah —dijo el Doctor—. Bien.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

–Exactamente lo que esperaba que no fuera –respondió el Doctor.

–Muy esclarecedor –murmuró Theol.

El Doctor se frotó la roca con la manga, eliminando los últimos restos de nieve. Le dio la vuelta para que Theol pudiera ver que no era, de hecho, una roca en absoluto, sino una especie de vaina de color verde con una piel arrugada y áspera.

–Es inteligente, les concederé eso. No tuvisteis ningún problema para conseguir pasar a través de la barrera tecnológica, ¿no? –Acarició la vaina, pensativo–. Pero, ¿dónde está tu hermano? ¿eh? Esa es la verdadera pregunta.

–No tiene ningún sentido Doctor –dijo Theol–. Estaba empezando a sentirse frío y húmedo.

–Esto, Theol –explicó el Doctor– es una vaina de semilla Krynoid.

Theol frunció el ceño.

–Los Krynoid son una raza de invasores parasitarios. Viven sólo para consumir la vida animal. Sus vainas de semillas viajan por el espacio durante cientos, a veces miles de años, antes de encontrar finalmente un planeta adecuado. Una vez allí, germinan, primero infestando y, finalmente, consumiendo la fauna local. Si una de ellas se las arregla para lograr la germinación primaria, se extenderá por todo un mundo en cuestión de días, destruyendo toda la vida animal a su paso. Son totalmente mortales, y alguien les ha enviado aquí, a Trenzalore.

Theol tragó saliva –¿Y eso de allí, es una de sus vainas de semillas?

–Oh, ésta está inerte –dijo el Doctor, encogiéndose de hombros–. No soportan muy bien el frío.

Theol dejó escapar un suspiro de alivio.

–Bueno, tal vez Trenzalore no es tan conveniente como piensan. Hace bastante frío aquí todo el tiempo.

–Sólo hay un pequeño problema –continuó el Doctor–. Siempre viajan en parejas, y mucho me temo que la otra podría haber tenido algo más de éxito.

–¿Cómo sabes eso? –Preguntó Theol. Los pelos de la nuca comenzaban a erizarse, a pesar del frío.

–¿Ese hombre verde que viste esta mañana? –El Doctor estaba tratando de mantener un tono indiferente, pero Theol podía ver que estaba

preocupado—. Sí, probablemente un Krynoid.

—Entonces, ¿estás diciendo que sólo tenemos unos días para detenerlo?
—preguntó Theol.

—Bueno, algo así... tal vez... un par de horas —respondió el Doctor haciendo una mueca. Se puso de pie—. Por lo tanto, cuando te dije que regresaríamos a tiempo para el patinaje...

Theol asintió.

—No se preocupe, Doctor —Se sacudió la nieve de su abrigo y se enderezó—. Vamos, el huerto está por aquí.

Capítulo 5

–¡Oh, mira eso! –dijo el Doctor–. Vosotros los humanos tenéis un montón de recursos. En medio de toda esta nieve y hielo construís esto.

Agitó los brazos abarcando la totalidad de la huerta. Estaban a los pies de la colina, mirando a la enorme cúpula de cristal.

–¿Te das cuenta, Theol, del logro de ingeniería que es esto? Construir un invernadero con temperatura controlada del tamaño de todo un huerto, en una colina nevada, ¡usando tecnología primitiva!

Theol se rió ante el entusiasmo del Doctor.

–Las manzanas no saben nada mal, tampoco –dijo.

–¡Apuesto a que no! –dijo el Doctor– ¡Vamos!

Caminó por la colina tan rápido como sus piernas se lo permitían, rociando repentinamente a Theol con la nieve.

Theol se precipitó tras él, con todos los pensamientos acerca de sus chapoteantes botas ya olvidados.

–Conozco un camino en el interior –dijo, mientras alcanzaba al Doctor un momento después. Él estaba de pie ante la puerta principal de la cúpula, estudiándola valorativamente–. Al otro lado, a la vuelta hay otra entrada y Pieter rara vez la deja cerrada con llave.

El Doctor le lanzó una mirada de soslayo. Theol no podía decir si era aprobación o desaprobación lo que podía leer en los ojos del Doctor. Tal vez no debía saberlo.

–Aplaudo tu ingenio, Theol, pero parece como si esta vez –empujó la puerta y ésta se abrió en las bisagras de rejilla–. Pieter no hubiera cerrado la puerta de entrada, tampoco.

Theol frunció el ceño.

—Eso no es algo que haga él, Doctor. Deja la otra abierta, ya que está cerca de la casa de campo, y puede mantener un ojo en sus cosas.

Algo estaba claramente fuera de lugar, y a Theol no le gustó. El Doctor, sin embargo, no parecía particularmente desilusionado por esta noticia, y ya se había escabullido por la puerta. Parecía estar admirando los manzanos de más allá. Theol lo siguió y cerró la puerta tras de sí.

En el interior, hacía calor, pero no estaba tan caliente como esperaba Theol. Algo definitivamente no andaba bien. Su inquietud crecía.

—¡Mira este lugar! —dijo el Doctor, riendo. Dio una vuelta, abarcando todo el lugar. Avenida tras avenida de maduros y majestuosos árboles llenaban el interior de la cúpula, con las manzanas colgando como adornos de Navidad de sus frondosas ramas. En lo alto, las brillantes luces eléctricas iluminaban sobre el dosel, dando la impresión de luz diurna, a pesar del crepúsculo perpetuo del mundo exterior.

Theol tuvo que admitirlo: era impresionante, aunque algo del lustre se había perdido después de tantas visitas repetidas a conseguir manzanas con Fral. Estaba seguro de que Pieter sabía de sus robos, pero el granjero era un tipo amable, y probablemente hubiera optado por hacer la vista gorda con sus fechorías. Ellos nunca tomaban más de lo que podían comer.

Vio cómo el Doctor sacó una manzana de una rama cercana, lo frotó vigorosamente en su chaqueta, y luego le dio un mordisco. Comió con admiración, sonriendo como un loco.

—Pensé que habías dicho que robar no estaba permitido —dijo Theol.

—Ah, sí. Hmmm. Bueno, no diré nada si tu no dices nada —replicó el Doctor en un susurro conspirador. Extendió su otra mano hacia Theol, e inexplicablemente, había otra manzana en ella, brillante y de color rojo. Theol no podía averiguar cómo los juegos de manos del Doctor habían logrado producir esta segunda manzana, pero la tomó de todos modos, guardándola en el bolsillo del abrigo.

—Parece como si tu amigo Pieter todavía estuviera por aquí. O eso, o se fue con un poco de prisa —dijo el Doctor señalando un abrigo, un gorro y unos guantes que habían sido tirados al azar en un banco de madera junto a la puerta.

Arrojó el corazón de la manzana en la maleza, y a continuación, hizo bocina con las manos alrededor de su boca y gritó a todo pulmón:

—¿Hola?

La voz del Doctor hizo eco entre las copas de los árboles, asustando a un par de pequeñas aves, que salieron de su escondite entre las hojas y revolotearon en la distancia hacia el otro extremo de la huerta, graznando ruidosamente. Por otra parte, no hubo respuesta.

—¿Hola? —Llamó el Doctor por segunda vez.

Una vez más, no hubo respuesta.

—Bueno, supongo que eso da la respuesta —dijo el Doctor.

—Tal vez está en la granja —aventuró Theol.

—Sí. Estoy seguro, Theol. En la granja. Bien —El Doctor no parecía en lo más mínimo convencido. Juntó las manos, como si se preparara para la acción—. Recuérdame de nuevo, ¿dónde viste exactamente al Hombre Verde?

Theol suspiró.

—Fuera. Por el bosque —Señaló a través de la pared de paneles de cristal hacia la línea de árboles en el borde de la granja. Sus ramas parecían irregulares y sin vida en comparación con los vibrantes y frondosos manzanos del interior de la cúpula. El Doctor se agachó y observó con los ojos entrecerrados. A Theol le resultaba difícil poder distinguir cualquier cosa entre las sombras.

Tras unos instantes, el Doctor se puso en pie.

—Bueno, no parece particularmente atractivo, ¿verdad? —dijo con forzada jovialidad—. Echemos un vistazo rápido por aquí y —Se detuvo a mitad de la frase cuando vio algo por encima de su cabeza—. Ah. Eso sí que es interesante...

—¿Qué es interes...? —Theol siguió su mirada y de repente se quedó estupefacto—. ¡Hay un agujero en el techo!

—Sí —dijo el Doctor—. Uno bastante grande —Parecía preocupado—. Bien. Venga. Será mejor que echemos un vistazo.

Se apresuraron a lo largo de la avenida de árboles. Sus botas resbalaban en el suelo blando y fangoso. Unos minutos más tarde, estaban de pie justo debajo del agujero. Gotas de lluvia les mojaban la cabeza y los hombros

ya que los copos de nieve que danzaban en el aire cálido de la cúpula se transformaban en llovizna.

–Te preocupa que aquí sea donde haya aterrizado la segunda vaina, ¿verdad? –preguntó Theol.

El Doctor parecía impresionado. Asintió con la cabeza.

–Hace bastante calor aquí para que germine –Dio una patada a unos fragmentos de vidrio roto–. Ahora, debe haber aterrizado en algún lugar... ¡aquí! –Corrió hacia donde la rama de un manzano colgaba rota y floja de la rama principal–. El árbol debe haber sufrido la peor parte del impacto.

Theol miró donde la rama se había partido, exponiendo la madera fibrosa y fresca del interior. Casi había sido arrancada por completo del tronco. Por encima, otras ramas también estaban astilladas y rotas, describiendo la trayectoria de la cápsula que había caído a la tierra.

–Llegó con un poco de fuerza –dijo–. Tal vez rebotó en la dirección opuesta.

El Doctor no respondió. Estaba ocupado inspeccionando el mantillo de alrededor, en busca de evidencias de la propia cápsula. Theol decidió poner su teoría a prueba. Retrocedió, ampliando la búsqueda. Si la vaina había rodado...

No había dado más de dos pasos antes de verla, a pocos metros detrás de donde el Doctor estaba buscando. Se acercó a la base de otro árbol, se puso sobre ella durante un momento, mirándola nerviosamente. Parecía similar a la otra vaina que ya habían encontrado en la nieve, pero ésta había florecido en un patrón en forma de estrella, dejando al descubierto su interior hueco y carnoso. Parecía como si hubiera expulsado algo.

Theol miró hacia el manzano dañado, luego otra vez a la vaina, trabajando mentalmente en los ángulos. Ciertamente, no parecía que la vaina hubiera rodado hasta ahí por sí sola después de aterrizar.

–Umm, Doctor...

–¡Shhh! –dijo el Doctor– Estoy tratando de concentrarme.

Theol le dio un momento. Consideró recoger la vaina y llevársela al Doctor, pero decidió no hacerlo.

Un minuto más tarde, el Doctor apareció a su lado.

–Oh –dijo. Sonaba un poco desanimado–. La encontraste. ¿Por qué no me lo dijiste?

Theol suspiró. No creía que valiera la pena comentar que lo había intentado.

El Doctor se puso de cuclillas delante de la vaina abierta.

–Esto no es bueno –dijo–. De hecho, yo diría que es definitivamente malo. Muy malo. Tenemos que encontrar a tu amigo Pieter.

–¿Porque la vaina está abierta? –preguntó Theol.

–Porque la vaina está abierta –confirmó el Doctor.

–¿Y eso significa...?

–Significa que alguien ya ha sido infectado. Significa que el hombre verde que viste es definitivamente el Krynoid, y significa que tenemos que detenerlo pronto antes de que comience a dispersar vainas de semillas en el resto del planeta.

–Oh –dijo Theol, sin saber qué decir. Entendió las implicaciones de lo que el Doctor había dicho: Pieter era probablemente el que había sido infectado.

Theol sintió algo rozarle en la mejilla, y levantó la mano para apartarlo a un lado. Era una rama de árbol, probablemente agitada por el viento.

Hizo una pausa por un momento. El viento. Se encontraban en un invernadero gigante. No había viento. Sintió una sombra arrastrándose sobre él, tapando la luz eléctrica superior.

Poco a poco, Theol volvió la cabeza. Intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca. Uno de los árboles estaba inclinado. Mientras lo miraba, una de sus ramas se movió en su dirección, con sus largos y delgados dedos acariciando la parte superior de su brazo. Oyó un desgarrador crujido de madera justo detrás de él, y se dio cuenta, con horror, que muchos de ellos estaban en movimiento. Las hojas crujían mientras se acercaban.

–¡Doctor! –dijo Theol, en un susurro aterrado–. ¡Los árboles se están moviendo!

–Ah, sí –El Doctor parecía algo avergonzado–. Puede que haya olvidado mencionar eso –Poco a poco empezó a ponerse en pie, poniendo a Theol a su lado–. Cuando un Krynoid alcanza un punto determinado en su germinación, tiene la capacidad de controlar otras plantas en la misma zona. Eso significa, Theol, que hay buenas y malas noticias.

Theol se agachó para evitar el balanceo de una rama baja hacia su cabeza.

–La buena noticia es que el Krynoid obviamente todavía cerca –prosiguió el Doctor.

–¿Y la mala noticia? –jadeó Theol, intuyendo cuál podría ser la mala noticia.

–La mala noticia es que este huerto ha desarrollado de repente intenciones muy deshonrosas contra nosotros. ¡Corre!

Theol no necesitó oírlo dos veces. Se agachó bajo las ramas del manzano más cercano, tropezando y rodando sobre el camino de tierra entre las dos hileras de árboles. Se puso en pie justo cuando el Doctor aparecía tras él, esparciendo las hojas y gritando.

–¡Correeeeee!

Detrás de ellos, los árboles ya habían comenzado a cerrar filas, inclinandose sobre la ruta para bloquear su camino hasta la puerta, y el Doctor y Theol se dieron cuenta rápidamente de que no había posibilidad de escapar por donde habían venido.

–Vaya suerte –mascuyó el Doctor con la respiración entrecortada–. Atrapados en una cúpula sellada con un huerto lleno de árboles que quieren comerme. Está claro que es el karma por todas las manzanas que he disfrutado en los últimos años.

–¡Quieren comernos! –gritó Theol, luchando contra una creciente ola de pánico.

–Bueno, ahora estamos entrando en semánticas –dijo el Doctor–. Aún así, no creo que debamos esperar a averiguarlo. ¿Habías mencionado otra puerta?

Theol respiró hondo.

–Por aquí –dijo, agarrando la manga del Doctor y tirando de él en la dirección opuesta–. Está más adelante. Pasando los, um, árboles...

Capítulo 6

—¡Uf! —El Doctor cayó de rodillas en la nieve—. Ha sido tremendamente estimulante. No hay nada como una buena carrera. Me encantan. Pone el corazón a toda máquina.

Theol estaba encorvado, con las manos sobre las rodillas, tratando de recuperar el aliento. Tras ellos, los manzanos estaban creando una cacofonía mientras sus ramas chocaban contra los paneles de vidrio de la cúpula, tratando de arañarlos.

Había resultado una carrera bastante peliaguda hasta el otro lado de la huerta, con Theol prácticamente arrastrando al Doctor mientras se abrían paso a través de ramas que trataban de agarrarles y manzanas que les golpeaban, ya que los árboles de repente empezaron a bombardearles con la fruta en un esfuerzo por detenerles. Theol imaginaba que tendría algunas contusiones por la mañana. Asumiendo, por supuesto, que siguiera vivo. Ya había prometido más de una vez que sus días de pillaje habían terminado.

Afortunadamente, como Theol había anticipado, Pieter había dejado la puerta lateral abierta, y ahora ambos se encontraban en el patio cubierto de nieve en el lado más alejado de la cúpula, a la sombra de la antigua granja. Era un alivio estar a salvo fuera del alcance de los árboles homicidas, al menos por un tiempo. Estaba a punto de decírselo al Doctor cuando oyó el tintineo de cristales rotos detrás de él. Decidió no mirar atrás. Después de todo, no era como si los árboles pudieran caminar...

El Doctor se estaba poniendo de pie.

—¿Y ahora qué? —preguntó Theol.

—Ahora encontramos a Pieter —explicó el Doctor—. Mi teoría es que ha ido en busca de comida.

—Tiene una despensa en la granja —dijo Theol—. El edificio está un poco destartado y viejo, y él ya no vive allí, pero sé que guarda provisiones.

—¡De acuerdo! ¡A la granja, entonces! —dijo el Doctor, tirándose de las solapas de su abrigo. Estaba sonriendo de nuevo. Theol intuyó que se lo estaba pasando demasiado bien.

La entrada a la granja estaba en el lateral del edificio y, con cautela, pasaron de puntillas por la nieve, doblaron la esquina y se apresuraron hacia la puerta. Seguía nevando y gruesos copos parecieron surgir de la nada, chocando contra las mejillas calientes de Theol. La visibilidad era pobre, y la luz tenue de la luna quedaba oscurecida por la nevada. Sus botas crujían con cada paso.

La puerta de la granja estaba abierta, y un pequeño montón de nieve se había formado en el interior del porche. No había huellas o marcas en él. Si Pieter estaba dentro, no había salido de nuevo recientemente. Pero ¿por qué iba a dejar la puerta abierta a los elementos?

—Sígueme —dijo el Doctor, pisando con cuidado sobre el umbral.

Theol no tenía intención de hacer lo contrario, por lo que simplemente se encogió de hombros e hizo lo que el Doctor sugirió.

En el interior, la casa estaba fría y oscura. Había una sensación de abandono del lugar, como si el edificio no hubiera tenido un uso adecuado durante meses. En el pasillo, el papel pintado se estaba pelando con la humedad, una caja de trastos viejos había sido abandonada en la escalera y la puerta de la cocina se balanceaba en una única bisagra rota. La decoración y los muebles eran escasos. Quizás Pieter había abandonado el lugar, ahora que se había mudado a la ciudad con su familia.

—Por ahí —susurró Theol, indicando el camino hacia la cocina.

El Doctor asintió y se adentró por el pasillo. Había sacado un delgado cilindro de metal de algún sitio cuando Theol no estaba mirando, que se aferraba a su mano derecha como si fuera un talismán. Apoyó la cabeza en el marco de la puerta y se asomó a la otra habitación. Permaneció así durante un momento, sin mover un músculo, sin decir una palabra. Luego, visiblemente relajado, se dirigió de nuevo a Theol. Cuando volvió a hablar, no lo hizo en un susurro sepulcral.

—Cuando dijiste que el lugar era un poco viejo, espero que no te refirieras sólo a un gran agujero enorme en la pared.

—No —dijo Theol, perplejo—. Sólo que el techo no es muy aislante y es difícil de calentar.

—Ah —dijo el Doctor—Sospecho que ahora va a ser aún más difícil de calentar. Y, probablemente, también un poco menos hermético.

Theol cruzó el pasillo y, empujando al Doctor, entró en la cocina. Vio de inmediato a lo que el Doctor se refería. La pared del fondo contenía ahora un enorme agujero, desigual, como si algo simplemente hubiera arrasado el enladrillado a su paso. La nieve seguía soplando, esparciéndose por el suelo de baldosas. La chimenea estaba fría y muerta, un aparador había sido volcado, y los restos de diversos productos alimenticios estaban tirados por la habitación.

—Carne cruda —dijo el Doctor a sus espaldas—. En la mesa.

Theol se hizo a un lado para dejar pasar al Doctor. Rodeó la maltratada mesa, haciendo una mueca mientras examinaba lo que parecían ser restos de animales pasados por una carnicería. Theol arrugó la nariz con disgusto al reconocer un cadáver de pollo crudo que había sido despojado de gran parte de su carne. Había marcas de dientes en la piel. Miró al Doctor, con una pregunta en sus ojos.

—Esto es lo que los Krynoid hacen, Theol —explicó el Doctor, agitando el cilindro de metal para subrayar sus palabras—. Consumen. Devoran todo lo que no es vegetación. Cualquier cosa con carne, sangre y huesos. Es por eso que tenemos que pararlo antes de que pueda sembrar más de su especie, y antes de que pueda hacerse más fuerte.

Theol asintió.

—Bueno —dijo, señalando el agujero en la pared—. Supongo que se fue por ahí.

Capítulo 7

El Krynoid debería haber sido casi imposible de pasar por alto, pero el cerebro de Theol no pudo registrarlo en un primer momento.

Salió a través del agujero en la pared de la cocina, evitando cuidadosamente los ladrillos y fragmentos rotos. Se adentraron en el gran patio al otro lado de la casa. Un espacio rectangular rodeado en tres lados por enormes corrales y graneros, donde Pieter conservaba sus manzanas en los meses posteriores a la cosecha.

Theol miró a su alrededor, sin ver nada extraño. Dio una patada el suelo para evitar el frío. A su lado, sintió dudar al Doctor

–Um, Theol, si quisieras volver a entrar ahora, ciertamente no pensaría mal de ti –había un tono en la voz del Doctor, una nota de advertencia que envió un escalofrío por la espalda de Theol.

Frunció el ceño

–¿Por qué? ¿Qué sucede?

Hubo un ruidoso golpe seco a unos pocos metros delante de ellos, y Theol miró hacia abajo para ver el cuerpo muerto y medio masticado de una vaca, recortado en la nieve. El vapor se elevaba desde el interior de su desgarrado vientre, y la sangre carmesí estaba salpicada a su alrededor, rígida y brillante contra la nieve blanca y pura. Sintió como la bilis le subía por la garganta. ¿Cómo podría la mitad de una vaca caer simplemente del cielo?

Lentamente levantó la cabeza, mirando a la cosa verde encaramada en la parte superior del redil.

Era casi del tamaño de la granja, un gigante de parras y vegetación

que se movía arrastrando los pies. Theol casi no sabía como definirlo. No tenía forma definida, que no fuera la retorcida masa de tentáculos con los que estaba tomando con indiferencia las vacas de los rediles inferiores. Mientras observaba, la criatura levantó una en el aire, la asfixió con sus extremidades, y luego la arrojó a un lado un par de segundos más tarde, cuando terminó de despojar la carne de los huesos. El cuerpo aterrizó cerca del otro esqueleto, esparciendo más nieve sobre las botas de Theol.

—Eso es... eso es...

—Sí —afirmó el Doctor—. Eso es el Krynoid.

—¿Pieter? —finalizó Theol— ¿Eso es Pieter? —su voz se quebró ligeramente al formular la pregunta.

—Me temo que sí —dijo el Doctor, con un hilo de voz—. O al menos, lo era. Dudo mucho que quede algo de Pieter—. Chasqueó los dedos, animándose de repente—. ¡Pero vale la pena intentarlo!

—¿Qué quieres decir?

El Doctor puso las manos alrededor de su boca, como había hecho en el huerto

—¡Ey! ¡Krynoid, por aquí! —agitó las manos sobre su cabeza mientras trataba de llamar la atención de la criatura.

—¡Doctor! —dijo Theol, bruscamente. ¿Se había vuelto loco?—. ¿Qué estás haciendo?

—Viendo la cantidad de Pieter que todavía hay ahí. Si es lo suficientemente fuerte, podría ser capaz de luchar contra eso —continuó agitando los brazos sobre su cabeza como una frenética marioneta desgarrada.

El Krynoid se detuvo, moviendo su masa para poder observarlos. Theol no podía ver nada que pareciera un ojo, pero era obvio que estaba allí.

—¡Correcto! —bramó el Doctor—. Te estoy hablando a ti. Quiero hablar con Pieter.

El Krynoid hizo un sonido similar al de una tormenta de viento soplando a través de una rejilla de metal

—No hay Pieter. El ser humano ya no existe. Sólo hay Krynoid. Pronto, no habrá nada más que Krynoid —su voz era profunda, áspera y absolutamente inhumana. Theol sintió el sonido reverberar en su vientre.

—¡Vamos, Pieter! Sé que estás ahí. ¡Lucha contra él, hombre!

El Krynoid dejó a otra vaca deslizarse de su agarre. Se estrelló con estrépito en el corral inferior. Luego, con una gracia sorprendente, la criatura se retorció en torno, deslizándose por el costado del edificio y llevando trozos de azulejos de mampostería y techos con él. Venía hacia ellos.

Theol dio un paso atrás

–¡Pieter!

El Krynoid pareció dudar un momento, como si la voz de Theol le hubiera afectado de alguna manera

–¿Pieter? –dijo de nuevo, esta vez más tranquilo.

–¿Theol? –la voz del Krynoid vaciló y se quebró.

–¡Sí, Pieter! ¡Es Theol! –gritó el Doctor–. Eso es, lucha contra él. Pelea contra el Krynoid desde dentro. ¡Puedes hacerlo!

–Yo... yo... no puedo –dijo la cosa que había sido Pieter–. No puedo contenerlo por más tiempo. Theol... ¡corre!

El Krynoid se sacudió repentinamente en su dirección con sus vides erizadas. Tenía una extraña técnica de moverse que implicaba el impulsarse por el suelo con sus tentáculos, pero ni Theol ni el Doctor deseaban quedarse mucho rato para verlo.

–¡Bordea la casa! –gritó el Doctor–. No te quedes atrapado dentro.

Theol salió corriendo. El Doctor pareció pensárselo por un momento, antes de ponerse a correr en la dirección opuesta. Theol supuso que estaba tratando de atraer al Krynoid, o al menos asegurarse de que uno de ellos estaba a salvo.

Theol pasó por el patio, un momento después, tropezando en la nieve. Dudó. El Doctor no había llegado desde el otro lado del edificio, así que no estaba seguro de hacia dónde correr. Podía oír al Krynoid detrás de él y sabía que sólo tenía unos segundos para tomar una decisión.

Echó de nuevo a correr, en dirección al bosque. Por lo menos el Krynoid no sería capaz de moverse entre los árboles. Sólo esperaba que el Doctor fuera capaz de mantener el ritmo.

El viento hacía que la nieve le golpeará en la cara mientras corría, haciéndole llorar. Podía sentir las lágrimas congelándose en sus párpados, y su respiración cada vez era más entrecortada debido a la asfixia y los jadeos. Estaba decidido a escapar para ayudar al Doctor a derrotar al monstruo. Tenía que hacerlo. Tenía que demostrar que el sacrificio de su padre

había valido la pena hacía tantos años.

Justo al llegar a la frontera del bosque, oyó al Doctor llamándole, y se dio la vuelta para ver lo que estaba sucediendo. El Doctor estaba a una corta distancia detrás de él, agitando los brazos violentamente y detrás de él, el Krynoid se tambaleaba a una velocidad alarmante. Sus tentáculos se retorcían mientras azotaban los talones del Doctor.

Theol de espalda a los árboles, estaba gritando para que el Doctor se diera prisa y se uniera a él.

–¡Estoy aquí! –gritó.

–¡No, Theol! –gritó con desesperación el Doctor, su voz casi perdida por el viento–. ¡A los árboles no!

Pero ya era demasiado tarde. Theol se dio cuenta de su error cuando uno de los árboles envolvió sus ramas retorcidas alrededor de sus piernas.

Capítulo 8

—¡Alejaos de mi! —Theol sintió que las ramas se contraían alrededor de sus muslos, tan fuerte que pensó que podrían cortar su circulación. Otras ramas estaban empezando a arañarlo, acurrucándose tentativamente alrededor de su pecho, sus brazos, su cuello.

Cerró los ojos, esperando sentir dolor, esperando que el árbol le arrebatase lentamente la vida. No quería morir. ¡No estaba preparado para morir!

Luchó, intentando soltarse, y el árbol respondió apretando su agarre. Empezaba a sentirse mareado. Estrellas bailaban ante sus ojos como copos de nieve que brillaban en la brisa.

Iba a convertirse en alimento para el Krynoid. ¿Su madre encontraría alguna vez su cuerpo, abandonado en la nieve como una de esas pobres vacas? ¿O el Krynoid los derrotaría a todos, consumiendo toda la vida humana en Trenzalore, y nadie sabría nunca qué había sido de él, cómo había tratado de ayudar al Doctor? Jadeó tratando de respirar, empujando el aire frío hacia abajo en sus pulmones.

—¡Theeeeeeoolllll! —la voz del Doctor hizo eco en sus oídos, pero parecía muy lejana, como un sueño medio recordado.

Theol abrió los ojos para ver al Doctor cargando hacia él, impulsándose frenéticamente sobre su pata de palo y el Krynoid cerniéndose sobre su hombro.

—Lo siento... —trató de decir, pero todo lo que salió fue un susurro ahogado.

Y entonces el Doctor se tiró directamente hacia él, saltando por los aires como un hombre de mediana edad y gritando “¡Geronimoooo!” al

límite de sus pulmones.

Theol se preparó mientras el Doctor se estrellaba contra él, con el hombro por delante, tirándolo hacia atrás y de alguna manera aflojando el agarre de las ramas que sujetaban sus piernas. Cayó hacia atrás por el impulso, escuchando un chasquido seco cuando las extremidades de madera crujieron bajo sus pesos combinados, y de repente estaba libre, rodando en la congelada maleza. Se agarró el vientre, tratando de meter el aire en sus pulmones.

—Ponte... de... pie —jadeó el Doctor, enderezándose. Theol trepó al lado del Doctor. El mundo dio un repentino vuelco, y entonces él estaba respirando de nuevo, y el sonido del Krynoid furioso llenaba sus oídos.

Por encima de ellos, los árboles temblaban violentamente, arrojando una gran cantidad de nieve. Como Theol pudo observar, se plegaron sobre sí mismos, apartándose para revelar al Krynoid. Se había equivocado acerca de utilizar los árboles como cobertura en más de un sentido.

El Krynoid emitió un rugido y se abalanzó sobre ellos, golpeando con sus tentáculos. Theol se lanzó al suelo para evitarlo, pero el Krynoid no estaba dispuesto a darse por vencido fácilmente y envolviendo sus apéndices alrededor de los troncos de los árboles cercanos, se alzó en el bosque.

Theol estaba en pie y corriendo antes de que se diera cuenta de lo que estaba sucediendo. Se adentraba más en el bosque, pero los árboles simplemente se separaban a su alrededor para que el Krynoid pudiera perseguirlo. Echó un vistazo por encima del hombro para ver al Doctor quedándose atrás

—¡Vamos, Doctor!

—Te recuerdo, muchacho —bufó el Doctor entre jadeos—, que tengo casi 1.500 años de edad. Al menos, creo que es más o menos eso. Podrían ser unos cientos de años en cualquier modo —agitó drásticamente las manos—. De todos modos, sea cual sea mi edad, correr con una sola pierna sana no es tan fácil como parece.

—¡Doctor!

El Krynoid rugió de nuevo, arremetiendo contra el Doctor, pero sólo consiguió volcar otro árbol y llenarse a sí mismo de nieve. Pareció detenerse por un momento, como sorprendido por la repentina ráfaga helada.

—¡Por aquí! —el Doctor tomó de repente un giro brusco a la derecha,

agachándose entre los árboles, y Theol hizo lo mismo y corrió tras él. Un momento después, salió de la cobertura de los árboles para encontrarse al Doctor esperándolo en la ladera. Detrás de ellos, el Krynoid seguía cargando a través de los árboles en su persecución, haciendo un escándalo terrible.

—Es el frío —dijo el Doctor—, lo está ralentizando —puso una mano sobre el hombro de Theol mientras recuperaba el aliento—. ¿Viste lo que pasó cuando se cubrió por accidente de nieve?

Theol asintió

—Parecía aturdido por un momento.

—Exacto —dijo el Doctor, mostrando su mejor sonrisa—. Como la otra vaina, inerte en el montón de nieve. Y eso me ha dado una idea.

Theol estaba demasiado cansado y demasiado asustado como para ser capaz de sentir ninguna sensación de alivio, independientemente de la repentina confianza del Doctor. El susurro de los árboles aumentaba a cada instante. El Krynoid estaría sobre ellos de nuevo en cualquier momento.

—Así que, dime —dijo—, ¿cuál es el plan?

—Tenemos que atraerlo a la ciudad —dijo el Doctor.

—¡A la ciudad! —dijo Theol—. ¡Es un plan espantoso!

El Doctor negó con la cabeza

—¡Es un gran plan! Tenemos que conseguir acercarlo tanto como sea posible a la Torre del Reloj.

—¿Y qué va a pasar en la Torre del Reloj? —preguntó Theol.

El Doctor se encogió de hombros

—O destruimos al Krynoid o el Krynoid destruirá la ciudad.

Theol suspiró

—Eso parece justo —concedió.

Capítulo 9

Theol nunca había corrido tanto en un día.

De hecho, estaba seguro de que, incluso si él sumaba todo lo que había corrido en su vida, todavía no llegaría a la cantidad que había corrido hoy.

Sus pulmones ardían, sus piernas eran pesadas, y estaba teniendo el momento de su vida. No tenía ni idea de cómo el Doctor estaba consiguiendo cojear a tal velocidad sobre su pata de palo.

Ambos, Theol y el Doctor, bajaron corriendo por el camino a la ciudad, resbalando y deslizándose sobre la compactada nieve y gritando de miedo, emoción y adrenalina. Pisándoles los talones, el Krynoid se propulsaba por la tierra helada, sólo unos minutos por detrás de ellos.

–¡Cuidado! –exclamó el Doctor–. ¡Monstruos sueltos!

La gente del pueblo se dispersó cuando irrumpieron en la plaza, corriendo en todas las direcciones imaginables, agachándose detrás de los braseros, arbustos y bancos para cubrirse.

–¡Ups! ¡Voy a pasar! –dijo el Doctor, volcando accidentalmente un carro al agitar un brazo y enviando barriles vacíos a través del camino. El conductor gritó una amarga maldición a su paso. Theol no tuvo tiempo para mirar hacia atrás y ver lo que el conductor gritaba al Krynoid en la persecución.

–Aquí estamos –dijo el Doctor, patinando hasta pararse en las escaleras de la Torre del Reloj y dejándose caer sobre una rodilla mientras se estabilizaba–. Hogar Dulce Hogar –extendió las dos manos y atrapó a Theol cuando casi salía volando, incapaz de frenarse a sí mismo en el hielo.

Detrás de ellos, el Krynoid rugió de frustración, mientras subían las escaleras de dos en dos, con el Doctor deteniéndose sólo el tiempo suficiente para recoger a Handles, que había continuado su vigilia en los escalones durante buena parte del día, y para sacar un extraño cilindro de metal del bolsillo de su chaqueta. Apretó un botón en el dispositivo mientras cargaban hacia las puertas, y Theol oyó abrirse al mecanismo de cierre. El Doctor lo agarró y lo llevó dentro, cerrando la puerta de una patada tras ellos. Activó su cilindro de nuevo y las cerraduras se bloquearon de golpe.

—¿Qué es eso? —dijo Theol, levantándose del suelo y sacudiéndose el polvo.

—¿Esto? —preguntó el Doctor, lanzando el dispositivo en el aire para que brillara en la penumbra. Lo atrapó al vuelo y lo metió de nuevo en el bolsillo—. Es sólo un destornillador —cruzó la habitación y colocó a Handles con cuidado sobre una pequeña mesa de café desordenada.

Theol se tomó un momento para echar un vistazo alrededor. Él nunca había podido estar dentro de la Torre del Reloj anteriormente. Era un lugar viejo, mohoso, lleno de basura y polvo acumulado. Parecía de alguna manera acogedor, pensó, como si el Doctor lo hubiera hecho suyo, haciendo lo mejor con lo que tenía, una mezcolanza de muebles que no combinaban, libros dispersos, juguetes de madera, mapas, y los extraños pedazos de tecnología.

Todas menos una de las paredes estaban cubiertas, llenas, de hecho, con dibujos de los niños. Cada uno de ellos representaba al Doctor involucrado en batallas contra una variedad de enemigos. Theol no reconoció la mayoría de ellos, pero eran de todo tipo de formas y tamaños. Notas garabateadas de agradecimiento acompañaban casi todas las imágenes. Algunos de ellos eran ahora tan viejos que el papel se había vuelto amarillo y quebradizo. El Doctor había sido realmente el sheriff durante mucho tiempo.

La única de las paredes que no tenía pegados encima dibujos tenía otra característica distintiva enteramente suya, una grieta grande, brillante que no le pareció a Theol otra cosa que una sonrisa burlona y torcida. Una brillante y pura luz parecía filtrarse desde la grieta, como si se tratara de una herida sangrante en la estructura misma del edificio. Estaba a punto de pedir al Doctor que se lo explicara, cuando toda la torre se estremeció,

y se acordó del Krynoid, y el trabajo que aún estaba por hacer.

—¿Y ahora qué, Doctor? —preguntó.

—Por esas escaleras —respondió el Doctor—. Tenemos que llegar a lo más alto, lo más rápido que podamos. Hasta la misma campana.

Theol asintió. Podía oír al Krynoid inspeccionando la puerta, arañando la cerradura con sus tentáculos. Esperaba que el Doctor tuviera un plan real. Uno que realmente pudiera funcionar.

Corrió por las escaleras detrás del Doctor con su corazón latiendo a mil por hora. ¿Es esto lo que le había sucedido a su padre hacía tantos años? ¿Es así como todo había terminado para él, en un asedio y luchando por su vida? La madre de Theol siempre se había negado a contarle la historia, y lo único que había podido averiguar de otros niños era lo que habían oído ellos de sus propios padres, que el padre de Theol había muerto durante un ataque a la ciudad. Se preguntó si las criaturas responsables estaban representadas en algunas de los dibujos en las paredes del Doctor, si tal vez los niños cuyos padres no habían muerto durante el ataque le habían escrito como agradecimiento.

Theol se detuvo en la escalera, abrumado de repente por el miedo

—Los detendrá, ¿verdad Doctor? —dijo—. Es que, mi padre murió en un ataque como este y... —se detuvo, incapaz de continuar.

—Lo sé —dijo el Doctor, en voz baja—. Era un buen hombre, Theol. El mejor. Y te prometo que lo vamos a conseguir. Juntos —extendió la mano y cogió la de Theol—. Vamos. Ya casi estamos. Podemos hacerlo.

De la mano, el Doctor y Theol subieron los últimos escalones hasta la cima de la torre.

Salieron a la oscura y nevada tarde. El frío era como una bofetada en la cara, y las ráfagas de viento amenazaban con levantar a Theol de sus pies. Peor que eso, el Krynoid se había aferrado a la torre y se arrastraba por el costado del edificio, enroscando sus tentáculos en el ladrillo, moviéndose por los marcos de las ventanas. Era completamente implacable. Los acabados se derrumbaban y caían al suelo, mientras se acercaba.

—¡Ahora, Krynoid, es el momento de que me escuches! —dijo el Doctor, levantando la voz por encima del aullido del viento. Parecía crecer en estatura de repente, su expresión se endurecía—. Has cometido un error muy grande aterrizando en este planeta. Un error. Olvidaste que este planeta

está protegido. No por mí. ¡Oh, no! Sólo soy un pequeño y viejo Señor del Tiempo con una pierna de madera, al que hace tiempo que le pasó su mejor momento. No, lo que olvidaste, lo que ni siquiera consideraste, era a la gente de Navidad. La gente de allí abajo, en esa plaza, que está a punto de demostrarte de lo que están hechos –hizo una pausa, mirando al Krynoid como si le retara a acercarse–. Esa es la lección de hoy, grandullón. ¡No importa cómo de alto crezcas, nunca tienes que olvidar a la gente pequeña!

El Krynoid rugió, arremetiendo contra el Doctor y desgarrando un trozo de la barandilla, cerca de donde estaba parado. El Doctor se tambaleó, pero mantuvo el equilibrio. La mampostería rota cayó ruidosamente al suelo. En pocos minutos, la criatura estaría en la parte superior de la torre, y al alcance de los dos.

Theol se agarró ansiosamente a la barandilla, necesitando desesperadamente algo a lo que aferrarse mientras esperaba para ver lo que el Doctor iba a hacer a continuación.

–¡De acuerdo, vosotros! –gritó el Doctor, inclinándose sobre los restos de la balastrada y llamando a la gente de abajo–. Podeis salir. Ya no hay nada que temer.

Mientras Theol miraba, algunos de los lugareños comenzaron a surgir de sus escondites. Parecían asustados. Sabía cómo se sentían.

–¡Eso es! –dijo el Doctor–. ¡Brillante! ¡Vamos a mostrar a este monstruo lo que Navidad es por encima de todo! –echó un vistazo a Theol, con una enorme sonrisa en su rostro–. ¡Bolas de nieve! Quiero ver a un montón de bolas de nieve. Tirarlas a esta gran cosa plantosa verde de aquí. Tantas como podáis.

Por un momento no pasó nada. Entonces, mientras Theol miraba, una bola de nieve perfecta hizo un arco en el aire, estrellándose contra el costado del Krynoid. Seguida de otra, y luego otra, y de repente se produjo un aluvión de ellas mientras la gente del pueblo recuperaba su confianza y se unían para ayudar al Doctor.

El Krynoid rugió desafiante, pero Theol podía decir que el repentino asalto congelado ya estaba empezando a ralentizarlo.

–Eso es, Fral Henderon. ¡Más como esa! Seguid así, todos vosotros.

Theol podía oír a Fral gritando abajo mientras enviaba bola tras bola a toda velocidad hasta el Krynoid. Fral siempre había sido bueno en una

pelea de bolas de nieve. Rara vez perdió su nivel.

–Bien, Jerl Tompkinson, eres el siguiente –dijo el Doctor, señalando al hombre a quien Theol había visto configurar el gramófono ese mismo día temprano–. ¿Ves la manguera de goma de ahí abajo?

La respuesta de Jerl se perdió en el viento y en el chirrido desafiante del Krynoid, pero parecía que había entendido lo que el doctor quería de él.

–¡Eso es! Bien, enciéndela y demos a este Krynoid un buen remojo –el Doctor estaba moviéndose por la torre del campanario, dirigiendo las cosas de abajo como una especie de director maníaco, de pie ante una orquesta.

Una repentina pulverización de agua helada se disparó por encima del parapeto, duchando a Theol y haciéndole gritar de sorpresa. Se agachó mientras Jerl intentaba controlar la manguera.

–¡Cuidado! –gritó el Doctor–. ¡El monstruo está allí!

El chorro de agua se arqueó en el aire, salpicando a través de la piel del Krynoid. Se retorció salvajemente, pero Jerl mantuvo el agua fluyendo, moviendo la boquilla de lado a lado hasta que toda la criatura estuvo empapada y goteando.

Theol fue a limpiarse una gota perdida de su mejilla, pero se desprendió con su toque, ya congelada en su lugar como una pequeña lágrima de plata.

Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que el Doctor estaba haciendo. ¡Por supuesto! ¡La pista de patinaje!

El Krynoid había comenzado a reducir la velocidad. Sus tentáculos apenas se movían ahora y estaba teniendo dificultades para aferrarse. Theol podría ver diminutos y brillantes cristales de hielo empezando a formarse sobre su piel.

Hubo un sonido como el crujido de la madera vieja, como el hielo en el estanque de los patos bajo su peso, amenazando con ceder. Uno de los tentáculos del Krynoid se agitó débilmente, y luego se puso rígido en el aire, brillando con hielo. Toda la criatura se estremeció, y por un minuto de infarto Theol pensó que se iba a recuperar, pero entonces se quedó completamente inmóvil, como una grotesca estatua, congelada.

Nadie se movió por un momento, como si todo el mundo en la ciudad estuviera conteniendo colectivamente su respiración.

Como de costumbre, el Doctor fue el primero en romper el silencio

–Tu turno, Theol –dijo–. Pásame esa cuerda.

Estaba amontonada en un rincón de la Torre del Reloj, en espiral como una serpiente helada cualquiera. Theol corrió hacia ella, levantándola con un gruñido. Era más pesada de lo que parecía. La llevó a donde el Doctor había empezado a manipular el badajo de la campana.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó, mientras el Doctor ataba el extremo de la cuerda al tirador.

–Dar a la gente de Navidad una fiesta de la cosecha que recordar –dijo. Se acercó a la orilla de la torre y dejó escapar la cuerda enrollada por el borde. Se desenrolló a medida que caía, haciendo un ruido sordo sobre los escalones inferiores–. Muy bien, vosotros. ¡Dadle a la cuerda un buen tirón! ¡Toquen la campana para Navidad! ¡Toquen la campana para decirles a los monstruos que no son bienvenidos!

Cuatro, seis, diez de las personas de abajo tomaron el otro extremo de la cuerda, preparándose a sí mismos como si se prepararan para un tira y afloja. El Doctor se volvió hacia Theol.

–Tápate los oídos!–gritó. Sus manos ya estaban colocadas a los lados de la cabeza.

A continuación, la gente del pueblo le dio un fuerte tirón en la cuerda, y la campana se balanceó salvajemente en su plataforma. El sonido era ensordecedor, y la vibración hacía que Theol se tambalease con paso inseguro. Se dejó caer de rodillas, sujetando sus manos sobre las orejas. ¿Se había vuelto finalmente loco el Doctor?

Levantó la vista para ver al Doctor sonriéndole como un loco. Theol frunció el ceño, y el Doctor se hizo a un lado para que pudiera ver. Por encima del hombro del Doctor, el Krynoid se estremecía de nuevo, pero esta vez era debido a la reverberación de la campana, y mientras Theol observaba, se empezaron a formar grietas como líneas de fractura a través de su enorme y congelado cuerpo.

Las personas de debajo tiraron de la cuerda de nuevo, y esta vez el Krynoid explotó como un vidrio hecho añicos, regando la plaza de fragmentos de madera y vid helada. Theol se puso de pie, corriendo hacia el

parapeto. Debajo, pudo ver que las personas estaban aclamando, y a pesar del hecho de que no podía oír nada, por el atronador sonido de la campana, sumó su voz al coro.

Se había acabado. El Doctor lo había conseguido. Él lo había conseguido.

Navidad estaba a salvo.

Capítulo 10

El festival de la cosecha estaba en su apogeo cuando Theol finalmente salió de la casa de su madre al día siguiente. Había trabajado casi toda la noche en su regalo para el Doctor, y luego durmió en la hora del almuerzo pasado, despertado sólo por un vientre gruñendo y los sones distantes del canto y la risa entrando a través de su ventana. Después de descubrir que su madre ya se había ido, se había vestido a toda prisa, engullido una rebanada de pan y queso, y luego salido en el frío de la tarde.

Ahora, estaba abriéndose paso a través de la presión de la gente en la plaza principal, agarrando un paquete largo y delgado debajo de su abrigo.

Le dolía el cuerpo como nunca le había dolido antes, el resultado de los esfuerzos del día anterior, de tanto correr, pero sin embargo se sentía jubiloso. Todavía no podía creer la aventura que había tenido con el Doctor, la parte que había jugado en la salvación de la ciudad de la invasión Krynoid.

A su alrededor, la gente del pueblo estaba divirtiéndose, bebiendo jarras de sidra caliente y probando las delicias de los innumerables puestos. Los ricos aromas del pan de especias, el cerdo asado y los bollos pegajosos le recordaron que no había comido adecuadamente en un tiempo, y casi le hicieron rendirse y permitir a su vientre guiarlo en la dirección equivocada. Luchó contra el impulso. Podía esperar un poco más. Había algo que tenía que hacer.

Una hoguera rugía en el centro de la plaza, apresuradamente erigida en la mañana a partir de los restos del Krynoid. Era un final apropiado, sentenció Theol, una pira funeraria para Pieter, que se había mantenido

firme contra el monstruo cuando más importaba, y hecho todo lo posible para salvar a Theol y el Doctor. Lo echaría mucho de menos.

En la Torre del Reloj, Fral y los demás habían regresado a su improvisada pista de patinaje, chillando y empujándose mientras trataban de superarse unos a otros, tratando de mantenerse de pie sobre el cristalino hielo y saltando y elaborando formas con sus cuerpos. Theol se rió. Disfrutaría de unirse a sus juegos en un rato.

El Doctor estaba sentado en su lugar habitual en los escalones, hablando con la cabeza del robot. Parecía mayor, de alguna manera. Tal vez era la forma en que las sombras de la hoguera remarcaban las finas líneas de la cara, o simplemente la forma en que estaba sentado, encorvado, como si toda la energía se hubiera filtrado fuera de él. Theol se acercó y tomó un lugar a su lado. Dejó el paquete en el escalón al lado de él.

—Esto es bueno, ¿no es así, Handles? —dijo el Doctor. Estaba mirando a la hoguera, a la gente dando vueltas, charlando y riendo y bailando.

—Es irrelevante —replicó la cabeza en su monótono tono.

El Doctor sonrió

—Bueno, todo el mundo parece estar pasándolo bien.

—Afirmativo.

El Doctor suspiró

—¿Sabes?, hace mucho tiempo, conocí a un perro que tenía casi el mismo nivel de habilidades para la conversación que tú. Me pregunto qué se trae entre manos ahora.

—Información no disponible —respondió Handles.

—No, no creo —dijo el Doctor. Miró a su alrededor de pronto, como si acabara de notar a Theol por primera vez—. Hola, Theol. ¿Cómo está tu madre?

Theol se echó a reír

—Furiosa. Se suponía que la iba a ayudar con los bollos de almíbar e higos. Me olvidé por completo.

El Doctor sonrió

—Es sólo porque ella tiene miedo, ya sabes. No quiere perderte. Es por eso que ella se preocupa tanto.

—Lo sé —dijo Theol—. Tal vez ahora ella va a confiar un poco más en que puedo cuidar de mí mismo.

–Yo no contaría con ello –dijo el Doctor, sonriendo–. Las madres son madres, después de todo.

Theol rió

–Me alegro de que pudimos salvar a la mía–dijo. Podía verla ahora, muy ocupada repartiendo sus bollos en un puesto en el otro lado de la plaza. Parecía feliz–. Me alegro de que pudiéramos salvarlos a todos.

–Yo también –dijo el Doctor.

–Estaba pensando –dijo Theol–. ¿Qué pasa con la otra vaina? ¿La que nos encontramos en la nieve?

–Ahí –respondió el Doctor, señalando a la hoguera–. Es mejor prevenir que lamentar.

–¿Así que ya está? –preguntó Theol. Intentó no parecer demasiado decepcionado–. ¿Eso es todo?

–Por ahora. Hasta la próxima vez. Hasta que otra raza o facción o club de fans arrogante intenten encontrar un camino a través de la barrera. Pero voy a estar aquí, Theol. Voy a estar esperando.

Se quedaron en silencio por un momento, mirando fijamente las llamas danzantes del fuego.

–Oh, tengo algo para ti –dijo Theol, metiendo la mano en el bolsillo de su abrigo y sacando una manzana. Se la tiró al Doctor, que la cogió con su mano izquierda.

–Una manzana al día...–dijo entre risas. Le dió un gran mordisco, asintiendo con aprecio.

–Y está esto, también –dijo Theol, agarrando el largo y delgado paquete del escalón y pasándoselo.

El Doctor lo aceptó con un gesto de curiosidad en su rostro.

–¿Qué es esto?

–¡Abrelo! –dijo Theol–. ¡Adelante!

El Doctor se puso a desenvolver el presente, pelando las capas de papel multicolor

–Lo has envuelto bien–dijo, moviendo el dedo para tratar de quitarse de encima un trozo de cinta adhesiva–. Me recuerda a Navid..–Se detuvo de pronto, extrayendo un palo de madera nudosa de los restos de papel de envolver. Tenía un mango curvo suave y un tapón de corcho en el otro

extremo. El Doctor le dio la vuelta en sus manos, pasando los dedos por su superficie pulida.

—Es un bastón —explicó Theol—. Lo tallé anoche, a partir de un fragmento del Krynoid. Pensé que teníamos que salvar algo de Pieter. Algo útil para recordarlo —tragó saliva—. Espero que haya sido buena idea.

Durante un minuto el Doctor parecía como si estuviera a punto de decir algo, pero luego cambió de idea. Se quedó en silencio por un momento. Luego, con un suspiro, puso una mano sobre el hombro de Theol

—Humanos—dijo, en voz baja—. Nunca dejaréis de sorprenderme —hizo un gesto con el palo en el aire delante de él, como si fuera un campeón de esgrima valorando un nuevo sable—. Es perfecto —dijo—. Absolutamente perfecto. Gracias, Theol.

—Es para ayudarte a correr un poco más rápido, la próxima vez que los monstruos vengan —Theol sonrió abiertamente—. Así podrás seguirme el paso.

El Doctor sonrió

—Tu padre habría estado muy orgulloso de ti, Theol. Estaba allí, el día que perdí mi pierna. Fue muy valiente. Al igual que tú.

Theol le miró, con los ojos muy abiertos

—¿Él estaba allí? ¿Estabas con él cuando sucedió?

El Doctor sonrió, pero con un deje de tristeza en sus ojos.

—¡Escuchemos una historia Doctor!

—Vamos, cuéntenos un cuento.

Theol observó como la multitud se agolpaba al pie de las escaleras. Todos ellos estaban mirando al Doctor con expectación y expresiones emocionadas.

Theol empezó a ponerse en pie, sintiendo que era el momento adecuado para él de escapar, pero el Doctor le cogió del brazo

—Quédate —dijo, en voz baja, y Theol regresó a su lugar en el escalón.

—Está bien, está bien. Tranquilos, ¡Calmaos! —dijo el Doctor agitando sus brazos para pedir silencio. Miró a Theol, y le guiñó un ojo—. Hoy, voy a contaros la historia de cómo perdí mi pierna...

Strangers in the Outland

Paul Finch

Capítulo 1

Después de tantos años de prospección en las zonas más salvajes de Terrallende, Tiberio y Yalala estaban acostumbrados al frío extremo. Pero en las profundidades del invierno, la temperatura del aire podría caer aún más bajo, y las frecuentes ventiscas acentuaban esto con una aterradora sensación térmica.

Tiberio a menudo pensaba que debería llevar a su hija de vuelta a Navidad, al menos hasta que llegara la primavera, sin embargo esto nunca fue una prioridad. En los cuarenta años que llevaba buscando en Terrallende, aún no había encontrado la veta madre, lo que hacía que estuviera más que decidido a seguir intentándolo. Sabía que había metales preciosos aquí porque había encontrado fragmentos en los depósitos aluviales, donde habían discurrido una vez los antiguos arroyos, por lo que como una regla autoimpuesta él no se retiró ni aún en los más amargos vientos del invierno. Y si la joven Yalala de 8 años alguna vez se quejó de ello, que rara vez lo hizo para su inmenso crédito, su respuesta habitual era envolverla más profundamente en pieles y lana. En última instancia, por supuesto, y a pesar de su tierna edad, Yalala disponía de un par de manos útiles de las que no podía prescindir, ni siquiera temporalmente. Era lo suficientemente fuerte como para manejar un picahielo y una pala, y él le había enseñado cómo empacar y colocar una carga de boronita.

No es que tener una asistente tan joven y dispuesta significara que la vida aquí fuera menos que una implacable historia de privaciones.

Tiberio a menudo los imaginaba como un par de exploradores de los viejos tiempos coloniales de las Américas. Nunca había visitado la Tierra,

por supuesto, pero había visto imágenes en los libros de historia. Una gran diferencia era la noche casi perpetua de Trenzalore, que nunca habría sido un problema para los antiguos pioneros americanos, aunque ellos a menudo habían gozado de la ventaja de tener caballos o mulas para llevarse a sí mismos y a sus equipos. Tiberio y Yalala no se beneficiaban de tales bestias de carga, sólo tenían a Howzi y Mowki, sus infatigables perros de nieve, aunque ninguno parecía especialmente canino cuando retozaban a través de la nieve en sus pantalones, túnicas y capuchas especiales con forma de perro, que Tiberio había hecho para ellos con dos alfombras bellamente estampadas.

Fueron Howzi y Mowki quienes vieron por primera vez los objetos cayendo del cielo.

Estaban empujando el trineo lentamente a lo largo del Cañón de los codos del Diablo, un pasaje en forma de Z que dividía en dos la congelada cresta rocosa llamada Cresta de Fafnir, y la apertura al sur del gran bosque de pino-luna conocida como la Tundra-Vald. Habían salido del punto más estrecho del cañón, el Ahorcador, cuando los perros se pararon en seco. El cálido aliento les salía por sus enguantados y coloreados hocicos y sus redondos ojos no pestañeaban.

—¡Vamos, muchachos! ¡Vamos! —gritó Tiberio tensando las riendas.

Los perros estaban demasiado distraídos como para obedecer, lo que hizo que Tiberio siguiera el destino de sus miradas hacia el cielo negro de seda, donde, muy fugazmente, seis objetos curiosos se estrellaban más allá de la cara de plata de Soror, la más pequeña de las lunas gemelas de Trenzalore.

—¿Y qué podría ser esto? —murmuró.

Hablaba para sí mismo, pero Yalala, al tanto como siempre, lo escuchó. Se puso de rodillas en medio de las mantas y bufandas agolpadas en la parte trasera del trineo, y pudo ver fugazmente la última silueta descendente antes de que esta desapareciera de la vista.

Había habido seis de ellos en total, pensó Tiberio. Cosas extrañas, sin forma reconocible, pero por su dirección y el ángulo de su descenso, bajaban por la Tundra-Vald. Se apartó la bufanda con un tirón para poder rascarse su barba rala de color gris, un hábito común cuando estaba agitado.

Otra razón para mantener a su hija en las Tierras Lejanas era el peligro que parecía acechar los alrededores de la ciudad. A pesar de sus coros y hogueras, su vino caliente y alegres reuniones, Navidad era segura únicamente para visitarla fugaz y esporádicamente en aquellos días. No importaba mucho lo que sus habitantes pensaran del bicho raro, reparador-de-juguetes, de la Torre del Reloj, o lo exitoso que supuestamente era en deshacerse de estas amenazas inexplicables e incontables provenientes de las estrellas, en algún momento fallaría. Aunque llevaba residiendo en Trenzalore por más tiempo del que Tiberio llevaba vivo, el Doctor (como se le llamaba) se iba marchitando entre la edad y el estrés, y en un conflicto u otro ya había perdido la pierna izquierda. Por el contrario, las Tierras Lejanas, con todas sus bestias salvajes y fríos peligros, era un lugar más seguro en muchos aspectos, y aún así, ahora había un misterio.

Navidad se encontraba a unos cuarenta kilómetros al sur de allí, más allá de las tierras salvajes. A pesar de esto, la lógica sugería que estos nuevos objetos celestiales debían estar conectados con todos aquellos que caían ocasionalmente, y aún así, el instinto de Tiberio le llevaba la contraria. Y él confiaba en su instinto (aunque le hubiera llevado de un risco a una planicie y a una cueva llena de hielo, sin ofrecerle nada más que unas baratijas brillantes como fruto por todos sus esfuerzos).

—¡Vamos! —gritó una vez más tirando de las riendas.

Los perros de nieve prosiguieron la marcha. Medían cinco pies de alto hasta los hombros y siete pies de largo, desde el hocico hasta la cola, eran una raza específica de Trenzalore, mucho más resistente que cualquiera de sus primos de la Tierra, y su doble capa de pelo les permitía resistir los peores estragos de los peores inviernos. Un kilómetro y medio más adelante, antes de que el trineo hubiera dejado atrás los Codos del Diablo, los matorrales terminaron y una tormenta de nieve los golpeó. Intensas ráfagas de copos de nieve tapaban las matas de pinos-luna y las imponentes rocas talladas por el viento que allí se alzaban, pero el equipo siguió valientemente hacia delante.

Estaban aún más expuestos en la llanura más allá del cañón, donde soplaba un feroz viento del oeste. Yalala se enterró bajo más mantas y colchas. Tiberio se inclinó sobre el manillar, empapado de los pies a la cabeza. Este era el tipo de resistencia que se veían obligados a mostrar a lo

largo de su exilio auto-impuesto a las Tierras Lejanas, y en poco menos de una hora habían llegado a las afueras de la Tundra-Vald, donde el oeste disminuía hacia otros matorrales (nombre dado en Trenzalore a los breves momentos de calma entre tormentas), y aunque copos de nieve del tamaño de plumas de ganso seguían cayendo a su alrededor, el frío más intenso ya había pasado. Condujeron a través de varios claros, donde las rachas de nieve llegaban a la mitad de la altura de los pinos.

—¡Whoa, por allí, whoaaa!

Howzi y Mowki aminoraron hasta detenerse.

Tiberio miró hacia arriba sin comprender, donde tiras de tela colgaban en las ramas que había a su derecha. Quitándose el guante de cuero crudo, palpó la pieza más cercana. Era suave y flexible. Seda, pensó. En pocas palabras, estaba excitado. Podría intercambiarla en Navidad cuando volviera de visita. Normalmente lo que solía intercambiar en la ciudad eran pieles, lo que hizo que convirtiera la caza en una más de sus actividades habituales. Aquello le proporcionaba los suministros necesarios, pero la seda era un bien escaso en este planeta y tendría mucho más valor. Podría permitirse adquirir algo de boronita nueva.

Entonces, sintiendo una presencia, miró hacia la izquierda.

Nada se movía más allá de la superficie del claro iluminada por la luna. Los árboles más cercanos eran puntales oscuros, las otras matas formaban un laberinto silencioso en la perenne noche.

—Yalala —gruñó—. ¡Quédate aquí!

Su pálido rostro se asomó a través de un desgarrón en el haz de las mantas, mientras se ataba las raquetas de nieve a los pies forrados de piel y se alejaba laboriosamente en la distancia.

Yalala siempre obedecía. En primer lugar, porque no había conocido ninguna otra opción más que seguir las secas instrucciones de su padre. En segundo lugar, porque sabía que era vital si quería sobrevivir. Este frío reino prohibía la vida a todo el mundo salvo a los más inteligentes y robustos. La población de Navidad sólo se aventuró a salir allí cuando era necesario, y en pequeños grupos de elegidos. Incluso entonces había veces en las que no regresaban, perdidos en tormentas de nieve, caídos en zanjas o barrancos escondidos. En una ocasión, ella y su padre se habían tropezado con sus restos, conservados en hielo, con las heridas heladas más

terribles que cualquier otra cosa que hubiera visto en sus peores pesadillas.

Si ella no quería correr la misma suerte, era crucial que siguiera las reglas de su padre. Pero tras casi dos horas, todavía no había señales de él. La ventisca había cesado por completo, y había un silencio mágico con la luna brillando en el blanco profundo y fresco, trazando ejes a través del negro enrejado de los pinos.

Howzi y Mowki yacían a su lado, escarbando bajo la superficie, prácticamente envueltos el uno en el otro. La miraron con curiosidad cuando finalmente se puso de pie en la parte posterior del trineo, y se detuvieron a escuchar. De nuevo, nada se movió. El único sonido era el silbido lejano del viento sobre las capas de hielo. Pensó en llamar a su padre, pero cada parte de su cuerpo estaba envuelto, salvo sus ojos, y no quería quitarse el silenciador de la boca, ya que sus labios se secarían y cuartearían a una velocidad indecente.

Por fin, se puso sus propias raquetas y salió. Lo menos que podía esperar era una regañina de su padre. Pero había otros temores más acuciantes.

¿Y si se había hecho daño? ¿Y si se había quedado atrapado?

No se había aventurado más de cinco metros, cuando los perros comenzaron a gemir y gruñir. Al mismo tiempo, hubo una especie de bandazo a su derecha. Se dio la vuelta y sus ojos casi se salen de sus cuencas cuando un gran bloque de nieve sólidamente compactada apareció ladeándose lentamente hacia arriba para encararla, alcanzando finalmente una altura de quizás dos metros. Mientras lo miraba, vio partes que se desprendían, dejando al descubierto el esquema básico de un hombre: un torso, extremidades y una cabeza, aunque estos eran tan apelmazados que eran casi indistinguibles. Solo cuando avanzó pesadamente, su pesado dibujo hizo crujir la congelada superficie, los vestigios finales de nieve gotearon, permitiéndole ver el rostro de debajo.

Yalala no se molestó en quitarse la bufanda. A pesar de que se mantuvo firme en su lugar, sus aterrorizados chillidos podían ser escuchados lejos, a lo largo del páramo invernal.

Capítulo 2

—¿Extraños en Tierras Lejanas? —preguntó el Doctor mientras bajaba lentamente la escalera de la Torre del Reloj, con su pierna artificial crujiendo—. ¿A que se refiere exactamente con eso?

—Ha sido difícil conseguir algo coherente de ella —respondió Caleb desde abajo. Era un joven alto y delgado, con un esbelto rostro y una mata de pelo de color rojo pajizo, sólo sus bordes eran visibles alrededor de los bordes de su sombrero de lana—. Becca dice que está en estado de shock profundo... El problema es que balbuceaba un par de cosas que no tenían mucho sentido, y luego dejó de hablar. Sé bueno si quieres hablar con ella.

—¿Quién es ella?

—Su nombre es Yalala Gluck. No sabemos mucho de ella, para ser honestos. Tiberio Gluck es su padre. Algo ermitaño, se mudó a Terrallende después de que su esposa muriera. Siempre en busca de oro y plata. Viene a la ciudad de vez en cuando. Trae pieles, ámbar y similares, que intercambia por comida y ropa.

—¿Un trampero? —dijo el Doctor, esbozando una sonrisa infantil—. Qué pintoresco.

—Tú lo conociste.

—¿De verdad? —el Doctor enrolló su bufanda alrededor del cuello—. ¿Gorro de mapache? ¿Muerto por un mosquete? No, espera... Ese era Davy Crockett. ¿O era Daniel Boone? Lo siento... —se encogió de hombros—. No lo recuerdo. Vives todos estos siglos, y empiezas a olvidar cosas que sucedieron hace un par latidos.

—Serían más como unos cinco o seis años.

—Eso es lo que quería decir —el Doctor se volvió a su mesa de trabajo—. ¿Qué opinas, Handles? Extraños en Tierras Lejanas.

La maltrecha y vieja cabeza cibernética volvió a la vida.

—No hay suficientes datos para hacer un análisis correcto de estos llamados “extraños”. Las Tierras Lejanas es una zona subártica, capaz de soportar sólo las formas más resistentes de vida vegetal boreal, que en consecuencia...

—Sí, si —exclamó el Doctor—. ¡Ya sabemos todo eso!

—No hay formas de vida nativas bípedas inferiores de ningún tipo que estén registradas en el catálogo de fauna de Trenzalore. Sin embargo, dicho catálogo puede ampliarse si los descubrimientos adicionales...

—¡No, gracias! —el Doctor se encogió de hombros bajo su inmenso abrigo de pieles—. No estamos en el negocio de la exploración de Trenzalore. Podemos dejar eso a los Tiberio Gluck de este mundo. ¿Qué haces ahí parado, Caleb? No podemos perder el tiempo.

—Lo siento, Doctor.

—Mi bastón, por favor.

Caleb entregó el bastón tallado al Doctor.

—¿Cuántos extraños vio esta niña?

Caleb reflexionó.

—Cree que cuatro o cinco.

—¿Y cuántos vió su padre?

—De eso se trata. No regresó con ella.

—Ah-ha... —el rostro del Doctor cambió a un ceño fruncido mientras se dirigía hacia el exterior, su abrigo de piel era tan grande que lo arrastró tras de sí—. Eso es algo a lo que le puedo hincar el diente. Toma una actitud poco seria respecto a sus responsabilidades de criar a su hija, ¿verdad? Ciertamente tendré unas palabras con él, duro y vejestorio luchador indio, o no.

Se detuvo en seco fuera de la Torre del Reloj, donde una fila de cinco jóvenes fornidos le esperaban, barbudos y curtidos por la intemperie, sus corpulentos físicos acentuados por sus coloridos atuendos.

—¿Y qué es esto? —El Doctor desfiló delante de ellos como un sargento mayor—. ¿Yoshua... Rubin... Josef... Jerema... Luca...? —levantó una ceja

inquisidora hacia Caleb—. Todos los miembros de la tripulación del Salvavidas, si no me equivoco. ¿Nos vamos a navegar?

—Pensamos que podría ser necesario —dijo Caleb.

—Lo que sea por una aventura, ¿eh? —el Doctor se encaminó a través de la nevada calle hacia la taberna. La tripulación del Salvavidas se pegó detrás.

—¿No lo crees? —preguntó Caleb.

—Creo que la crianza negligente era un triste, pero regular hecho en la Tierra —respondió el Doctor—. Y que solo era cuestión de tiempo antes de que siguiera al hombre a las estrellas. Gluck vive en las Tierras Lejanas, donde cree que puede escaparse de todo.

—Pero. ¿qué pasa con los extraños?

—¿Cómo sabemos que son extraños para Tiberio Gluck?

—La chica huyó sesenta kilómetros para alejarse de ellos. Difícilmente pueden ser amigos.

El Doctor se dio la vuelta apoyándose en su bastón con el ceño fruncido.

—¿Sesenta kilómetros?

—Tenía dos perros de nieve. Bestias menores nunca lo habrían conseguido.

—¿Sesenta kilómetros, Caleb?

—Vino todo el camino desde la tundra a través de los Codos del Diablo. Estimamos sesenta kilómetros por lo menos.

El Doctor reflexionó sobre esto mientras caminaba hacia la taberna, que estaba abarrotada como siempre, aunque el ambiente era bastante menos jovial. Las filas de los aldeanos se separaron para dejarlo pasar. En el centro, una chica joven que llevaba ropa casera estaba sentada en un taburete, con las manos vendadas recientemente, cada dedo estaba vendado individualmente. La enfermera Becca, el médico más calificado del pueblo, estaba arrodillada junto a ella, masajeando suavemente un par de diminutos, desnudos y blancos dedos en un cuenco de agua tibia. A pesar de esto, la niña tembló, sus rasgos angelicales eran pálidos incluso en la rosácea luz del fuego. Sus labios eran delgados y de color gris perla y sus ojos húmedos brillaban aunque miraban a la nada. Su pelo rubio colgaba en rizos húmedos y con hebras.

–Leve hipotermia y congelación de primer grado –contestó Becca a la pregunta inicial del Doctor–. Aparte de eso, está en un sorprendente buen estado de salud.

–Tal vez Tiberio Gluck no era un padre tan negligente después de todo –el Doctor se mordió la comisura de la boca–. Pobre Tiberio...

–¿Qué crees que le pasó, Doctor? –preguntó alguien.

–Perdona si no respondo a esa pregunta delante de la niña.

–Está demasiado traumatizada para saber siquiera dónde está –dijo Becca, pasando una mano delante de los vidriosos ojos de su paciente, sin obtener respuesta.

El Doctor seguía sin decir nada, y todos ellos comprendieron su reticencia. El filtro de verdad era un aspecto dolorosamente revelador de la vida en la Navidad. Si, por ejemplo, el Doctor sospechaba que Tiberio Gluck había sido asesinado, y que su hija de 8 años era extremadamente afortunada de haber escapado con vida, y él expresaba sus conjeturas en voz alta, eso no ayudaría a la moral de los miembros más nerviosos de la comunidad.

Felix, el hermano menor de Caleb, estaba de pie , escuchando con asombro. Y luego estaba la niña.

El Doctor se arrodilló para mirarla.

–¿Dices que su nombre es Yalala?

–Creemos que sí –dijo Becca–. Tiberio era muy reservado cuando se trataba de asuntos familiares.

–¿Yalala? –preguntó el Doctor con cuidado.

Ella lo miro directamente.

–No tienes necesidad de estar asustada. Estas a salvo ahora. Has recorrido un largo camino por tu cuenta. ¿Quieres decirnos el por qué? ¿Quiénes eran esos extraños, Yalala? –preguntó el Doctor– ¿Qué aspecto tenían?

Sólo después de un minuto agónico, ella realmente pareció verlo. Sus labios grises arrugados fruncidos formaron una 'O' perfecta. Temblorosa, ella le señaló con un dedo vendado y gritó.

Fue un grito estridente e intenso, ininterrumpido hasta que la enfermera Becca y otras madres de la comunidad se movilizaron para calmarla. Pero todo ese tiempo, ella gritó y señaló por encima del hombro al Doctor, que por fin salió afuera, a la nieve.

Caleb y el resto de la tripulación del Salvavidas lo acompañaron, desconcertados.

El Doctor no era sólo su jefe, su alcalde, su asesor en todas las cosas, era su salvador. Aunque no lo adoraran de verdad, como últimamente le daban arrebatos de sequedad e impaciencia, su respeto por él era tan profundo como el permafrost.

—¿Doctor? —Caleb finalmente se aventuró a preguntar— ¿Qué significa esto?

—Yo había pensado que era perfectamente obvio —respondió bruscamente el Doctor—. A quien Yalala vio por ahí, o lo que sea que ella viera o creyera ver, se parecía a mí.

Capítulo 3

El Salvavidas de Trenzalore había existido mucho antes de que él Doctor hubiese fijado su residencia en Navidad. Tan arduas eran las condiciones en las Tierras Lejanas que no lo sacaban del granero más de lo estrictamente necesario, pero bastaba para el trabajo porque era un barco muy bien construido.

Más que una versión en miniatura de uno de aquellos anticuados bergantines de vela de la Tierra, el Salvavidas media veinte metros de eslora, con una cubierta superior, dos mástiles de aparejo y un foque en la parte delantera, adornado con velas, que su tripulación manejaría constantemente ascendiendo los aparejos colgados como telas de araña. La bodega era lo suficientemente amplia para almacenar cualquier cantidad de madera y maleza, por no hablar de pieles y cuerpos de animales, cuya captura era el propósito habitual del Salvavidas, aunque también salía en casos de emergencia. Además, la bodega también servía de camarote para la tripulación, que necesitaba calor regular y refugio en los viajes largos. Por supuesto, el Salvavidas no era un bote salvavidas como los de la Tierra. No había agua superficial en Trenzalore que no estuviera permanentemente congelada, el cuerpo de agua más cercano a Navidad era el Lago Lagda, quizás de unos ochenta kilómetros cuadrados de ancho y enterrado bajo el hielo. Pero eso apenas importaba, ya que el barco estaba situado en un tren de aterrizaje con resorte con esquís especiales, de tamaño gigante, fijados de manera que cuando las ventiscas quedaban atrapadas en las velas de la embarcación, irían a una velocidad terrorífica a través de los campos nevados.

Como siempre, eran necesarios dos equipos de seis perros de nieve

cada uno para remolcar el Salvavidas desde la ciudad e ir hacia el este a lo largo del Valle de Halva, la única entrada al corazón del protegido corazón de las Colinas Halva, la cadena montañosa circular en medio de la cual estaba enclavada Navidad, y a lo largo de la cual el sol brillaría durante esos escasos momentos en que se alzaba sobre el horizonte en verano. Los equipos de perros estaban enganchados a babor y estribor en lugar de en la parte delantera, para que cuando las colinas se aplanaran a ambos lados, los vientos cíclicos de la llanura abierta llenaran las velas de la embarcación. Los arneses se aflojarían, y los equipos se desplegarían de forma segura mientras el Salvavidas iría rápido por la tormenta.

A partir de ahí, todo dependía del timonel.

—Estamos con viento del norte en contra —gritó Caleb al resto de la tripulación mientras estaba de pie en el puente, con ambas manos en el timón, solo sus ojos sobresalían de su bufanda—. ¡Cambio de estribor a babor!

La tripulación asintió, y se fue rápidamente a trepar por las cubiertas de alquitrán para ajustar las velas. En cuanto el viento cambió de dirección, cosa que hacía normalmente en las Tierras Lejanas, pero de forma predecible, razón por la que Caleb tenía una carta eólica recubierta de vidrio a su derecha, pudieron meterse en la bodega, donde una marmita de café caliente burbujeaba sobre la estufa de carbón.

El Doctor, por su parte, se quedó en la proa perdido en sus pensamientos, ignorando los copos de nieve que lo azotaban como puntas de flecha pese a haberse abrigado para el frío: un gorro, una bufanda y guantes de lana, y por supuesto su inmenso abrigo de piel. Es cierto que no necesitaba “sobreempaquetarse” como muchos excursionistas que se aventuraban en las Tierras Lejanas, ahora mismo llevaba el abrigo desabrochado por delante y se le estaba sacudiendo con el viento, pero hubo un tiempo en el que era casi completamente ajeno al frío de Trenzalore.

—¡Doctor, te vas a morir de frío! —Gritó Caleb, mientras viraba el timón y efectuaba la lenta curva en la misma dirección que el viento.

El Doctor parecía no escuchar. Miró a la blancura, borrosa por culpa del silencio, mientras surcaban las nieves con un desliz continuo y un ondeo regular y con el golpeo de las cuerdas y las velas. La resistencia lateral de la superficie congelada les permitía mantener un curso continuo y

constante, pero a treinta nudos no era precisamente un paseo por el parque. La nave se sacudía, giraba y se balanceaba con frecuencia mientras las corrientes de vientos lo envolvían como si fueran una tela. De vez en cuando, les pasaban trozos de hielo rotos que eran como unos espectros torturados y retorcidos por el viento. También había otros obstáculos: cuevas y montículos, formaciones rocosas imponentes, pero Caleb conocía el negocio. Atravesaron cada una de las dificultades sin ni siquiera un meneo o una estela de polvo ondulante en su parte trasera.

—Un lugar extraordinario, Trenzalore —dijo finalmente el Doctor, mientras recorría cojeando la sucia cubierta—. Las gallinas que entran por las que salen.

—No comprendo —gritó Caleb.

—Bueno... no necesitas entenderlo todo para saberlo. La ley del ying y el yang, positivo y negativo, luz y oscuridad —el Doctor miró al vacío iluminado por la luna—. Todo está bien equilibrado aquí, es extraño.

—Bien equilibrado... Poco más y no vemos la luz del día.

—Ahí es donde quiero llegar —el Doctor hundió en el hombro de Caleb uno de sus dedos enguantados—. Casi no hay luz solar, ¿y qué hace la Naturaleza? Os da dos lunas, Soror y Frater, y eso produce una síntesis lunar que permite florecer a la flora y a la fauna. Mira estas temperaturas... —rascó una capa de escarcha que había sobre el cristal del termómetro—. No podrían sobrevivir bajo ningún estándar, pero vuestros ancestros encontraron un pequeño hueco en las montañas. No sólo eso, tenéis todas esas superficies planas, y una marea de viento en continuo cambio que os transporta suavemente por encima de ellas —el Salvavidas se sacudió como si se hubiera dado contra algún tipo de obstrucción—. Bueno, la mayoría de las veces. Supongo que un viaje sin golpes sería un poco aburrido. La cosa es que sois capaces de vivir aquí, de viajar, tenéis todo lo que necesitáis. Pero no es un lugar atractivo, nadie se atrevería a venir a tratar de... —sus palabras se apagaron.

—¿Arrebatárnoslo? —sugirió Caleb—. Supongo que esa es la palabra que te falta, ¿no?

El Doctor esbozó una cara triste.

—Sí, la verdad es que sí.

—Esa es la otra parte del equilibrio. Nadie en su sano juicio querría

vivir aquí. Pero hay toda clase de enemigos congregándose allí fuera... según tú.

El Doctor le dio una palmadita en el brazo.

—Esos no son de lo nos que tenemos que preocupar, Caleb, son de los de aquí abajo... de los extraños.

Caleb giró el timón para cambiar la dirección de la nave.

—¿Alguna idea de quiénes son?

—Es bastante obvio, la verdad —el Doctor parecía alicaído otra vez—. Pero no te va a gustar. Me temo que vuestras lanzas y ballestas no serán de mucha utilidad.

Además de cargar la bodega con sus equipos de supervivencia, esquís, raquetas de nieve, cuernos, etc, la tripulación del Salvavidas también trajo algunas armas. La mayoría de ellas habían sido adaptadas a partir de herramientas de labranza, pero eran poco más que juguetes, ninguna de ellas estaba diseñada propiamente para el combate. Las ballestas antes mencionadas, de las cuales sólo había dos, eran prácticamente inútiles: pequeñas y ligeras, fabricadas principalmente para cazar.

—Espero que los extraños estén en tablas con nosotros —dijo Caleb con un ligero tono de preocupación.

—Esperemos que no en las mismas tablas, Caleb —el Doctor volvió a ahondar en su brazo con un aire de cordialidad forzada—. Como por ejemplo en las nuestras. Eso nunca funcionaría.

—Ya sabes a lo que me refiero... con respecto a las armas.

—Sí... bueno, en teoría. Aunque ellos todavía tienen algo de ventaja.

—Bueno, en seguida lo sabremos. Mira lo que tenemos delante.

La larga escarpa de la Cresta de Fafnir se extendía más allá de los extremos de su visión, una pared de rocas y piedras cubiertas de hierro que ascendía lentamente hasta terminar en una gruesa línea blanca sobre una nube violeta de nieve. Nadie, ni siquiera el Doctor, sabía si se podía rodear, nunca nadie había llegado tan lejos, así que normalmente la atravesaban. Lejos hacia el este estaba la Ruta de la Cabra, un zigzagueante sendero que llevaba hacia la cima, aunque sólo los más fuertes o los más tontos se atrevían a transitarla. La principal ruta hacia el otro lado eran los Codos del Diablo. A lo lejos, no era más que un mordisco en forma de V sobre la escarpa, una diminuta dentellada, pero de cerca era colosal, como el

Desfiladero de Cumberland, ese antiguo paso de montaña en las Montañas Apalaches de Norteamérica a través del cual los primeros exploradores recorrían la Ruta Salvaje.

Casi inconscientemente, el Doctor comenzó a canturrear.

–Da-vyy... Da-vyy Crockett, rey de la frontera salvaje... –Suspiró–. Pobre Tiberio –aunque, por supuesto, si a lo que se enfrentaban ahora era real, sería más bien “Pobre Navidad”.

Capítulo 4

Una hora más tarde, la dirección del viento cambió, según la carta de navegación de Caleb, lo que les permitió virar hacia los Codos del Diablo a un mayor ritmo.

A medida que atravesaban el cañón en S, los miembros de la tripulación que no se necesitaban en cubierta fueron saliendo de todos modos para ver con asombro cómo las paredes de la empinada montaña se extendían hacia todas direcciones y cómo sus flancos nevados se veían sólo interrumpidos por las manchitas oscuras de los pinos. Al llegar al Degolladero, un pasillo particularmente estrecho que recorría medio kilómetro en una línea tan recta como una flecha cuyo punto más profundo no tenía más que cuarenta metros y del cual sobresalían salientes de roca recubierta de densa y blanca maleza, la velocidad del viento descendió significativamente y el Salvavidas aminoró su velocidad.

A veces en el Degolladero, como en esta ocasión, el progreso se ralentizaba tanto que la tripulación tenía que desembarcar, correr a la parte delantera con sus raquetas y remolcar la embarcación. Esta tarea no era tan dura como podía parecer en un principio, la nieve estaba suave y el barco, que por lo general llevaba impulso, se deslizaba con facilidad. Pasado el Degolladero, recogieron las cuerdas de nuevo y los hombres se volvieron a subir a bordo, justo a tiempo para que el viento del sur los bajara a toda velocidad por las cuevas del norte de la Cresta, volviera a inflar las velas y a empujar la nave hacia adelante, ahora que el oscuro bastión de la tundra se extendía varios kilómetros ante ellos.

Se dirigieron hacia ella en una línea recta delineada por las huellas

que Yalala Gluck imprimió al volver a casa, las cuales, aunque estaban parcialmente borradas por la nevada reciente, todavía eran visibles desde la proa del Salvavidas como unos surcos redondos a la luz de la luna. Cuando llegaron a las afueras de la arboleda, el viento de cola aminoró y cubrieron los últimos cientos de metros a una velocidad menor.

—Nos detendremos pronto —gritó Caleb mientras comprobaba su carta eólica—. El suelo es inestable. Así que a partir de aquí tendremos que ir a pie.

—No nos pasará nada —respondió el Doctor, escaneando la oscuridad invasora de los árboles y añadiendo entre dientes—. No creo que nos quede mucho.

—¡Arriad las velas! —gritó Caleb, y la tripulación obedeció.

Justo en frente de ellos, la tundra se abrió como un par de cortinas verde vejiga, mostrando un claro cubierto de nieve más o menos del tamaño de un campo de fútbol. A medida que avanzaban lentamente hasta la zona central, el Doctor ya intuía que las cosas no eran como deberían ser.

El barco, al plegar las velas, aminoró la velocidad hasta detenerse. El equipo fue a cubierta armado con las pocas armas que traían. Bajaron la pasarela, y en una sola fila, descendieron escaneando con los ojos la blancura lisa que se extendía en todas direcciones. Del mismo modo que la llanura entre la tundra y la Cresta de Fafnir había revelado rastros del viaje de Yalala, este claro también revelaba el rastro de algo más, varios cráteres en la superficie daban indicio de un largo altercado. Unas huellas débiles pero firmes daban a entender que el trineo de Tiberio había volcado de forma abrupta, supuestamente cuando Yalala estaba tratando de escapar.

El Doctor miró hacia los curiosos objetos que había visto sobre un árbol antes de que llegaran: varios hilos de seda deshilachada, junto a un borujo de cuerdas colgando sobre las ramas. Cuando miró más lejos, divisó más harapos colgando de otros árboles.

—¿Qué son? —preguntó Luca, fascinado y asustado al mismo tiempo.

De cabello rubio y rostro fresco, Luca era el miembro más joven de la tripulación del Salvavidas. Había entrado ese mismo año y no tenía experiencia, hasta ahora, con la vida de fuera de Navidad.

—Paracaídas —explicó el Doctor, mientras se reunía con la tripulación—. Ingenioso —se tocó la barbilla—. Como no pueden penetrar la fuerza Papal

con sus motores interestelares, se dejan caer. ¿Quién lo hubiera pensado? Tened en cuenta que de la Exosfera de Trenzalore a la superficie del planeta hay poco más de seiscientos cincuenta kilómetros. Eso es todo un viaje, la mayoría en caída libre, yo no me atrevería a intentarlo. Ajá...

Había descubierto algo una docena de metros a su izquierda, y, cojeando, se desplazó hasta allí. Sólo había una parte visible, sobresaliendo sobre la nieve, aunque cuando se pararon a observar, divisaron otras piezas medio cultas. Se asemejaban a los fragmentos de una gran cáscara de huevo, los cuales ante la pálida luz de las lunas parecían estar cubiertas de baldosas de cerámica cuya mayoría estaban rotas y ennegrecidas. El Doctor se puso en cuclillas y apartó algo más de nieve.

—Un metro de longitud y poco más de diámetro cuando estaba intacto... —se puso de cuclillas para echarle un vistazo al interior, pero no vio nada excepto una superficie metálica e impoluta—. No hay controles, ni aislamiento... ni comodidades de ningún tipo —olisqué el aire—. Es una noche fría por supuesto, pero no capto ningún aroma que me sugiera la presencia de componentes químicos o biológicos. Por lo tanto es un recipiente ignífugo. Un simple paquete... entregado por un cartero cósmico muy desagradable.

—¡Hay más por aquí! —gritó alguien.

—Habrá unos cuantos más, me imagino —dijo el Doctor—. Esta será una de las cápsulas en las que se pusieron en órbita al principio.

—¿Quiénes se pusieron en órbita? —preguntó Caleb.

El Doctor se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Los que desembarcaran aquí. Necesario, supongo... especialmente después de que la órbita comenzara a decaer y penetraran en la Ionosfera, de lo contrario se habrían calcinado por completo. Me parece que les dolió, las cápsulas probablemente se separaron al entrar en la Termosfera, y a partir de dicho punto los pasajeros quedaron completamente expuestos.

—¿Nos estás diciendo que esos seres literalmente cayeron del espacio? —preguntó Caleb.

El Doctor asintió.

—Increíble, ¿a que sí? Los métodos más simples suelen ser los mejores. También explica cómo se desviaron tanto de su curso. Se tarda algún tiempo en acostumbrarse a los vientos cruzados de Trenzalore.

–Pero eso es imposible.

–Para ti o para mí, sin duda. Pero es asombroso lo que se puede lograr cuando no se padece ningún dolor.

El pequeño grupo observó al Doctor en completo silencio.

–Así que... ¿sabes quiénes son? –preguntó finalmente Caleb.

–Tengo algunas teorías –respondió el Doctor–, pero no nos desviemos del tema, ¿eh? Estamos aquí para encontrar a Tiberio Gluck, no para entretenernos con conjeturas. A ver... Llegamos por el sur, así que sabemos que actualmente no hay nadie allí que no debería estar. Eso sólo deja los otros tres puntos cardinales de la brújula. Así que... Yoshua y Rubin, iréis al norte. Josef y Jerema, al oeste, y Caleb y yo iremos al este. Luca, eso te deja a ti protegiendo el Salvavidas. Es mejor que te quedes en lo alto de la pasarela. Así tendrás una ventaja si alguien viene hacia ti.

El joven, que sólo iba armado con una lanza casera que usaba normalmente para pescar en el hielo, parecía más que un poco nervioso.

–Doctor... si estas personas, sean quienes sean... ¿si no pueden sentir dolor?

–Eso no suena bien, lo admito –dijo el Doctor–, pero al contrario de la creencia popular, Luca, ninguna clase de resistencia es fútil.

–Pero... es que... –el chico no paraba de tartamudear–. Si tienen tus pintas...

–No pasa nada –el doctor esbozó una sonrisa infantil–. Esos tíos tan sólo se han sumergido varios cientos de kilómetros en un montón de gases densos y radioactivos, por no mencionar las tormentas. Así que sólo puedes estar seguro de una cosa, Luca: ninguno de ellos va a ser igual que yo. Bien... –se frotó las manos–. Buscaremos abriéndonos en círculo, pero si llegamos al punto donde no nos veamos ninguno de nosotros, nos mantendremos en contacto soplando nuestros cuernos, ¿entendido?

Ellos asintieron sombríamente.

–Tenemos aproximadamente cuarenta y nueve minutos antes de que termine el punto muerto y el viento del norte de la tarde nos impulse rápido a casa. No queremos perder el barco, ¿verdad?

Ellos negaron con la cabeza.

–Entonces, ¿a qué estamos esperando? Encontremos a Tiberio Gluck. Lo encontraron.

Diez minutos después.

En el claro siguiente.

Estaba apoyado contra un tronco de pino, parcialmente cubierto de nieve y su mochila a un par de metros. Afortunadamente, fue Yoshua, el miembro más viejo y robusto de la tripulación, quien encontró al hombre y le sacudió el hombro para ver si volvía en sí. La cabeza colgaba a un lado sobre un cuello tan roto que parecía más goma que músculo, y la cara había sido golpeada hasta quedar irreconocible.

Nadie más del resto de la partida se acercó, salvo el Doctor. Su rostro estaba grabado con un profundo y enfadado ceño fruncido. Encontraron otro cuerpo. Esta segunda figura adoptaba la forma básica de un hombre, y de hecho llevaba prendas de ropa, junto con un arnés de cuero del cual colgaban varias cuerdas. Pero parecía haberse roto al entrar en contacto con las ramas superiores del pino, porque había numerosos fragmentos suyos esparcidos por los tallos inferiores. El cuarto superior izquierdo de su torso, que todavía conservaba el brazo y la cabeza, estaba suspendido al revés cerca de la parte de abajo, su cabeza horriblemente deformaba pivotaba de un lado a otro y todo el pelo se le había chamuscado de raíz.

El Doctor dio un paso al frente para mirarle la cara, que vagamente se parecía a la suya, aunque los ojos le habían explotado dentro de las órbitas y toda su mitad estaba horrorosamente destrozada.

–¿Es... es uno de ellos? –preguntó Caleb horrorizado.

–Me temo que sí –respondió el Doctor.

–Parece... artificial.

–Es artificial –dijo el Doctor–, aunque tal palabra no le hace justicia a un frío e insensible maniquí al que en sus buenos tiempos los poderes telekinéticos de una forma de vida alienígena desagradable y vengativa habrían animado para obrar asesinatos.

–Pero, ¿qué es?

–Tienen muchos nombres, Caleb, depende del sistema solar. Pero en el mundo de tus antepasados, los conocíamos simplemente como... Autons.

Capítulo 5

—No me mires con esa cara, Caleb —dijo el Doctor mientras se inclinaba para rebuscar en la mochila de Tiberio Gluck y sacaba un surtido de curiosidades, del cual sólo se reconocían un montón de latas, herramientas para cavar, arpones de pesca y varias cajas de cerillas—. Te lo dije, la Conciencia Nestene no tiene forma natural. Dondequiera que se oculte, es muy probable que esté en órbita en alguna parte. Quizás en una nave espacial secuestrada por los Autons. Y ellos son todo lo que podrías esperar.

Caleb no parecía quedar tranquilo con eso. Volvió a mirar el objeto mutilado que colgaba del árbol. Rubin lo estaba custodiando, sujetando nerviosamente la ballesta, mientras Yoshua merodeaba por el perímetro del claro, y Josef y Jerema se encargaban de trasladar el cuerpo de Tiberio, ahora envuelto en mantas, a la bodega del Salvavidas.

—¿Estás seguro de que está muerto? —preguntó Caleb.

—Estrictamente hablando, nunca ha estado vivo. Pero es evidente que ya no es viable, así que lo han abandonado. Ya no es más que un trozo de polímero inerte.

—Creía que habías dicho que esas cosas eran invulnerables.

El Doctor distrajo brevemente su atención mientras sacaba de la bolsa de Gluck un tubo hecho de un material pálido y maleable. Estaba envuelto en papel marrón con algo grasiento. Cuando lo olió, detectó nitrato de amonio y posiblemente un toque de nitroglicerina.

—Boronita, ¿eh?

La boronita era un explosivo industrial habitual en las colonias más alejadas de la Tierra, era como nueve veces más potente que la dinamita

tradicional, pero con un contenido de nitroglicerina reducido para contener su volatilidad. Incluso alguien que rutinariamente parecía haber tomado malas decisiones en la vida, como Tiberio Gluck, podía manejarlo con relativa seguridad.

—Teníamos una reserva durante los primeros días del asentamiento —dijo Caleb—. Lo utilizábamos para penetrar el lecho de roca de debajo de la ciudad y llegar a las aguas termales. Lo que sobró lo guardamos. Más tarde, Tiberio cogió algo para sí.

—Bueno... La boronita es siempre la bomba —el Doctor guardó el explosivo bajo su abrigo, y hurgó en el paquete, sacando fusibles enrollados, de unos tres metros y medio—. Sobre el tema de los Autons, Caleb... no recuerdo haber dicho que eran invulnerables. Pero seamos sinceros, nada puede caer en picado a través de la atmósfera de un planeta sin que se haga algo de daño. Aunque es interesante... —levantó la vista, pensativo—. Tal vez el campo de fuerza está interfiriendo de alguna manera. Tal vez eso y las condiciones extremas de Trenzalore estén limitando las capacidades del Nestene. Quiero decir, ya me he topado con un montón de Autons. La mayoría de ellos podían cambiar sus características sobre la marcha, reparar daños físicos extensos...

—Entonces, ¿por qué esta criatura no se está reconstruyendo? —preguntó Caleb.

—¡He ahí la cuestión! Y esa es probablemente una buena noticia.

—Lo dices como si también hubiera malas noticias.

—Por supuesto que las hay —el Doctor se puso de puntillas—. El ying y el yang, recuérdalos. No se puede tener uno sin el otro...o al menos yo no —hizo otra pausa—. La mala noticia es que la joven Yalala Gluck tenía razón. Los Autons siempre han sido más eficaces cuando se les usa como facsímiles, disfrazados de personas de autoridad. Una idea realmente original... si no la utilizaran de una forma tan vil. Lo que hacen es reemplazar a esa gente en la comunidad en la que se estén intentando infiltrar. Una vez instalados, su potencial para provocar el caos es bastante alto, así que imagínate. Si uno de esta partida de aterrizaje llega a Navidad pareciéndose a mí, tendremos serios problemas.

—¿Y ahí es a dónde crees que han ido?

—Fijo. La pregunta realmente importante es... ¿cuántos hay?

– No más de cinco, diría yo – interrumpió Yoshua, acercándose a ellos– . Hay huellas por aquí –le siguieron hasta el otro lado del claro, donde un sendero relativamente reciente, ahora poco más que un conjunto de marcas redondeadas, los alejó de los árboles hacia la lejana cordillera de la Cresta de Fafnir.

–¿Puedes deducir que son cinco con eso? –preguntó el Doctor.

Yoshua asintió. Era el miembro más fornido de la tripulación, y el de la barba más poblada. Además de sus deberes a bordo del barco, había heredado el manto de cazador jefe de su padre, y en momentos en el que los suministros de alimentos eran bajos, era él a quien mandaban a las Tierras Lejanas para traer mandriles y ciervos de la tundra. Si él decía que estas marcas las habían hecho cinco individuos, no había razón para no creerle. De hecho, hasta tenía sentido.

–Si el control del Nestene es limitado en este planeta, tiene que haber un límite en el número de unidades Auton que pueda dirigir –dijo el Doctor–. Quiero decir, ese es el caso en los planetas donde las condiciones son buenas. Todavía no he visto legiones de Autons en acción... aunque una vez conocí a un Auton que era legionario –frunció el ceño, confuso– . Los recuerdos se desvanecen, por desgracia. En fin, puede que Yalala Gluck y tú tengáis razón, Yoshua, sólo nos enfrentamos a un puñado de ellos. Y eso tiene que ser bueno. ¿Cuánto tiempo antes de la siguiente racha de viento, Caleb?

Caleb miró su dial de tiempo.

–Doce minutos.

–Eso no es bueno. Andaremos cortos de tiempo.

–¿Por qué se dirigen al sur? –preguntó Luca a nadie en particular, señalando las huellas, que, gracias a la potente luz de las lunas, pudieron distinguir perfectamente cómo se habían dirigido hacia la distante cordillera, sin ni siquiera virar al oeste en dirección a los Codos del Demonio o al este hacia la Ruta de la Cabra–. ¿No es el camino equivocado?

–No, si te diriges a Navidad por la ruta más rápida –explicó el Doctor, volviendo cojeando por el claro.

Los demás lo siguieron.

–¡Pero tendrán que escalar por la Cresta de Fafnir! –argumentó Luca.

—¿Qué he dicho sobre los Autons que no hayas entendido todavía, Luca? —respondió el Doctor—. Te lo dije, nunca se cansan y no tienen sentimientos. Pueden atravesar cualquier obstáculo que se interponga en su camino.

Caleb y Yoshua se miraron con inquietud. Se les había pasado por la mente la misma y breve imagen: unas poderosas criaturas de metro y medio, cada cual más maltrecha, rota y parcialmente derretida que la anterior, vestidas con los harapientos remanentes de sus ropajes y, pese a las circunstancias, aventurándose en la nieve de una rodilla de espesor, sin detenerse o planificar un rumbo, y una pared de roca que se va acercando hasta alcanzarlos y obligarlos a escalarla sin descanso, nivel tras nivel, repisa tras repisa.

—¿Qué tipo de armas tienen? —preguntó Yoshua.

—Por lo general matan con rayos de energía concentrada —dijo el Doctor—. Claro que eso no les funcionará en Trenzalore. No podría haber pasado a los escáneres del Ordenador Central Papal.

—A juzgar por el aspecto de Gluck, tuvieron que golpearlo y estrangularlo —dijo Caleb.

—Sí, bueno... —El Doctor intentó sonar menos incómodo de lo que realmente estaba—. Al menos eso no quita que podáis levantaros y luchar contra ellos. Al llegar a la ciudad, asegurados de que todo el mundo bloquee sus puertas y ventanas. No será fácil atravesarlas siendo plástico vivo.

—¿Cuando volvamos a la ciudad? —preguntó Luca—. ¿No vienes con nosotros?

El Doctor se volvió hacia ellos.

—Por supuesto que sí —esbozó media sonrisa—. Después. Primero quiero darme una vuelta con el Salvavidas. Siempre he querido hacerlo —empezó a dar zancadas.

El grupo intercambió unas miradas que parecían más perplejas con cada paso que daban al seguirlo.

—Así que, ¿cuándo y dónde nos separamos? —preguntó Caleb.

—Cuando lleguemos a la Cresta de Fafnir —respondió el Doctor—. Tomaré el timón del Salvavidas y os dejaré al pie de la Ruta de la Cabra. A partir de ahí, iréis andando —le dio a Caleb una palmadita en el hombro—. Sois jóvenes y robustos. Tenéis a Yoshua como guía. Tenéis vuestras téc-

nicas. Estoy segurísimo de que podréis arregláros las. Hasta entonces, una vez que estemos a bordo, quiero que sólo icéis la vela mayor, ¿entendido?

—¿Y si no lo conseguimos? —preguntó Caleb.

—Bueno... —la sonrisa del Doctor vaciló—. Me temo que vais a tener que hacerlo. Es muy posible que vosotros seáis la única esperanza del pueblo.

Volvieron a intercambiarse miradas de preocupación. El equipo sabía que no debían cuestionar al Doctor. Los habían educado así desde pequeños, a pesar de sus ocasionales momentos de locura. Y ahora, ¿ahora les estaba abandonando?

—Esos Autons tienen ventaja —dijo Yoshua—. Aunque navegemos hacia la Ruta de la Cabra, todavía queda muy al este de aquí. No les ganaremos mucho terreno, por no decir ninguno. Y ellos no se cansan, recordad. Llegarán a Navidad mucho antes que nosotros.

—No lo harán, Yoshua —respondió el Doctor—. Haré todo lo posible para asegurarme de ello.

—Entonces, ¿no vas a dejarnos? —Luca le preguntó con un tono quejumbroso—. ¿No vas a huir?

—Yo nunca huyo, Luca. Nunca.

Luca sonrió, pero tragó nerviosamente saliva.

—No lo entiendo —dijo Caleb, mirando al Doctor con sospecha—. Después de "dejarnos", como dices, ¿dónde vas a llevar el barco?

El Doctor se encogió de hombros.

—¿A dónde si no? A los Codos del Diablo.

—Con una sola vela te va a ser imposible atravesar el Degolladero. Ni con una racha fuerte del sur.

—Lo sé —el rostro del Doctor explotó con una radiante sonrisa y agarró al receloso timonel por las costillas—. ¿Y eso no te parece lo más genial de todo?

Capítulo 6

Una hora más tarde, con el viento nocturno del sur aullando con toda su fuerza, la tripulación ya no estaba tan entusiasmada en cuanto a desembarcar del Salvavidas.

Quizás era comprensible. Aunque todos eran jóvenes y rebosaban energía, y a pesar de que estaban bien equipados y tenían a Yoshua para guiarlos por el estrecho camino de la Ruta de la Cabra, todavía les quedaban dos o tres días extremadamente difíciles por delante. Y por supuesto, cuando finalmente regresaran a Navidad, ninguno de ellos sabía lo que se iban a encontrar allí.

El Doctor estaba ocupado al timón mientras el Salvavidas avanzaba a trompicones hacia el oeste por el extremo sur de la Cresta de Fafnir, con su chaqueta ondeando al viento. El refugio que les proporcionaba la cordillera redujo la cantidad de viento de forma significativa, así que viajaron como unas dieciocho millas hasta que, uno por uno, los hombres, ahora enrollados con tanta piel y lana como pudieron, tiraron sus esquís y sus equipos de supervivencia por la borda, y saltaron inmediatamente después, con las piernas pegadas contra sus pechos para que cayeran y rodaran por la nieve con un impacto mínimo. Todos parecían indemnes, poniéndose de pie, y corriendo para recuperar su equipo.

Caleb fue el último, pero se giró cuando estuvo a punto de saltar.

—¿Estás seguro que puedes manejar esta nave solo, Doctor? —gritó.

El Doctor estaba agarrado con las dos manos al timón, cuya manipulación le pareció más difícil de lo que había esperado. Este simple elemento controlaba fuerzas enormes, observó. Vibraciones profundas que resona-

ban a través de los complejos mecanismos que había bajo la cubierta: los ganchos, las poleas, las barras y las cuerdas del timón, por no mencionar el astil de dirección al que el eje frontal de los esquís estaba conectado.

—¡Estaré bien! —replicó.

—Creo que te conozco lo bastante bien, Doctor —respondió Caleb—. No nos harías caminar de vuelta a casa si la ruta que hubieras elegido no fuera más peligrosa aún.

—¡Sólo llegad a la ciudad, Caleb! Olvídaos de mí, olvidaos del Salvavidas... y ni se os ocurra tratar de llegar por la Cresta a los Codos del Diablo. Evitad ese lugar como la peste, ¿me oyes?

—Sin duda, es mejor que luchemos contra los Autons aquí que en la ciudad.

—Si todo va según lo previsto, no tendremos que luchar... pero incluso los mejores planes pueden fallar si la gente no se adhiere a ellos. ¡Ahora vete!

Caleb se fue, dejando caer su mochila y sus esquís a un lado antes de desaparecer entre una estela de copos de nieve.

El Doctor se concentró en el paisaje blanco y brillante que le quedaba por delante, aunque su extremo derecho permanecía oscuro bajo la sombra de la Cresta. Esperaba poder ver la entrada a los Codos del Diablo cuando llegara por fin allí, para lo cual, según los cálculos de Caleb, tardaría alrededor de veinte minutos. Una vez en el lugar, seguiría depositando más fe en la suerte que en su habilidad para atravesar el angosto pasillo en forma de Z, aunque era un consuelo que sólo tuviera que detenerse a mitad de camino, en el Degolladero, donde casi seguro que los que lo esperasen para emboscarlo intentarían subir a bordo.

El Doctor sonrió sombríamente.

En cuanto se dio cuenta de contra quién estaba luchando, entendió su plan.

El planeta Trenzalore no tenía ningún valor para el Nestene. Era una naturaleza virgen, casi sin contaminación alguna. No había toxinas o productos químicos en el aire, ni ácidos, ni metales, ni humo. Por ende, el Nestene no tenía un interés real en Navidad o en la gente que viviera allí. Este escuadrón Auton estaba aquí por la misma razón que los innumerables intrusos que habían intentado entrar en el asentamiento durante los

últimos tres siglos.

Por el Doctor.

Al principio, el Nestene planeó que sus descerebrados Autons se tiraran en paracaídas sobre Navidad y simplemente agarraran a su objetivo y lo mataran. Con los Autons prácticamente invencibles contra las armas fabricadas a partir de herramientas agrícolas, no hubiera habido nada que se hubiera podido hacer. Pero cuando los furiosos vientos cruzados los desviaron de su curso, el Nestene, siempre capaz de improvisar, se inventó otro plan al darse cuenta de que el Doctor intentaría descubrirlos y puso una elaborada trampa.

Sus pensamientos se dispersaron cuando se aventuró en el cañón, un procedimiento más sencillo de lo que había anticipado, mientras la nave maravillosamente diseñada se deslizaba con gracia por la brecha, y la vela mayor se sacudía alrededor de su cuello de cisne y capturaba todo el impacto del viento del sur, el cual se canalizaba e impulsaba el barco con una velocidad todavía mayor.

—Eres una nave preciosa —dijo el Doctor, dándole cariñosamente palmaditas a los radios barnizados del timón—. Lo siento muuucho.

Durante un breve instante, las anchas laderas de cañón se iluminaron con el doble de brillo que Soror y Frater juntos, mientras que los pinos de los ascendientes terraplenes no parecían más que conos de nieve congelada. Estaría disfrutando más de la escena si no estuviera tan nervioso de lo que le esperaba delante. Entonces la velocidad del Salvavidas se redujo y el viento del cañón comenzó a disiparse sobre los flancos de las colinas circundantes. Para cuando llegaran al Degolladero, a unos diez minutos del primer “codo”, tendrían que aminorar la marcha. Ahí tenía que ser el punto donde los agresores vendrían a atacar, era el único lugar entre la ciudad y la tundra donde unos bípedos del tamaño de hombres no tendrían ninguna posibilidad de invadir la nave.

—Bueno... veamos cómo lo hacéis, chicos —dijo el Doctor—. Sobre todo, veamos cómo lo hago yo, porque tengo que llegar primero.

Al rozar la primera curva extrema del cañón, el Salvavidas se deslizó brevemente sin control, virando hacia babor en el mismo momento en el que el Doctor se aferró al timón y los esquís delanteros cambiaron de dirección, antes de que se enderezara y se volviera a despegar, por el canal

más interior, y los flancos del valle se cerraran sobre el barco, amortiguando toda clase de sonido. Las paredes invasoras del valle se convirtieron en rostros de roca maciza, hendidos con las fisuras por las que transcurría el hielo y sujetados por pinos recubiertos de nieve blanda. La luz de las dos lunas fue progresivamente disminuyendo, creando una atmósfera oscura y tunelesca, pese a haber todavía suficiente pasillo para que la vela mayor condujera a la nave unas cuantas millas más.

Puede que fuera estrecho, pero a partir de aquí, durante algo más de un kilómetro, era completamente recto. Aun así, el Doctor sabía que tendría que trabajar con rapidez.

—Vale, ve constante... —dijo, bloqueando la rueda, cogiendo su bastón, bajando del puente a la escotilla delantera, camino que descendió torpemente, y cerrando con fuerza las puertas de esta al pasar.

Se estaba mucho mejor en la bodega, donde había varias literas envueltas en mantas y la estufa burbujeaba calor. Había un rico aroma a café, el cual desafortunadamente no tenía tiempo de probar ahora. La puerta a su izquierda daba a la Habitación de Tercera Clase, una cavidad enorme y en forma de campana hecha de hierro fundido solidificado, en cuyo medio descendía el eje central hasta conectarse con la compleja masa de varillas, resortes y otros ejes que formaban el tren de aterrizaje del barco, y del cual provenía ahora un ruido de fricción con el hielo y un constante surtidor de nieve recién batida, la cual se adhería a las paredes interiores y caló instantáneamente al Doctor de los pies a la cabeza.

Se abrió paso hasta el final de la plataforma llena de cables, desde donde podría alcanzar la parte superior del eje. Pese a tener las manoplas puestas, los dedos del Doctor estaban demasiado entumecidos como para llevar a cabo la delicada operación en cuestión. Tenía que procurar tener especial cuidado al coger el tubo de boronita del bolsillo interior de su chaqueta, sólo había uno, y sería un desastre que se cayese al suelo. Era una lástima que no tuviera más, reflexionó mientras insertaba el extremo de la mecha en la base maleable. Pero incluso aunque tuviera media docena, pese a ser inmensamente potente, lo bastante potente como para demoler un bloque entero de pisos en la Tierra, sería demasiado poderoso para obtener el efecto deseado. No obstante, si detonaba un único explosivo, el hierro en forma de campana de la sala contendría gran parte de la explosión y la

dirigiría hacia abajo.

Sólo así tendría el éxito asegurado, o al menos eso esperaba.

Se inclinó desde la plataforma, colocó el explosivo en el eje de metal y ató la mecha alrededor hasta que quedó fija en su lugar. A continuación, enrolló el otro extremo de la mecha alrededor de la punta de su bastón y estirándose, consiguió meterlo por el estrecho hueco circular de encima del eje. Cuando retiró el bastón, la mecha se despegó como un calcetín y se quedó enredada en el hueco de arriba.

Miró al reloj: estaban a punto de llegar al Degolladero. A toda prisa, saltó directamente a la bodega, donde se puso a darle a las alfombras y mantas de las literas la forma de una persona y a cubrirlas de edredones.

¿Se lo tragarian los Autons?

—Son cacharros de plástico sin cerebro... ¡claro que se lo tragarán! —se respondió.

Pero siempre había ese elemento de duda. El control del Nestene no era tan débil. Como solía ocurrir antaño, el Doctor se dio cuenta de que estaba improvisando, aprovechando una oportunidad. Pero en realidad, esta era la única oportunidad, no sólo para él sino para toda la población de Navidad. Si el Nestene lo derrotaba, sus brutales soldados invadirían la ciudad y matarían a cualquier hombre, mujer y niño que se entrometiera en su camino.

Ninguna resistencia es fútil, le había dicho a Luca. Pero a veces no se podía evitar lo inevitable, no por mucho tiempo.

Podía sentir cómo el Salvavidas iba progresivamente decelerando. El barco comenzó a sacudirse mientras atravesaba obstáculos en la nieve que de no haber estado éste hubiera pasado por encima sin problemas. Estaba claro que habían llegado al Degolladero. Visualizó la densa vegetación cubierta de nieve y enmarañada de encima. Afortunadamente, el Salvavidas siguió hacia adelante, deslizándose en lugar de patinar, pero sin detenerse.

Y haciéndose un blanco irresistible.

—Tiempo, chicos —dijo, dirigiéndose a los pies de la escalera—. Tiempo.

Se los imaginó saltando desde arriba, uno detrás de otro, como comandos, aterrizando entre ramitas y hojarasca y duchas de nieve polvo.

Y justo sonaron los primeros impactos, los golpes de unos pesados cuerpos desangrados al caer sobre la cubierta.

Capítulo 7

—Uno, dos, tres... —los ojos del Doctor se movían de izquierda a derecha por el techo arqueado—. Cuatro.

No había ninguno más.

Sintió una punzada de inquietud. ¿Sólo cuatro? Yoshua había deducido cinco.

Un golpe.

El Doctor se dio la vuelta. El último había venido de proa. Sonó como si se hubiera quedado enredado primero en un aparejo. Percibió más movimiento: un arrastrar y golpear de pies, los Autons revolviéndose, inspeccionando la cubierta desierta y adentrándose de uno en uno en la escotilla que todavía seguía abierta, la escotilla de popa. Avanzaron por ella arrastrando los pies sin vida.

La madera crujía bajo sus pies. El Doctor subió a toda prisa la escalera que le llevaba a la escotilla de proa. Mientras lo hacía, vislumbró por el rabillo del ojo que algo contorsionado y destrozado estaba apareciendo al otro extremo de la bodega.

Con mucho esfuerzo, sacó los pernos, levantó la escotilla y consiguió salir, cerrando las puertas tras él en silencio. A partir de aquí, la escotilla de popa estaba oculta por el puente, pero todavía podía ver el último de la partida de persecución, una forma quebrada y coja en la penumbra glacial, agachándose mientras descendía a la bodega. La última parte de éste que perdió de vista fue su mano izquierda, con la cual agarraba una rama nudosa y llena de espinas.

Una porra.

Autons con porras.

Parecían más aterradores que Autons con pistolas láser automáticas.

Se quedó agazapado, conteniendo la respiración, hasta que escuchó el martilleo frenético y estrepitoso bajo la cubierta, los Autons atacando a los bultos de las camas.

Sobresaltado por la acción, lo primero con lo que tuvo que lidiar fue con la escotilla de proa. No se podía bloquear desde arriba, pero poseía dos manillas anilladas que atrancó metiendo una barra de acero inoxidable entre ellas. Para asegurarse, abrió uno de los barriles de suministros que había sobre una repisa a lo largo de toda la borda. Suministros de emergencia en caso de que el Salvavidas quedara encallado, estos estaban hasta arriba de cerdo y pescado salado o galletas, así que necesitó la misma determinación y fuerza para remolcarlo por la cubierta y colocarlo encima de la escotilla cerrada.

El caos abajo era todavía ensordecedor. Para ser criaturas de plástico y sin sentimientos, los Autons desataban una furia casi demoníaca contra sus posibles víctimas. Desconcertado, el Doctor recorrió la cubierta cojeando hasta llegar a la escotilla de popa, que también cerró, y luego desenredó una línea de dirección desde la botavara colgante, la ató alrededor de las manillas lo máximo que pudo, y la pasó por un ojo de buey hasta llegar a la cubierta de estribor, donde la anudó.

Por supuesto, las escotillas estaban hechas de madera, nada más. Al final, los Autons las acabarían destruyendo para abrirse camino. Cuánto tiempo les tomaría era una incógnita.

El Doctor cojeó hacia el puente de mando, y soltó el timón.

Entonces se dio cuenta de la lentitud con la que viajaban. Un par de nudos como máximo. La vela mayor apenas se sacudía. Al menos, con el Degolladero finalmente ensanchandose, comenzaba a llegar la luz de las lunas. Miró con envidia las otras velas, lo bien que estaban recogidas. Aunque supiera cómo desenrollarlas bien, sólo era uno, no podría hacerlo.

En su lugar, se puso a los mandos del timón y apretó los dientes.

Todavía se podía oír una cacofonía viniendo desde abajo, pero se había reducido notablemente en cuanto los Autons se dieron cuenta de que los habían engañado. Tal vez un minuto más tarde, las porras comenzaron a atacar la parte interior de las escotillas.

Afortunadamente, la embarcación continuaba deslizándose.

—Cuando estéis listos —gritó el Doctor, levantando la vista hacia la vela mayor caída.

Pero pasaron otros cincuenta metros antes de que los laterales del desfiladero comenzaran a replegarse de nuevo, y la vela mayor comenzara a ondear otra vez, y a hincharse. El Doctor no cantó victoria. El Salvavidas estaba acelerando, pero muy lentamente. Mientras tanto, seguían dándole golpes a los enveses de las escotillas, cada vez con más fuerza y ferocidad. Pero se alivió al sentir esa vibración en la base del mecanismo de dirección. Cuando el timón viró a estribor, tuvo que contenerla con fuerza. La velocidad del barco se incrementó y el paisaje comenzó a moverse junto con los copos de nieve. De doce a quince nudos, estimó. Una aceleración uniforme, de quince a veinte, esto ya estaba mejor.

Rodearon el segundo codo a un ritmo cada vez mayor, la embarcación se estaba arrastrando otra vez, la botavara se estaba balanceando sin parar y el Doctor estaba intentando girar a babor, cuando, a menos de un kilómetro de distancia, avistó la gran brecha en forma de V que había al final sur del cañón de los Codos del Diablo.

A partir de allí eran llanuras abiertas, en cuyo extremo opuesto, a unos cincuenta kilómetros de distancia, yacía la ciudad. Pero no iban a llegar tan lejos, ni siquiera en esa dirección.

Su destino, aunque no le había revelado esto a los demás (uno no podía estar del todo seguro de que no había facsímiles a su alrededor), quedaba hacia el oeste, y el barco apenas había salido a campo abierto, cuando el Doctor lo vio: un resplandor de luz de estrellas sobre una extensión enorme y completamente plana que abarcaba hasta donde alcanzaba la vista.

El lago Lagda.

Todavía quedaban unos minutos, pero el viento del sur estaba soplando cada vez con más fuerza y desplazando a la nave con furia. El Doctor miró hacia el timón. A pesar del barril, la escotilla se estaba resquebrajando y astillándose. Un puño ennegrecido la perforó por el medio.

—¡No, gracias! —gritó el Doctor. Saltó del puente, agarró una de las lanzas caseras de la tripulación y atacó la apertura una y otra vez, con una fuerza violenta, y repetidamente, sin infligir dolor y con la esperanza de que los contuviera. Sólo necesitaba un par de minutos más, nada más. Pero

su enemigo no dio su brazo a torcer y forcejeó enérgicamente con el arma hasta que pilló la punta y la partió en dos.

Un crujido de madera similar resonó desde la escotilla de popa.

El Doctor se dio la vuelta y se quedó pálido cuando el silbido de la nieve de debajo de los patines del Salvavidas se transformó en una fuerte sacudida, y los ruidos que hacían al avanzar cesaron de forma abrupta. De repente comenzaron a correr, y a una increíble velocidad.

El Doctor se asomó por la borda. Una superficie brillante se extendía en todas direcciones. Le echó un vistazo a la parte trasera, donde la luz de la luna se desvanecía enseguida.

Soltó una carcajada mientras volvía cojeando al timón, se dejó caer de cuclillas y ató la mecha que había enhebrado alrededor de la base del timón. A continuación, abrió una de las cajas de cerillas de Tiberio Gluck y descubrió que no era fácil prenderlas con esta ventisca. Una detrás de otra, se le rompieron tres cerillas y no prendieron, cuatro, cinco seis. Justo en ese momento, con un estruendo, el barril se hizo a un lado, y el Doctor vio cómo una inmensa figura intentaba avanzar más allá del mastil de acero.

—¡Vamos, vamos! —murmuró.

Las cerillas séptima, octava y novena también se rompieron, y ahora sólo le quedaba un par. Pero la décima prendió y comenzó a emitir un chorro azul que acercó al final de la mecha. La cuerda empezó a silbar, mientras el Doctor giraba sobre sus pies y se precipitaba por la borda de estribor, impulsando primero su pierna buena y, con un grito salvaje de “¡Geronimooooo!”, arrastrando la de madera después.

Aterrizar en hielo a tal velocidad no era algo que tuviese muy planeado.

Lo golpeó como un mazo, enviándole sacudidas de dolor y nauseas por todo su cuerpo. Rodó durante unos treinta metros, como una masa de miembros desgarrados, chocando y rebotando contra la superficie de roca sólida, y deslizándose bocabajo durante otros veinte, antes de alzar la vista aturdido y ver cómo el Salvavidas se alejaba rápidamente.

El resplandor que se produjo cuando la sección inferior estalló fue cegador.

Entonces detonó, mandando astillas ardiendo en todas direcciones y envolviendo al Doctor mientras se cubría la cabeza con las manos. Bajo

su cuerpo, el lago congelado se estremeció, y luego se fracturó por todas partes. De hecho, lo siguiente que supo el Doctor era que estaba tumbado sobre un bloque flotante que rápidamente se fue alejando, y que el agua congelada le estaba empapando el brazo izquierdo. Clavó los dedos en la superficie glacial, antes de que se volviera a enderezar.

A su alrededor yacía un mar de trozos de hielo inestables que reflejaban con ferocidad las llamas naranjas que salían de la cáscara carbonizada del Salvavidas, el cual se había detenido en seco a ochenta metros más allá y se estaba hundiendo ahora por la proa.

El Doctor lo observó en tensión, rezando por que desapareciera.

¿Y si no funcionaba?

¿Y si el peso de ese tren de aterrizaje, esa masa de hierro enmarañado y retorcido no lo hundía?

Con un fuerte burbujeo, la embarcación comenzó a hundirse de verdad, su popa se elevó en el aire, dejando a la luz los trozos destrozados de madera que una vez fueron su quilla.

La esperanza resurgió en el Doctor, pero había una cuestión que lo fastidiaba, ¿los Autons sabían nadar? Supuso que eso dependía de lo quemados y desmembrados que estuviera tras la explosión. Incluso aunque no estuvieran en tal estado, estaban hechos de plástico macizo y eran demasiado pesados para flotar, y el Lago Lagda era monstruosamente profundo, una falla geológica en vez de un valle inundado que descendía cientos y cientos de metros y estaba contenido por empinadas paredes de barro. Mientras observaba los restos del naufragio, las llamas de su interior se fueron apagando, empapadas por el agua, hasta que no quedó más que el humo, reduciendo la nave a un silueta rota y ennegrecida. Entonces las lunas volvieron a inundar el paisaje con su luz plateada. El Doctor se arrodilló, su piel se erizó cuando la popa del barco se detuvo encima de la superficie. Su barra de hielo se tambaleó precariamente, pero solo durante unos segundos. Finalmente los restos del naufragio se hundieron de nuevo.

Casi se permitió relajarse un instante, hasta que vio algo más.

Una figura apareció en la popa, encaramado como un mono en la borda.

A pesar de que el último fragmento de madera desapareció bajo la superficie turbulenta, la forma desgarrada saltó lejos, aterrizando ágilmente

sobre un fragmento de hielo, zarandeándola de lado a lado. A continuación, saltó de nuevo. Ágil como una rana, aterrizó a cuatro patas en un segundo fragmento.

—No puedes estar hablando en serio —dijo el Doctor lentamente.

En tres saltos, se había acercado casi treinta metros a él.

Saltó una cuarta vez, otra vez aterrizando con éxito. Ahora estaba mucho más cerca. Se preguntó qué clase de parodia pesadillesca de sí mismo representaría éste. Primero, había caído de la atmósfera, y ahora había quedado chamuscado por las llamas. No quedaría mucho de sus características Gallifreyanas.

Con un quinto y verdaderamente prodigioso salto, alcanzó otro fragmento, esta vez golpeando la superficie congelada con un golpe seco audible y aterrizando a un lado de la losa, inclinándola. La forma negra del Auton se aferró a ella, pero la losa continuó inclinándose, deteniéndose brevemente en posición vertical, antes de darse la vuelta completamente, su parte inferior marrón brillando bajo la luz de las estrellas.

—Ahhh, bueno... menuda suerte —el Doctor se apoyó en su bastón para enderezarse—. Bailar sobre hielo no es para todos. Los mejores planes y todo eso.

Se dio la vuelta. El viento azotaba violentamente a su alrededor y la escarcha comenzó a materializarse en la piel empapada de su manga izquierda de la chaqueta. Sintió como se entumecía su mano izquierda. “Sababñones”, pensó con asombro. Siempre hay una primera vez para todo en Trenzalore. En el lado positivo, el terrible frío significaba que no pasaría mucho tiempo antes de que la superficie destruida solidificara de nuevo, lo que le permitiría cojear de vuelta a la orilla. Golpeó un par de veces el hielo con su bastón. Definitivamente estaba fusionándose de nuevo.

Fue entonces cuando el Auton saltó del agua a su derecha.

Era una incógnita cómo había atravesado los últimos cincuenta metros bajo la superficie. Posiblemente trepando por otros trozos de hielo hundidos o tal vez enganchando sus dedos inertes en su parte inferior coagulada. Pero salpicando aguanieve y barro, aterrizó con los brazos abiertos en el lado derecho de la propia isla privada del Doctor, poniéndose de lado de una manera tan espectacular que éste tuvo que arrojarle sobre su parte trasera para reequilibrarla.

De cerca, el maniquí era totalmente el horror que había imaginado: una efígie contorsionada y destrozada. No quedaba ni un trozo de ropa, ni un mechón de pelo, ni una pizca de rasgos faciales en medio de las masas brutales de plástico quemado. Nada salvo un solo ojo, en parte desalojado de la única órbita restante pero fijo en él con una intensidad similar al láser.

El ojo del Nestene.

Varias veces luchando contra los Autons, se había enfrentado con el ojo del Nestene. Por lo general era artificial y sin embargo siempre había proporcionado una ventana transparente a la maldad sin alma que se escondía debajo.

Fue al ojo donde el Doctor atacó.

En verdad, no sabía si el órgano de imitación era sólo un efecto o en realidad servía para transmitir visión al horrible intelecto en el reino del más allá. Pero parecía un lugar tan bueno como cualquier otro, así que se deslizó hacia delante sobre sus rodillas y clavando su bastón cual espada, el órgano se sacudió hasta convertirse en una especie de tejido sintético. El Auton, todavía sujeto con las dos manos, no pudo responder. Clavó el bastón por segunda vez, y el ojo se desprendió por completo, pero esto no impidió que el Auton elevara su rodilla derecha en la losa, y al cambiar el centro de su equilibrio, pudo arrebatarle el palo y capturarlo.

El Doctor tiró de su instrumento de nuevo. Al estar cubierto de hielo, se deslizó fácilmente de las manos del Auton. Cuando golpeó de nuevo, lo hizo con ambas manos, impactando en el lado de la cabeza del monstruo, primero por la izquierda y luego por la derecha.

Pero estos seres no sienten dolor.

Con ambas rodillas sobre la superficie, volvió a ponerse de pie. El hielo se inclinó de nuevo. El Doctor se deslizó hacia un lado. Había un espacio entre aquel fragmento de hielo y el siguiente, pero estaba lleno de agua fangosa y era lo suficientemente amplio como para tragarlo entero. Retrocedió como pudo a toda prisa, apoyando todo su cuerpo sobre la pierna sana, pudiendo así impulsarse hacia arriba, golpeando a su oponente con todo el cuerpo.

El Auton era lo suficientemente resistente como para soportar el golpe y asfixiarlo en un abrazo de oso, pero de repente, la losa se inclinó hacia el otro lado y ambos cayeron.

El Auton le soltó, pero ya era demasiado tarde. El Doctor consiguió impulsarse y aterrizar de cuerpo entero en la losa de al lado, clavando el bastón en ese mismo lugar para tener algo de estabilidad. El impacto separó aún más los dos losas, ampliando enormemente la fisura entre ellas. El Auton cayó en ella violentamente.

Pero aún no lo había derrotado completamente.

Su garra retorcida se deslizó por su pernera izquierda, sujetándole alrededor del tobillo. Durante unos segundos eternos, siguieron unidos; el Auton medio sumergido y pataleando en el gélido líquido y el Doctor acostado de medio lado sobre el hielo. La inclinación cada vez más pronunciada de la losa hizo que comenzara a deslizarse.

—¡Esto va a ser genial! —jadeó, hurgando con su mano derecha a través de sus múltiples capas de ropa—. Justo lo que necesitaba.

Al mismo tiempo, golpeó una y otra vez la cara quemada del Auton con el pie que tenía libre con la esperanza de distraerle y poder localizar y abrir las hebillas. Y lo consiguió.

Poco a poco, su pierna artificial se separó de la pernera del pantalón.

El Auton, aún aferrándose a ella, se hundió.

El Doctor escarbó en el borde hasta que unas cuantas de tiras de cuero salieron del brazalete y cayeron a la superficie. Una fracción de segundo después, las placas de hielo golpearon la parte superior de la misma.

—¿Crees que quiero volver a pasar por todo eso... otra vez? —gimió al tiempo que sus dos corazones latían fuertemente en su pecho—. ¿Hacerme una nueva pierna?

Casi en el último momento, se dio la vuelta sobre su estómago y se abrió paso hasta el borde de la losa, mirando hacia abajo a través del pequeño espacio que había reabierto. Casi esperaba tener un último vistazo de la cabeza sin pelo del Auton mientras descendía hacia el vacío. Pero no vio nada, sólo la oscuridad, y segundos después ni siquiera eso debido a los nuevos cristales de hielo que se formaban rápidamente.

A su alrededor, el lago se volvía a congelar, el viento polar hinchaba copos frescos a través de su superficie, volviéndolo blanco. Iba a ser una larga caminata a casa, pensó mientras conseguía ponerse de pie, más bien, un largo cojear.

Las cosas que tenía que hacer, pensó con resignación, en nombre de Navidad.

The Dreaming

Mark Morris

Capítulo 1

Lo estaban estrangulando. Notaba algo alrededor del cuello que cada vez le apretaba más y más. Pero cuando se llevó las manos a la garganta, no encontró nada. Sólo los dedos que arañaban su propia piel.

¿Dónde estaba? En un lugar oscuro, eso era todo lo que sabía. La oscuridad tenía una textura, como la del aceite. Le dio la sensación de que si se movía rápido, esta se deslizaría entre sus carnes, fría y espesa.

No es que pudiese moverse rápido. De hecho, apenas era capaz de moverse. Su cabeza daba vueltas como un bombo; le ardían los ojos; sus pulmones luchaban por obtener aire.

Se volvió a agarrar el cuello, y luego se dejó caer de rodillas. Su instinto le decía que este lugar era horrible. Un lugar para el miedo y la locura y la crueldad y la dolorosa pérdida eterna.

¿Alguien le había soplado en la nuca? ¿O tal vez le había rozado con la punta de los dedos? Ayudadme, trató de decir, pero de su garganta oprimida no salió ni un graznido.

La cabeza le daba vueltas. Pronto se quedaría inconsciente. La oscuridad de fuera se estaba filtrando a través de su piel, arrasando con sus pensamientos...

Entonces, de repente, la presión que le oprimía la garganta se desvaneció. Fue como si algo se le desenroscara del cuello. Cayó hacia adelante, inspirando aire con la boca, atragantándose, brusca – y maravillosamente – capaz de respirar una vez más.

–Qué desagradable es que te recuerden lo frágil que eres, ¿a que sí?
¿La facilidad con la que se te puede reducir a la nada?

La voz era fría, rencorosa, y sonaba como un tintineo desagradable, como si las palabras que dijera vinieran acompañadas por el leve sonido del cristal al estallar.

Se masajeó la garganta. Cauteloso y todavía de rodillas, viró la cabeza.

Allí se encontró con un hombre. De tez clara. Sepulcral. Y de ojos ardientes.

Iba vestido completamente de negro, como un director de funeraria.

—¿Quién eres?

La pregunta salió como un ronco susurro, pero el hombre de cara blanca dio una zancada como una araña de largas patas para colocarse a su lado.

—Lo importante no es quien soy yo, sino quién eres tú. ¿Cómo te llamas?

—Aliganza. —Intentó aclararse la garganta—. Aliganza Torp.

El hombre de rostro blanco enarcó las cejas.

—¿Estás seguro de eso?

Aliganza vaciló. Ya no sabía decir con seguridad si estaba seguro de algo.

—Pues... Sí.

—Interesante —dijo el hombre de rostro blanco.

—¿El qué?

—Tu nombre. O sea, así no es cómo te llama él, ¿verdad?

—¿Quién?

—¡Quién va a ser!

La rabia repentina del rostro pálido se intensificó, y Aliganza se asustó. Los ojos del hombre brillaban. Viciosamente soltó:

—¡Él! Él a quien obedecen. El hombre de la torre. El sabio de Navidad.

—Te refieres a... ¿el Doctor?

—El Doctor.

La expresión del hombre se plegó, y sólo durante un segundo, Aliganza vislumbró lo que había debajo. Algo espantoso. Entonces la imagen se desvaneció antes de que quedara grabada en su mente.

Cuando el hombre volvió a hablar, su voz salió suave, su boca se transformó en una sonrisa que parecía ser más larga de lo que debiera.

—¿Cómo te llama? —preguntó—. O debería decir... ¿cómo te llamaba?
¿Cuándo eras joven?

Aliganza sonrió ante el recuerdo.

—Me llamaba Barnable. Barnable el cuadragésimo tercero.

—¿Y por qué?

—Porque... le gustaba. —A pesar de la situación, Aliganza se llenó de orgullo—. A todos los niños que le gustaban, a todos sus favoritos, los llamaba...

Su voz se desvaneció. El rostro pálido estaba sacudiendo la cabeza.

—No. No te llamaba Barnable porque le gustaras. Te llamaba Barnable porque no se acordaba de tu nombre. ¿No lo ves? No eres nada para él. Un insecto. Un mero parpadeo ante sus ojos. Ya se ha olvidado de ti. Es anciano, y frío, y no le importa. Todo le importa un rábano excepto su propio orgullo, su propia gloria.

—No —murmuró Aliganza—. No lo conoces. Es un buen hombre. Un gran hombre. Es amable y...

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el rostro pálido.

—¿Qué?

—¿Su nombre? ¿Cuál es?

—Pues es... es el Doctor.

El hombre del rostro pálido soltó un bufido.

—Ese no es un nombre. Es un título. ¿No lo ves? Piensa tan poco en vosotros que ni siquiera se ha molestado en contaros su nombre. Y por eso es por lo que estáis todos en peligro, ¿no? ¿Por eso vivís constantemente aterrados? Porque es demasiado grande, demasiado importante, para contaros su nombre. Tanta soberbia. Tanta arrogancia.

Aliganza sacudió la cabeza.

—No... no es cierto.

—¿Entonces qué es cierto?

Pero a Aliganza no se le ocurrió nada que decir. La voz del hombre, sus heladoras palabras, estaban jugando con sus pensamientos como la bruma alrededor de las lápidas del cementerio.

¿Y no tenían sentido? ¿No le estaban desvelando una verdad que debería haber descubierto — que todos deberían haber descubierto — hacía generaciones?

–Tengo algo para ti –dijo el rostro pálido.

–¿El qué?

–Un regalo.

–Extiende la mano.

Aliganza vaciló. El hombre sonrió. Su boca era amplia, y roja, y estaba empapada.

–No te voy a hacer daño –dijo melosamente–. Extiende la mano.

Aliganza obedeció.



–¡Padre!

El niño saltó de la cama en cuanto el hombre pegó un chillido. Durante un instante se quedó aterrorizado. Su padre, normalmente amable, parecía un monstruo.

Pericles Trop sabía de monstruos. No paraban de venir a Navidad. Venían para matar, para destruir, y aunque daban miedo, como el Doctor siempre los derrotaba, todo acababa bien al final.

Sin embargo, Pericles sabía que a veces el Doctor no podía salvar a todos. Cuando Pericles era un bebé, unos monstruos llamados Krotones invadieron Navidad, y mucha gente murió cuando los invasores destruyeron el silo donde se estaban refugiando.

El Doctor se enfadaba y se entristecía cuando la gente moría, e iba a donde las familias y se disculpaba como si él tuviera la culpa, pero nadie lo culpaba por ello. Sabían que si no fuera por él, habría muerto más gente. Sabía que si no fuera por él, ya habrían destruido Navidad más de mil veces.

La gente decía que el Doctor tenía cientos de años. Cientos y cientos. Pericles no sabía si eso era cierto, pero sí sabía que el Doctor era anciano, y que pasaba cada vez más y más tiempo en la Torre del Reloj, vigilando la grieta rara de la pared. Y sabía que el pueblo de Navidad estaba preocupado. Preocupado de qué pasaría si el Doctor. . .

–¿Qué quieres?

Durante un instante, la voz del padre de Pericles no sonó como la suya.

Sonó fría y dentada y gélida. Y sus ojos en la penumbra le parecieron extraños, como si brillaran con una luz amarilla.

De forma instintiva, Pericles apuntó la linterna que colgaba de su mano hacia el rostro de su padre. Su padre se encogió y gruñó:

—¿Qué estás haciendo? ¡Aparta eso! —Pero no pasaba nada, porque la luz reveló que sus ojos estaban bien, que Pericles se había equivocado.

—Lo siento, Padre —dijo Pericles—. Te oí gritar, así que vine para ver qué pasaba. ¿Estabas... teniendo una pesadilla?

Aliganza Torp se quedó mirando a su hijo durante un momento, y luego sus rasgos se suavizaron un poco.

—¿Una pesadilla? —murmuró—. Sí... debe de haber sido eso.

—¿Ya pasó?

Aliganza asintió.

—Sí, ya pasó. Ahora vuelve a la cama. Necesitas dormir. Mañana hay cole.

Pericles bajó la linterna. Asintió aliviado.

—Sí, Padre. Buenas noches, Padre.

La voz de Aliganza sonó como un murmullo desde las sombras que ocultaban su rostro barbudo.

—Buenas noches, hijo.



Cuando se aseguró de que Pericles se había dormido, Aliganza caminó a tientas hasta el baño. Al lado del espejo encima de la palangana había una lámpara de aceite. La encendió y miró a su reflejo.

Sus ojos no eran los suyos. Eran amarillos, y las pupilas no eran más que franjas negras y verticales. Retrocedió conteniendo la respiración. Parpadeó y volvió a mirar. Entonces dejó escapar el aire con un resuello de alivio.

Se había equivocado. Sus ojos eran los suyos. La imagen momentánea debe de haber sido una consecuencia de su sueño, una que se quedó atrapada en su mente, como una astilla de hielo.

Le entró un escalofrío. Hoy hacía frío. Más frío de lo habitual. Pero aun así su mano estaba caliente. Y palpitaba. La levantó en el aire, bajo la luz.

La piel de su antebrazo derecho estaba enrojecida e hinchada y llena de ronchas. Alguna especie de sarpullido. Se la rascó, pero eso sólo provocó que su extraño hormigueo se le extendiera por las venas y le trepara por el brazo y por el hombro y por el cuello, hasta inundar las cuencas de sus ojos y la caverna de su mente. . .

Oyó una fría y plateada carcajada. ¿De dónde venía?

Se volvió a mirar al espejo.

—Soy Aliganza Torp —susurró.

Volvió a la cama.

Capítulo 2

El Doctor estaba tallando. No había nada como ponerse a tallar para concentrarse. Cada poco le echaba un ojo a la grieta brillante de la pared, pero seguía siendo la misma de siempre. La misma que había visto hacía más de setecientos cincuenta años, la primera vez que llegó a Navidad.

Su cuerpo – su último cuerpo, y para ser honesto, uno de sus favoritos – había sido joven de aquella. Lleno de vigor y vitalidad.

–Vigor y vitalidad –murmuró, disfrutando del sonido de las palabras–. Vigor. Y vitalidad.

Claro que en aquel momento tenía dos piernas, antes de ese horrible accidente con una Serpiente Tsunami ciega. Algo patituertas, puede que sí, pero se completaban entre sí. Y su mente era aguda. Aguda como un... como un...

Miró al cuchillo de su mano. Su frente se frunció confusa. No le gustaban los cuchillos. Qué cosas tan desagradables. Al menos valían para untar mantequilla. Y mermelada. Encima de las tostadas. Y también valían para...

¡Ah! ¡Para tallar! Claro. Había estado tallando. No había nada como ponerse a tallar para... eh...

–¿Doctor?

El Doctor alzó la cabeza. Había una chica a su lado. Parecía nerviosa, al igual que la mayoría de la gente cuando se aproximaban a la grieta. De hecho, rara vez venían aquí los adultos. Sólo los niños eran los que a veces venían a sentarse, y a hablar, y a beber cacao, y a traer sus juguetes rotos.

Contempló los ojos nerviosos de la chica, su gorro de lana rojo y su

largo y grueso abrigo, que estaba punteado con tiras de un material colorido.

–Hola, Amelia –dijo sin levantar la voz.

–Es Mellandine, Doctor –lo corrigió.

–Mellandine. Claro. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Un cohete para tu muñeca favorita? –De repente levantó un brazo y extendió un dedo de advertencia–. Si son gafas de rayos X, me temo que la respuesta es no. Me metí en un montón de embrollos con la Sra. Pilke por eso.

–Hay problemas en el pueblo, Doctor –dijo ella–. En la taberna.

–Oh, caray. ¿No serán los Guerreros de Hielo otra vez? Mira que son grandes, pero no lo pueden ni con su cerveza.

–Es Sylvian Capple, Doctor. Está... actuando de forma extraña. Padre dijo que fuera a avisarte.

Entonces la mente del Doctor se asentó. Así es cómo parecía ocurrir hoy en día. Se pasaba días a la deriva, con pensamientos vagos y confusos, pero a la mínima señal de problemas – ¡bang! Volvía a ser el mismo de siempre. El Doctor. El gran protector. Listo para defender el pueblo de Navidad desde todos los flancos.

En momentos como éste, le entraban ganas de saltar de la silla, sacar su sónico y bajar disparado por las escaleras – pero aunque quisiera, estaba tristemente débil.

Hizo fuerza para levantarse, sacudiendo su escaso pelo blanco como una tela de araña, y se volvió hacia Mellandine, tensando sus flácidos rasgos para formar una sonrisa.

–¿Me alcanzas esa caja, Mellandine? –dijo, señalando con la cabeza hacia una maleta de viaje destartada, cuya parte superior descansaba contra un pilar de madera–. Me da que hoy voy a necesitar mi sombrero especial de sheriff.



Navidad era un lugar feliz – cuando los invasores no andaban volando en pedazos partes de la ciudad, claro – y la Taberna de Navidad, cuyo dueño era el padre de Mellandine, Fergin Eggleton, era el lugar más feliz

de todos. Sus paredes vibraban por el bullicio y la risa que generaban los que entraban en ella; rezumaban cotilleos y trolas y obscenidades. Cada noche, la mayoría del pueblo se congregaba aquí para beber cerveza y a charlar sobre los chanchullos locales.

Pero cuando el Doctor entró por la puerta, con un Stetson agujereado en la cabeza, no fue recibido con una bonhomía regocijante sino con una tensión silenciosa. Todos excepto dos ocupantes de la taberna se habían agolpado contra la pared a mano izquierda, preocupados, incluso con expresiones de terror en sus rostros.

Las únicas dos personas que no se habían acurrucado contra la pared eran Fergin Eggleton y Sylvian Capple. Fergin, un barril alegre y calvo con un gran bigote rojo, estaba en medio del espacio casi vacío, con las manos levantadas en un gesto tranquilizador. La forma con cabeza de fregona de Sylvian Capple, a quien estaba mirando Fergin, estaba de cuclillas contra la pared derecha, plegando su larguirucho cuerpo como un papaíto piernas largas.

A pesar de su posición encorvada, Sylvian parecía de todo menos sumiso. Al contrario, se asemejaba a un muelle, con los músculos de sus delgados miembros completamente tensos, sus ojos, inyectados en sangre mirando hacia todas direcciones, y sus dientes, lo suficientemente prietos para que rechinaran con rabia. En sus manos sujetaba un picahielos cuya curvada cabeza resplandecía tenuemente ante la luz de la lámpara.

Cuando el Doctor entró, Fergin le lanzó una mirada que fue medio de advertencia y medio de gratitud.

El Doctor asintió una única vez, y le sonrió a Sylvian.

—Bueno, Sylvian —dijo sin levantar la voz—, ¿qué pasa aquí, eh? —Se acercó al hombre con cautela, y luego, estremeciéndose de dolor cuando la rodilla que le quedaba crujió, se acucilló delante de él. Haciendo un gesto hacia el picahielos, dijo:— Más vale que tengas cuidado con eso. Te vas a hacer daño.

La única respuesta de Sylvian fue encogerse más, y un gruñido animal comenzó a emerger por su garganta.

El Doctor enarcó los ojos.

—¿Por qué estás tan asustado? ¿Qué has visto?

—Ha estado teniendo los sueños, Doctor —murmuró Fergin tras él.

—¿Los sueños?

—Últimamente los han tenido muchos tíos. Sueños horribles. Los ha estado trastocando muchísimo.

—¿De verdad? —dijo pensativamente el Doctor. Apoyó su bastón sobre el suelo, se metió la mano en el bolsillo de su abrigo viejo y sacó su destornillador sónico. Lo encendió y jugó con los ajustes hasta que comenzó a parpadear con una luz suave. La levantó en el aire para que la luz se viese reflejada en los ojos de Sylvian.

—Eso es, Sylvian —murmuró—. Mira hacia la luz. Contéplala profundamente y deja que tus preocupaciones se desvanezcan. —Viró la cabeza, hacia donde estaba Fergin, con ojos brillantes—. Tú no, Fergin.

El Doctor, volviéndose de nuevo hacia Sylvian, vio cómo al hombre se le escurría la tensión de su huesudo rostro.

—Allá vamos —murmuró—. A ver, Sylvian, ¿qué me puedes decir de estos sueños que has estado teniendo?

De pronto, los ojos de Sylvian se abrieron de par en par, y sólo durante un instante fue como si sus ojos cambiaran y se volvieran amarillos. Con un grito saltó hacia adelante, empuñando su picahielos hacia la cabeza del Doctor.

Momentáneamente y contradiciendo su debilidad, el Doctor retrocedió. Su Stetson salió despedido y aterrizó entre sus pertrechadas piernas. La punta curvada del picahielos aterrizó encima de él y lo clavó al suelo de madera. Sylvian, gruñendo y babeando, intentó liberar el instrumento, pero estaba tan metido para dentro que no fue capaz de sacarlo. Se levantó de golpe, curvando los dedos a modo de garras como si intentase desgarrar al Doctor con sus propias manos.

El Doctor, levantando el sónico, ajustó los controles y un chirrido agudo inundó la sala. Mientras los habitantes del pueblo se llevaban las manos a los oídos, el rostro de Sylvian se contorsionó del dolor. Con un lamento saltó por encima del Doctor, se precipitó hacia la puerta semiabierta y se desapareció entre la nieve.

El Doctor apagó el sónico. Durante un rato nadie se movió. Entonces todo el pueblo se apresuró para ayudarlo a levantarse. Uno de ellos le recogió el bastón y se lo entregó. Los demás le sacudieron el polvo de la chaqueta.

El Doctor miró con remordimientos su Stetson, el cual seguía clavado en el suelo junto al picahielos. Entonces su rostro se arrugó y sacudió las manos en el aire.

—¡Estoy enfadado con vosotros! —gritó—. Enfadadisísimo. —Señaló acusadoramente a Fergin—. Unos cuantos días, dijiste. ¿Por qué nadie me habló de estos sueños?

El pueblo retrocedió ante él. Algunos agacharon la cabeza, con el rostro lleno de culpa.

Fergin murmuró:

—No queríamos molestarte, Doctor. Eres un hombre importante.

El Doctor puso los ojos en blanco.

—¿Importante? Yo no soy importante. Soy el hombre menos importante de esta ciudad. —Señaló con el bastón al montón de gente—. Vosotros sois los importantes. ¿No os he dicho al menos unas tropecientas millones de veces que si ocurre algo mínimamente raro, me lo hagáis saber? ¿Sin rodeos?

La gente asintió sin decir ni mu.

—Bien. —El Doctor le lanzó otra mirada de remordimiento a su Stetson. En un tono triste, dijo—: Antes tenía el pulso tomado. Ahora casi ni tengo pulso. —Dejó caer su sónico en el interior del bolsillo y luego colocó una mano nudosa en el hombro de Fergin—. Me estoy haciendo viejo, Fergin.

Fergin trató de reírse, pero en sus ojos había una mirada de preocupación.

—Chorradas, Doctor. Aún te quedan años. Vas a vivir más que todos nosotros.

El Doctor sonrió con ironía.



A Aliganza le picaba el brazo. Se despertó para rascárselo, a pesar del hecho de que recorrer las yemas de los dedos por la piel no le propiciaba ningún alivio. De hecho, cada vez que se había rascado, el hormigueo gélido de sus venas se había convertido en astillas de cristal.

Sin embargo, extrañamente, cuando las astillas alcanzaron su mente,

no le dolieron nada; era como si fueran pensamientos. No eran sus pensamiento, pero al mismo tiempo parecía que sí. Era como si estuvieran reemplazando su viejo yo – aburrido, lento, desinteresado – por un nuevo él – implacable, confiado, decidido.

Se levantó de la cama, sintiéndose ligero, casi ingrátido, como un joven de nuevo. Se estiró y aspiró aire, y fue como si hubiera renacido.

Había algo que necesitaba hacer. Algo urgente. No sabía el qué, pero aun así le seguía atosigando. Se sentía como una marioneta, como si alguien estuviera moviendo sus hilos. Pero al mismo tiempo, no era algo malo; estaba bien. Se sentía tan aliviado al liberarse de las preocupaciones de su día a día, de su constante necesidad de poner comida sobre la mesa, sus responsabilidades hacia... hacia...

Pericles.

Durante un instante, la palabra le sonó alienígena; no tuvo ni idea de lo que significaba. Entonces la información inundó su mente. Pericles. Su hijo. Por supuesto.

Una frialdad lo recorrió. Una especie de desprecio. Salió de la habitación como si lo estuvieran forzando, y caminó por el suelo crujiente de madera de su casita hacia una puerta que se hallaba al otro lado del pasillo.

Su mano rodeó el pomo. Abrió la puerta.

El chico estaba durmiendo pacíficamente, y su cabello rubio estaba desparramado por encima de su almohada.

Aliganza lo observó durante un rato con frialdad. Entonces cerró la puerta y bajó las escaleras.

Aquí era, en el estrecho armario de al lado de la cocina, donde guardaba sus herramientas. Abrió el armario, asomó la cabeza y empuñó el mango de su pala.

De repente, Aliganza supo a dónde necesitaba ir, lo que necesitaba hacer.

Su brazo no le paraba de picar y enviar nuevos pensamientos al cerebro.

Abrió la puerta de su casa y salió al frío.



El Doctor estaba en lo alto de la Torre de Vigilancia sujetando un telescopio de metal viejo sobre su ojo. A través de él vio un continuo torrente de gente saliendo de sus casas y llevando una pala o un pico o algún que otro instrumento para cavar. Había hombres y mujeres, pero no niños. Se extrañó. Si a esta gente la estaba controlando alguna influencia maligna es que los niños, o eran inmunes a ella (¿demasiado libres? ¿Demasiado imaginativos? ¿Demasiado rebeldes?), o el filtro los había descartado por su falta de fuerza física. A menos que, ya que era tan sólo una fracción de la población total la que se estaba desplazando, fuera una simple coincidencia. Pero el Doctor no creía en las coincidencias. No del todo.

La gente poseída se estaba desplazando en la misma dirección – hacia la densa arboleda al norte de la ciudad. El Doctor se preguntó qué iban a desenterrar. ¿Un meteoro? ¿Una nave espacial? ¿Un arma?

Sólo había una forma de averiguarlo.



–¡Alto!

El hombre que había en la entrada al bosque era Tomalin Pilke, el hijo del profesor. Trabajaba en uno de los grandes invernaderos a las afueras de Navidad, los cuales producían comida y verduras para la comunidad. El Doctor había conocido a Tomalin desde que este había sido un niño – conocía a toda la gente de Navidad desde niños, incluso a la residente más anciana de la ciudad, Vida Clatterly.

–¡Hola! –gritó el Doctor, meneando en círculos y con entusiasmo una pala en el aire–. He venido a ayudar con la excavación.

Tomalin era normalmente un joven alegre, pero hoy no parecía estarlo. Su boca era una línea recta. Y la forma en la que blandía su rastrillo, con los pinchos apuntando hacia el Doctor como una garra en alto, parecía de todo menos amistosa.

–¿Qué sabes de la excavación? –preguntó.

–Oh, bastante –mintió el Doctor–. Sé que está ocurriendo. En el bosque. Y que es importante. Importantísimo. Vital, de hecho.

Tomalin se pensó sus palabras. Finalmente dijo:

–Tú eres... el Doctor.

–Un diez en observación. Siempre dije que eras un chico brillante. «Sra. Pilke –le dije a tu madre–, ese chico tuyo llegará lejos. Reconoce a la gente sólo con mirarlos». Agudo como una... cosa afilada. Entonces me cielo, ¿vale?

El Doctor avanzó cojeando, pero Tomalin blandió su rastrillo con más agresividad.

–No eres bienvenido aquí –dijo.

El Doctor entrecerró los ojos.

–¿Quién lo dice?

Durante un instante Tomalin lo miró arrepentido, como si su personalidad real estuviera emergiendo, pero luego su rostro se volvió a quedar una vez más como el granito.

–Márchate, antes de que te arrepientas.

Lentamente, el Doctor levantó el bastón y señaló al joven.

–¿Por qué no muestras tu verdadera identidad? –dijo–. Demasiado asustado, ¿es eso? Vaya gallina. ¿Prefieres esconderte detrás de la de otro?

–No te temo, Doctor –siseó Tomalin.

–¿No? Pues deberías.

–Eres viejo. Ya no eres una amenaza para nosotros.

El Doctor puso los ojos en blanco.

–Bla, bla, bla. Ya he oído todo eso antes. He leído el libro, he visto la película y tengo la camiseta. No hay duda de que eres demasiado arrogante para escuchar a lo que te dicen, pero aquí va de todas formas: márchate de este planeta. Corre o repta o huye tan rápido como tus apéndices puedan impulsarte. Puede que sea viejo, ¿pero sabes qué? Eso me hace el doble de peligroso. Porque ya no tengo nada que me importe. Me queda poco tiempo, y si me voy a ir, quiero hacerlo luchando.

Bajó su báculo.

Tomalin ni se inmutó.

–Piensa en ello, grandullón –dijo el Doctor sin levantar la voz–. Piénsalo bien.

Entonces, balanceando la pala en el aire una vez más, se dio la vuelta y se alejó renqueando.

Capítulo 3

Cuando la gente del pueblo salió de sus casas un par de horas más tarde y alzaron la cara ante el dorado sol naciente que se alzaba momentáneamente por encima de las lejanas montañas, fueron recibidos no con el murmullo habitual de la caída de la nieve, sino con sonidos metálicos, golpes y lo que podrían ser palabrotas en Gallifreyan que bajaban desde la parte superior de la Torre del Reloj.

Distraídos por los sonidos, muchos volvieron sus ojos hacia la Torre antes de que el sol se pusiera de nuevo. Los que todavía estaban allí cinco minutos más tarde vieron al Doctor, agobiado bajo el peso de lo que parecía ser una mochila, trepando por la pared exterior, balancearse un momento, y luego, con un grito de “¡Geronimo!” lanzarse hacia el suelo.

La gente del pueblo gritó y gimió. Algunos incluso se precipitaron hacia delante con los brazos extendidos, como si pretendieran coger al Doctor mientras caía.

Pero no cayó. No durante más de unos segundos. La gente que estaba abajo oyó el zumbido inconfundible de su destornillador sónico, y volvieron a quedarse sin aliento de nuevo al ver como, con un ruido metálico y con un zumbido, alas enormes, o palas, o remos, se abrieron y comenzaron a dar vueltas sobre la cabeza del Doctor.

—¡Uau!—gritó el Doctor cuando su cuerpo salió disparado hacia arriba. En el minuto siguiente se abalanzó y movió por encima de la gente del pueblo llamado Navidad, como una marioneta de la que el titiritero hubiera perdido el control.

Sin embargo, con el paso del tiempo, parecía ir cogiéndole el tranquilo

a la caída del artefacto, y sus maniobras se hicieron menos espasmódicas, más controladas. Se estabilizó y, al ganar confianza, empezó a hacer ochos en el cielo con elegancia y precisión, gritando con deleite. Por último bajó la velocidad, flotó un momento y, como un mensajero despeinado enviado desde lo alto, descendió a tierra.

Tan pronto como aterrizó las cuchillas se plegaron sobre sí mismas, como los pétalos de una flor en la noche, y lo rodearon los niños que le exigían saber cómo funcionaba su artilugio, o le rogaban que los llevara por el cielo. El Doctor se defendió de ellos, riéndose, mientras Fergin se abría paso con dificultad hacia él.

—¿Qué es eso, Doctor?—Fergin le dirigió una mirada no muy convencida a las plegadas “alas”.

—Es mi molinete —contestó el Doctor orgullosamente— ¿Te gusta?.

Fergin frunció el ceño.

—¿Para qué sirve?

—¿Es un juguete? —preguntó uno de los niños.

El Doctor revolvió el pelo del niño.

—No, no es un juguete —adoptó una expresión seria mientras miraba las caras de los adultos que se habían congregado allí.

—Sé que muchos de vosotros estáis preocupados por vuestros seres queridos —dijo— sé que os estáis preguntando qué les está pasando, y por qué, al levantarse esta mañana, habéis encontrado vacío su lugar en la cama.

Hubo un murmullo de consternación, y la gente intercambió miradas, algunas personas asintieron.

—¿Es otro, Doctor? —preguntó alguien.

Otro. Lo nombraban con terror y, sin embargo, con la agotada aceptación de aquellos que están bajo constante asedio.

El doctor asintió en tono de disculpa.

—Sí, me temo que sí.

—¿Quién es esta vez? —preguntó Fergin.

—No estoy seguro todavía ... aunque tengo una desagradable sospecha —frunció el ceño y arrugó la frente—. Sean quienes sean, son furtivos. Un montón de flanes cobardes. Atacan desde el interior, infiltrándose como parásitos.

–Y, ¿cómo va a ayudarnos este ... molinete? –Fergin lanzó otra mirada cautelosa a las plegadas alas, como si esperara que cobraran vida en cualquier momento y empezaran a cortar a la gente indiscriminadamente.

Los ojos del Doctor se iluminaron.

–Ah, bueno, con esto voy a convertirme en un aguafiestas.

Algunos de los niños rieron. Con evidente alivio, uno de ellos le preguntó:

–¿Qué es un aguafiestas?

–En este caso, un aguafiestas es alguien que mete la nariz donde no le llaman –el rostro del Doctor se convirtió en una masa de arrugas al sonreír–. Lo cual, aunque sea yo quien lo diga, es una de las cosas que mejor se me dan.

Aunque sabía que era un comportamiento infantil, el Doctor obtenía un enorme placer al ver la boca abierta por el asombro y la rabia en la cara de Tomalin Pilke, o más bien, de la cosa que estaba controlando a Tomalin Pilke, mientras el le zumbaba por encima.

–No te preocupes –dijo con un gesto alegre– sólo estoy de paso.

Hizo un pequeño ajuste en su destornillador sónico y el motor, que había construido a partir de trozos inertes y piezas de tecnología alienígena que había ido recuperando en secreto durante años, aumentó la intensidad. Ese incremento hizo que las hojas que había por encima de su cabeza zumbaban más rápido y se inclinaban en un ángulo que, aunque leve, lo levantó por encima de los árboles más altos del bosque, cuyas espinosas ramas parecían alargarse en la luz de la luna y agarrarle las piernas.

Había utilizado su destornillador como un sensor de calor para averiguar donde se habían congregado los soñadores, y se dirigía hacia allí. Sabía que no sería capaz de acercarse sigilosamente hasta ellos (el molinete era demasiado ruidoso) pero también sabía que era poco probable que los soñadores tuvieran los medios para acabar con él. Teniendo en cuenta lo que había visto, los soñadores estaban armados únicamente con herramientas de excavación.

No, su mayor problema eran los árboles. Si los soñadores estaban en una parte particularmente densa de la selva, la copa de los árboles sobre

el área de excavación podría ser demasiado gruesa para que la penetrara. Pero eso era un obstáculo con el que lidiaría a su debido tiempo.

Al final no hizo falta que lidiara con ello. Aunque el bosque era el hogar de ocasionales grupos de densas coníferas y pinos, debido a las temperaturas bajo cero y la limitada cantidad de luz propias de Trenzalore, los árboles que lo poblaban estaban, en su mayor parte, enfermos, larguiruchos y ampliamente espaciados. La mayor parte de la vegetación crecía al nivel del suelo y estaba comprendida por especies de plantas que se habían adaptado a las duras condiciones: musgos, helechos y hongos. Éstos recubrían el suelo del bosque formando una gruesa alfombra que a veces hacía difícil el avanzar; como consecuencia los ciudadanos que de vez en cuando tenían razones para adentrarse en el bosque, se limitaban a seguir los caminos probados y de confianza.

La sección del bosque donde se habían reunido los soñadores, a unos tres kilómetros desde donde Tomalin Pilke montaba guardia, estaba fuera del camino aunque la poblaban unos raquíticos y desnudos árboles. Mientras el molinete giraba sobre su cabeza, el Doctor miró hacia abajo para ver a los soñadores que se habían reunido, los cuales, a su vez, se habían puesto de pie para mirarlo al tiempo que sujetaban sus herramientas de excavación. Resultaba extraño, pero todos tenían la misma expresión en sus habitualmente inexpresivos ojos, una rabia furiosa y totalmente ajena. Por un momento fue como si los rostros de la gente del pueblo se hubieran vuelto transparentes, como si pudiera ver a través de ellos al ser que se había infiltrado en ellos.

Como había hecho antes con Tomalin, levantó la mano en un alegre saludo.

—¡Hola!

Hubo un sonido como el de un escape de gas cuando los soñadores, al unísono, le enseñaron los dientes y sisearon.

—No es muy amable —murmuró, aunque a decir verdad la recepción ni le sorprendió ni le preocupó. Él ya estaba evaluando el terreno, escaneando con sus ojos el área que los soñadores habían excavado.

En la tierra había un gran cráter rectangular, más negro que el follaje que lo rodeaba, pero no podía ver lo que había dentro.

—Malditos ojos viejos— murmuró, e hizo un ajuste al destornillador que

disminuyó la oscilación de las hojas, descendiendo lentamente hacia tierra. Mientras descendía, trazando cuidadosamente una ruta a través de los pocos árboles que se extendían hacia el cielo de la noche, los soñadores empezaron a inquietarse. Se agruparon bajo él, el más ágil saltaba y las manos se deslizaban arañando el aire como gatos enfrentados a una bola de lana colgante.

El Doctor se mantuvo fuera de su alcance. Descendió lo suficiente como para poder ver la fosa que habían cavado.

Algo blanco brillaba en el oscuro suelo. Un esqueleto humano con trapos aferrados a sus moteados huesos. Por su aspecto podría decirse que llevaba allí muchos años. ¿Qué interés podía tener un cadáver de hace mucho tiempo para un invasor alienígena?

Sin embargo, el Doctor estaba más preocupado que perplejo. Por sus viajes él sabía que los restos mortales podían ser, a veces, mucho más de lo que parecían. Se había encontrado con muchos cadáveres (y unos cuantos cráneos) a lo largo de los siglos, que habían resultado ser receptáculos de poderosas energías extraterrestres.

—¿Quién es vuestro amigo? —gritó, aunque sin esperar realmente una respuesta.

No consiguió ninguna. Los soñadores se limitaron a continuar silbando y a tratar de agarrarlo.

El Doctor consideró tratar de hablarles para romper la influencia extraterrestre que los controlaba, advertirles de que los esqueletos enterrados en bosques misteriosos nunca eran un buen presagio.

Pero no lo hizo, no tenía ningún sentido. En su lugar habló directamente, y en tono burlón, a lo que se escondía detrás de sus ojos.

—Todavía estás demasiado asustado como para enfrentarte conmigo, ¿verdad? ¿Prefieres esconderte en el bosque, jugando con tus marionetas y perdiendo el tiempo con viejos huesos? —se encogió de hombros—. La verdad, estoy decepcionado. De hecho, eres un enemigo tan decepcionante que casi me avergüenzo de estar hablando contigo.

Miró la hora en su reloj.

—Y, ¡ooh! mira, es casi la hora del té con galletas. No me lo pierdo por nada del mundo, así que cuando decidas salir de tu escondite ven a buscarme y hablaremos, pero te lo advierto, puede ser que todas las galletas

de mermelada estén...

En ese momento le golpeó la primera piedra.

El Doctor no vio quién se la había tirado, simplemente había subido y le había golpeado en la pierna.

Afortunadamente dio en su pata de palo, y no hizo más que un fuerte ruido antes de rebotar.

—¡Oye! —dijo indignado—. Ten cuidado, vas a estropear el barniz.

Otra piedra pasó zumbando hacia él, y esta vez hizo una apresurada maniobra en pleno vuelo para evitarla, lo que le hizo balancearse. Esta segunda piedra pasó tan cerca que sintió el aire cuando la misma pasó cerca de su nariz.

Decidió que era hora de irse, sabiendo que si una piedra le daba en la cabeza y lo dejaba inconsciente se precipitaría hacia el suelo. Por desgracia, el molinete no era tan ágil. Antes de ascender el Doctor tuvo que estabilizar el movimiento del aparato, que se balanceaba, lo cual requería varios complicados ajustes a realizar con el destornillador... y para cuando se puso a ello más misiles (no sólo piedras, sino espadas, azadones y picos) volaban hacia él.

La mayor parte fallaban, o no llegaban a darle por poco, pero no todas. Hubo un ruido sordo cuando otro proyectil golpeó la pierna de madera. Y a continuación, una roca o un trozo de madera rebotaron en su, afortunadamente muy acolchado, hombro, provocando un “uf” de dolor.

Aún así, estas sólo eran heridas menores, se preocupó mucho más cuando un azadón, lanzado como una jabalina, le pasó por encima y le dio a las alas que hacían girar el molinete.

Con un crujido horrible, las alas desaceleraron, se sacudieron, y se atascaron.

—¡Whoa! —gritó el Doctor al sentir que caía en picado. Un segundo después, las hojas trituraban y escupían los trozos de madera y metal, y el Doctor volvió a subir como si fuera una goma elástica. Trató desesperadamente de estabilizar la máquina con el destornillador y, aunque lo consiguió, estaba claro que el molinete estaba dañado. Hacía un ruido alarmante, entre un ruido de molino metálico y un débil puf-puf-puf, y aunque seguía subiendo y moviéndose en la dirección en la que, más o menos, quería ir, no podía evitar sentir que cojeaba por el aire.

—Vamos, pequeño —murmuró con el mismo tono persuasivo que hacía tiempo había utilizado con su TARDIS— ¡Puedes hacerlo!

Apretó fuertemente el destornillador, presionando su cabeza verde con forma de burbuja a la hebilla del grueso cinturón circular en el que se alojaba el motor. El molinete respondió lentamente, titubeando, abriéndose camino a través de las copas de los árboles, volviendo hacia las luces parpadeantes de Navidad.

Cuando dejó atrás la hilera de árboles, el Doctor respiró con más calma. Aunque el molinete todavía reducía velocidad y perdía altura, a partir de aquí se trataba simplemente de lograr abrirse camino entre los pocos campos y pistas locales que había entre el bosque y la ciudad. La máquina había descendido a no más de seis metros sobre el suelo, y resoplaba como un coche en la reserva cuando, con un chirrido metálico, dejó de funcionar.

A pesar de que no se estrelló, el Doctor hizo un descenso más rápido de lo que le hubiera gustado. Preparó sus viejos huesos para el impacto mientras el suelo se le acercaba, y un segundo después se tambaleaba, giró y quedó tendido en el suelo mientras las ligeras palas unidas al rotor se fragmentaban a su espalda.

Finalmente se detuvo y quedó tendido, de cara al camino por el que había venido, sobre lo que quedaba de la mochila, que había en cierta medida había amortiguado su caída. Le dolían varias partes del cuerpo, pero creía que no estaba especialmente malherido. Aún así, tendría que limpiar un poco los pantalones y el abrigo cuando volviera.

Se sentó con un gruñido y de inmediato se dio cuenta de que algo se movía hacia él por la pista. Aunque estaba oscuro, venía rápidamente y con una clara intención. El Doctor giró su destornillador y lo usó como una linterna.

A la luz verde del destornillador vio el rostro ávido de Tomalin aproximándose hacia él. Los ojos del joven se habían convertido en orbes amarillos con rendijas negras en lugar de las pupilas, sus labios habían retrocedido y sus dientes estaban al descubierto, goteando saliva. Agarraba el rastrillo con tanta fuerza que tenía los nudillos tan blancos como el hueso.

Utilizando toda la autoridad que podía sacar de su maltrecho cuerpo, el Doctor rugió

—¡Alto!

Pero Tomalin no se detuvo, y siguió aproximándose. El Doctor trató de ponerse en pie mientras el hombre poseído levantaba el rastrillo por encima de la cabeza para asestar el golpe mortal.

Entonces, detrás del Doctor, una voz resonó en la oscuridad:

–Ya has oído al Doctor, muchacho. ¡Retírate!

De pronto unas manos alzaban al Doctor mientras otros cuerpos pasaban junto a él para enfrentarse a Tomalin. El doctor miró la cara redonda y bigotuda de Fergin Eggleton.

–He reunido a unas cuantas personas. Pensaba que necesitarías algo de ayuda.

El Doctor le dio las gracias con un gesto y se volvió hacia Tomalin, al que habían detenido una pandilla de aldeanos cargados con una selección de armas improvisadas.

–No le hagáis daño –dijo el Doctor– No es responsable de sus acciones.

Tomalin giró la cabeza con brusquedad y fijó los ojos en el Doctor. Sus ojos todavía estaban amarillos.

–Tomalin –dijo el Doctor en un tono más o menos amigable– ¿Por qué no nos muestras tu brazo?

Tomalin retrocedió como si le hubieran picado mientras le siseaba al Doctor.

–¿Qué pasa con su brazo, Doctor? –preguntó Fergin.

–Creo que lleva una marca –El Doctor elevó la voz–. ¿Tengo razón, Tomalin?

En lugar de responder, el joven siseó una vez más, dio media vuelta y huyó internándose en la oscuridad.

Un par de aldeanos se disponía a darle caza, pero el Doctor levantó una mano.

–Dejad que se vaya.

Capítulo 4

—Háblame del esqueleto.

Sentado junto al fuego en la atestada cabaña de Vida Clatterly, el Doctor se inclinó hasta apoyar la barbilla sobre la mano que se cerraba alrededor de la cabeza de su bastón. Vida, la residente de Navidad más antigua, aparte de sí mismo, y la primera guardiana de la historia de la ciudad (una tradición oral transmitida de generación en generación) evitó su mirada. En cambio, centró su atención en la taza de té de hierbas que había en la mesa baja situada entre ellos, murmurando para sí misma mientras se agitaba con un vigor innecesario.

Era una mujer pequeña, arrugada, con la piel color castaño y ojos grandes, suaves y de color grisáceo. Llevaba un chal de colores brillantes y un pañuelo en la cabeza, los cuales brillaban a causa de la cantidad de lentejuelas y botones que los adornaban. El Doctor la conocía desde que era un bebé, de hecho él había ayudado a que naciera. Ella cogió un plato lleno con trozos irregulares y pastosos salpicados de pasas y lo empujó hacia él.

—¿Pastel de roca?

—Vida —dijo el Doctor a modo de advertencia.

Ella suspiró y su mirada se centró en algo que colgaba junto a la chimenea. Era un disco de metal en el que habían grabado unas letras unido a un deshilachado trozo de cinta.

—¿Recuerdas haberme dado eso?

—Recuerdo haberlo hecho —dijo el Doctor—. Campeona de Patinaje de Navidad Sub-16. No recuerdo el año, pero nunca olvidaré tu Triple Salto. Bueno, sobre este esqueleto...

Esta vez Vida suspiró profundamente.

–Es la mayor vergüenza de Navidad.

–Cuéntamelo.

Por primera vez, lo miró a los ojos.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí, Doctor?

Él arrugó la nariz.

–Setecientos años, más o menos, una o cinco décadas arriba o abajo.

–El esqueleto lleva allí novecientos años, soy una de las tres únicas personas que saben, sabían, de su existencia.

–¿Quién era?

Vida miró al fuego, como si pudiera ver la historia desarrollándose allí.

–Su nombre era Jalen Fellwood. Fue uno de los primeros pobladores, un verdugo del pueblo en los días previos al Campo de Verdad. Era ... un hombre malo. Algunos dicen que estaba aliado con las fuerzas oscuras. Tomó como esposa a una chica joven llamada Summerly Treece, y la asesinó como sacrificio para el mal que adoraba, con la esperanza de que a cambio se le concedieran poderes incalculables. Pero el padre de Summerly, Rolan, otro verdugo, reunió a un grupo de “hombres justos” para dar caza a Fellwood. Lo persiguieron hasta el bosque, lo mataron y enterraron su cuerpo en una tumba sin nombre. Salieron el suelo para evitar que su espíritu regresara y se vengara de ellos.

–Sal –murmuró el Doctor.

–Es una defensa mágica.

–Sí, lo sé.

Vida lo miró con el ceño fruncido.

–¿No creerás que...?

–¿Qué?

Soltó una risa nerviosa.

–Bueno... la magia no existe, ¿verdad?

El Doctor se echó hacia atrás con un gruñido y dijo suavemente

–Eso depende de cómo la definas. Hay algunas razas tan antiguas que su ciencia parece ser una forma de magia, los Daemons, los Osirans, los Carrionites, los Hervoken... –sonrió con un deje de nostalgia– y la creencia es muy importante, la mente es algo muy poderoso.

—De todos modos... —empezó a decir Vida, pero fue interrumpida por un golpe en la puerta.

—Adelante —gritó el Doctor, antes de que Vida pudiera decir nada.

La puerta se abrió y apareció la cara regordeta de Fergin.

—Siento interrumpir...

—¿Qué pasa, Fergin?

—Sólo pensé que deberías saberlo, Doctor. Han vuelto. Los que entraron en el bosque, y han traído un condenado esqueleto con ellos.

El doctor entró en la taberna de Navidad y se encontró con que todos los miembros de la pandilla de Fergin habían respondido a su llamada a las armas. Con su bastón en una mano y un saco de arpillera en la otra, miró a las filas de rostros que había a su alrededor y en ellas vio una gran variedad de expresiones: esperanza, ansiedad, miedo, determinación.

Eran buena gente, gente noble. El Doctor quería a todos y cada uno de ellos.

Se sentó y comenzó a hablar.

—A lo que nos enfrentamos —dijo— no está ahí fuera... —agitó su bastón hacia la ventana— está dentro de nosotros, o más bien dentro de vuestros seres queridos, de nuestros seres queridos. Está dentro de los que han estado soñando. Está utilizando sus cuerpos como escudo, y eso significa que la única manera en que podemos derrotarlo es sacándolo de ahí, y la única forma en la que podemos hacerlo es incapacitando a sus huéspedes.

Hubo un murmullo de consternación y alguien hizo una pregunta desde el fondo de la habitación:

—¿Cómo lo hacemos, Doctor?

—Con ésto.

El Doctor dejó la bolsa en el suelo y la parte superior, que había apretado firmemente con el puño, cayó y se abrió. La gente del pueblo miró el saco con cautela mientras su contenido cambiaba y repiqueteaba suavemente. Fergin se agachó y sacó un adorno navideño de plata, como los que decoraban los muchos árboles repartidos por la ciudad.

—¿Qué son... aparte de lo que parecen?

El fantasma de una sonrisa asomó a los arrugados labios del Doctor.

—Bombas.

Fergin miró horrorizado la bola, como si fuera a estallar en cualquier momento. La incredulidad se extendía e incrementaba por toda la habitación.

–¿Qué?

–¿Está de broma!

–Si cree que voy a tirarle una bomba a nuestra Tareena...

El Doctor levantó las mano.

–Venga ya, me conocéis muy bien para pensar eso. ¿Qué es lo que deberías estar preguntando?

Una chica de pelo corto, cuyo rostro mostraba una de las expresiones más ferozmente determinadas de la habitación, dio un paso adelante.

–¿Qué tipo de bombas son, Doctor?

El Doctor sonrió.

–¡Brillante! ¡Dadle a esa niña una manzana de caramelo! –Hizo un esfuerzo y con un gruñido se inclinó hacia delante, cogió una de las bolas de la bolsa y la lanzó al aire.

–Son bombas de sueño. Éste es el plan, entramos, las tiramos, las bolas se rompen y el gas sale, y cuando todos estén dormidos robamos el esqueleto.

Extendió las manos, como si fueran a aplaudirle.

–¿Y eso es todo? –dijo Fergin.

El Doctor lo miró, perplejo.

–¿Qué quieres decir con “eso es todo”?

–Bueno, es un poco... simple.

El doctor levantó un dedo.

–La primera regla para salvar el universo, Fergin es: “nunca te inventes un plan complicado.” Si lo haces y la gente olvida algo, las cosas salen mal.

–¿Para qué quiere esta... cosa el esqueleto, Doctor? –preguntó la chica de pelo corto.

–¡Ja! –dijo el Doctor– ¡Otra excelente pregunta! ¡Estás que te sales, Clara! La chica puso los ojos en blanco.

–Me llamo Taskia, Doctor.

–Claro que sí, no dejes que nadie te diga lo contrario –El Doctor barrió con la mirada aquel mar de rostros, como si quisiera asegurarse de que estaban escuchando–. El esqueleto es todo lo que queda de un hombre

muy malo llamado Jalen Fellwood. Si estoy en lo cierto (y por lo general tengo razón) la Mara lo utilizará como el punto focal que necesita antes de manifestarse.

—¿La Mara? —dijo Taskia— ¿Es ese el nombre de la cosa a la que nos enfrentamos?

—Sí.

—¿Qué quieres decir con “manifestarse”, Doctor? —preguntó Fergin—. ¿Significa que le devolverá la vida al esqueleto?

—Lo utilizará como un marco, pondrá carne en los huesos y, con el tiempo, ganará suficiente poder como para adoptar su verdadera forma.

—¿Cuál es su verdadera forma? —preguntó Taskia.

El Doctor agitó una mano en el aire como si estuviera dirigiendo una orquesta.

—Bueno, estrictamente la Mara es una entidad gestalt, tiene muchas formas, y ninguna. Proviene de los lugares oscuros del interior, o eso es lo que los Kinda solían decir.

—¿Los Kinda?

—No importa. El hecho es que cuando quiere hacer una entrada espectacular, cuando realmente presume, la Mara se convierte en una enorme serpiente roja... bueno, más bien de un color cereza, la verdad —levantó las cejas, nada impresionado—. Personalmente creo que tiene complejo de inferioridad.

Taskia se inclinó hacia adelante y le tocó la mano, como para mantenerlo concentrado.

—Entonces, ¿qué hacemos con el esqueleto cuando nos hayamos hecho con él, Doctor? ¿Y cómo derrotaremos a la Mara?

El Doctor refunfuñó.

—Preguntas, preguntas, resolvamos los problemas de uno en uno, ¿de acuerdo?

—¿Quieres decir que no lo sabes?

—Bueno... todavía no —admitió y, a continuación, su flácida y arrugada cara se iluminó con una sonrisa encantadora—. Pero cuando llegue el momento estoy seguro de que se nos ocurrirá algo.

Capítulo 5

—Sólo son dos —susurró Fergin al oído del Doctor—. Podemos con ellos.

Se refería a los guardias, que estaban vigilando, uno armado con una azada, el otro con un hacha, fuera de un gran granero. El granero estaba adosado a una granja de la esquina oeste de Navidad, apartado de la comunidad por los campos cubiertos de nieve que la rodeaban. La granja pertenecía a la familia Svorsen, y de hecho, Clem Svorsen, el mayor de los tres hijos del granjero, era uno de los guardias.

El Doctor, asomándose desde detrás de un seto denso, y con el resto de la cuadrilla de Fergin apiñados en las sombras por detrás, sacudió la cabeza.

—Esos chicos son amigos tuyos; amigos vuestros. Ni se os ocurra hacerles daño a ellos; o a cualquiera.

Una tímida voz se alzó entre la multitud:

—Pero si están ayudando a la Mara.

La voz fue pisoteada, aunque suavemente, por otra, y rápidamente se levantó un murmullo. El Doctor respondió con un feroz gesto de silencio.

—No están ayudando a la Mara, están siendo controlados por la Mara. Esos chicos, y quien esté en ese granero, son víctimas, y cualquiera de vosotros podría haber ocupado su lugar. No lo olvidéis.

Se dio la vuelta y observó. Varias personas miraron hacia el suelo avergonzados.

—¿Entonces cómo los pasamos, Doctor? —preguntó Fergin—. ¿Los distraemos?

El Doctor se tocó un lateral de la nariz.

—Déjame eso a mí.

En cuanto le vieron los guardias, saliendo tranquilamente de la oscuridad invernal, se pusieron rígidos y adoptaron una posición de combate, con las rodillas flexionadas, las piernas separadas, las armas apuntando hacia él.

El Doctor levantó una mano.

—Parad el carro, chicos, vengo en son de paz. He venido a hablar con el jefe.

De cerca pudo ver cómo la influencia de la Mara estaba afectando a los dos hombres. Su piel era roja y moteada, como el blanco de sus ojos, e incluso sus dientes. No veía las marcas delatoras de la Mara en sus brazos, por culpa de las inmensas chaquetas que llevaban, pero sospechaba que sí las tenían: rayas curvas de piel inflamada y enrojecida, las cuales, con el tiempo, se marcaban más, asimilándose a una serpiente, hasta que sobresalían de la superficie y se despegaban, brotes físicos de la misma Mara, infectando al que la tocara.

Los ojos de Clem Svorsen cambiaron de repente. Se volvieron amarillos, como los de una serpiente, y sus pupilas se estrecharon. Abrió la boca y habló con una voz que no sonaba como la suya; débil y sinuosa, carente de amabilidad.

—Hablaremos, Doctor, a su debido tiempo; pero aún no.

—Oh no —dijo el Doctor, sacudiendo la cabeza—, ni se te ocurra venir aquí, y comenzar a soltarme el rollo. Este es mi hogar, mis reglas.

La Mara soltó una fría carcajada.

—Para ser el hombre más temido de este universo eres una criatura inútil e insignificante. No me puedes hacer daño, Doctor. Si lo intentas, acabarás dañando a los que amas.

—¿Amar? —se mofó el Doctor—. ¿Qué sabes tú de amar?

—Lo leo en la mente de esta criatura. Tiene cierto amor por ti. Todos lo tienen. Y tú por ellos.

—Sí, ya, eso es lo que pasa cuando se juega al Twister a temperaturas bajo cero. Nos apegamos. A veces literalmente.

—Tus balbuceos no tienen sentido, Doctor.

—Sólo si piensas que es un balbuceo. Yo, lo llamo una distracción verbal ingeniosa.

Con eso, el Doctor retiró la mano que había metido en el bolsillo de su chaqueta, la abrió y sopló lo de dentro. Una nube de polvo blanco, como una ventisca de nieve, envolvió las cabezas de los dos guardias. Tosieron y farfullaron durante un momento, y luego, recuperándose, miraron al Doctor y levantaron sus armas.

El Doctor retrocedió, con la esperanza de que no hubiera calculado mal la fuerza de la dosis. . .

Y tenía razón. Al mismo tiempo, las caras de los hombres se adormecieron, sus ojos se cerraron y se desplomaron sobre el suelo.

Volviéndose hacia el seto que bordeaba el camino que daba al granero, el Doctor extendió los brazos.

—¡Tachán!

En ese momento, unas figuras emergieron y se acercaron poco a poco hacia él, oscuras en contraste con la nieve. Fergin miró a los guardias inconscientes.

—¿Están bien?

—Durmiendo como unos bebés. No está mal lo que se puede hacer con el elemento sorpresa.

Apartaron a los guardias del camino, y luego el Doctor se retiró cuando la gente del pueblo, liderada por Fergin, se arrojaba contra las grandes puertas dobles del granero. Las puertas se doblaron y se astillaron, pero no cedieron. Obviamente las habían asegurado desde dentro, probablemente con un taco de madera entre las puertas.

—¡Deprisa! —insistió el Doctor, aunque sabía que la gente estaba haciendo lo que podía.

De repente hubo un fuerte crujido y las puertas se combaron hacia dentro.

—Ya casi está —gritó Fergin, con su cara roja y sudorosa a pesar del frío—. ¡Una vez más! Todos juntos. . .

La gente del pueblo se precipitó contra las puertas. Hubo otro chasquido, y las puertas se abrieron de golpe. Cogidos por sorpresa, algunos se cayeron, y rápidamente se incorporaron. El Doctor, apartado a un lado, pudo ver un brillo parpadeante de color azul claro brillar desde el interior del granero, y oír un leve sonido. Alguna gente retrocedió, con intimidación y temor en sus caras. Ahora que habían conseguido entrar, parecían

indecisos de qué hacer a continuación, dirigiendo las cabezas hacia el Doctor. Tan rápido como sus chirriantes articulaciones y su pierna de madera pudieron llevarlo, el Doctor se arrastró hacia adelante.

Como la mayoría de los graneros, éste era un gran espacio abierto lleno de paja y herramientas. Al otro lado, en un ataúd improvisado, estaba el esqueleto de Jalen Fellwood. A su alrededor en un corro, tumbados como las muescas del final de la cara de un reloj, estaba la gente del pueblo que había sucumbido a la influencia de la Mara. Parecían estar teniendo un sueño colectivo, en el que sus cuerpos temblaban y se sacudían, y sus ojos se movían por debajo de sus párpados cerrados.

La luz azul claro venía de los crepitantes hilos de energía que parecían fluir directamente de las mentes de los soñadores al esqueleto. Desde lejos el efecto era el de una enorme araña brillante, en el que el esqueleto era el cuerpo de la criatura y los hilos de energía, sus arqueadas y peludas patas.

Fergin miró al Doctor, perplejo.

—¿Tiramos ya las bombas somníferas, Doctor?

Más enfadado consigo mismo que con cualquier otro, el Doctor soltó:

—¿Qué sentido tendría eso? ¡Llegamos demasiado tarde!

El esqueleto irradiaba luz parpadeante. El Doctor se sacó el destornillador sónico y lo encendió, con la esperanza de que perturbara las ondas de energía, pero fue inútil. La energía del sueño ya estaba demasiado sustentada, era demasiado poderosa. Cubriéndose los ojos, el Doctor se acercó cojeando a los soñadores y al esqueleto, mientras todavía intentaba ajustar la configuración de su sónico.

Pero pudo ver a través del resplandor que varios hilos de membrana se estaban empezando a arrastrar por encima de los huesos, que se estaban formando músculos y venas y órganos de la nada. Acercándose más, sintió un desagradable cosquilleo en la piel. Respirando hondo, entró de una zancada en el campo de energía e inmediatamente comenzó a gritar. Hubo un crujido, una sensación súbita de dolor, y fue lanzado hacia atrás.

La siguiente cosa que supo fue que la gente se estaba arremolinando a su alrededor, ayudándolo a ponerse de pie, preguntándole si estaba bien. El Doctor asintió impacientemente, volviendo a dirigir su atención hacia el esqueleto. Sus ojos se abrieron como platos. La gente del pueblo soltó un grito ahogado; algunos comenzaron a alejarse de espaldas.

En el ataúd, el esqueleto de Jalen Fellwood comenzó a levantarse lentamente. Volvió su cabeza para mirarlos.

Todavía estaba incompleto, sus ojos brillaban en el interior de sus cuencas, su musculatura se hacía visible bajo una fantasmagórica pátina de piel a medio formar. Sin embargo, estaba claro que el cuerpo que estaba tomando forma alrededor de los huesos no era humano; al menos no del todo. Los ojos eran los de la Mara, amarillos y reptilianos. Y la piel que se estaba formando encima de la carne era escamosa y rugosa, enrojeciéndose cada vez más mientras la observaban.

—¿Qué hacemos, Doctor? —preguntó Fergin, acercándose a él furtivamente.

El Doctor consideró las opciones; no había muchas.

—En cuanto la Mara se haga manifiesta, tirad las bombas de sueño. Pasa la bola.

Fergin asintió.

—¿Eso la detendrá?

El rostro del Doctor fue solemne.

—Más vale intentarlo.

No tuvieron que esperar mucho. El híbrido humano-Mara ya estaba casi completo. Se levantó del ataúd y se estiró, contemplando su nueva forma. Su cabeza era plana, su hocico alargado; una capucha de cobra sobresalía de cada lado de su pálida y rugosa garganta. Abrió la boca para sisearlos, revelando una lengua bífida negra y colmillos curvados.

En cuanto los hilos azules de energía entre los soñadores y la Mara se consumieron y se quebraron, el Doctor exclamó:

—¡Ahora!

Una lluvia de esferas plateadas se precipitó hacia la Mara, explotando en cuanto tocaron el suelo. Un polvo blanco se condensó en una nube, oscureciendo a la criatura. El Doctor entrecerró los ojos y mantuvo la respiración, esperando que contra todo pronóstico. . .

Pero entonces la escuchó reptar a toda velocidad, y al segundo siguiente vio un destello rojo al mismo tiempo que la Mara salía disparada como una bala y se dirigía hacia la pared de la izquierda.

Hubo gritos, chillidos, dedos señalando. Más similar a una araña que a una serpiente, la Mara empezó a ascender por la pared vertical. Se movía

como un rayo. Antes de que nadie pudiera reaccionar para interceptarla, ya había recorrido toda la pared y salido por la puerta.

El Doctor dio una vuelta de 360 grados sobre su pierna de madera y se dispuso a seguirla. Pero cuando consiguió abrirse paso a través de la multitud y salir, escaneando el paisaje permanentemente nevado, la Mara se había esfumado.

—¿Alguna novedad?

Samanda Glyde apartó la vista del paciente que había estado examinando. El Doctor estaba de pie en la puerta, apoyado en su bastón, mirando sombríamente de arriba a abajo las dos filas de camas de hospital.

La enfermería de Navidad era un edificio de madera, no mucho más grande que un granero de tamaño normal, y todas las camas de su única sala estaban actualmente ocupadas. Aunque no era inusual (después de cada incursión alienígena casi siempre había pacientes que atender), lo que era raro es que estos pacientes en particular estaban muy tranquilos. La mejor amiga de Samanda, Taskia, había ido ayer al granero de los Svorsen y le había contado lo que había pasado. Desde entonces nadie había visto al alienígena, a la Mara. La tensión en la ciudad era palpable, la comunidad se sumió en una atmósfera de taciturna aprehensión. Mientras tanto, era trabajo de Samanda cuidar de las víctimas de la Mara.

Tampoco es que necesitaran mucha atención. Dormían plácidamente. Parte de ello se debía a que el Doctor les había fabricado a todos “inhibidores del sueño”, unos curiosos aparatitos de metal y cables, que había improvisado de cachos y piezas que guardaba en la Torre del Reloj. Aunque los “inhibidores del sueño” que había improvisado eran diferentes, todos tenían una cosa en común: activados por un toque del destornillador sónico del Doctor, daban un pulso continuo y parpadeante que el Doctor le había asegurado a Samanda que ahuyentaría a la Mara.

Sacudiendo la cabeza en respuesta a la pregunta del Doctor, dijo:

—No, siguen todos dormidos. Eso es bueno, ¿no?

—Sí. Y no. —El Doctor recorrió cojeando la nave central, escudriñando una por una a cada forma durmiente. Los rostros de las víctimas de la Mara estaban rojos y llenos de ronchas, y en ambos brazos sobresalía la marca de una serpiente.

—¿Por qué no? —preguntó Samanda.

–Porque son los ojos y oídos de la Mara, y hasta que no la destruyamos no puedo asumir el riesgo de levantarlos. Pero cuanto más duermen, más débiles se vuelven, hasta que...

–Mueran –murmuró Samanda.

El Doctor no dijo nada.

–¿Cómo la vas a encontrar? –preguntó Samanda.

El Doctor suspiró.

–Oh, fijo que me encuentra ella a mí. No quiero ir por ahí de chulo, pero está aquí por mí. –Sus líneas de expresión se transformaron en una débil sonrisa y sus ojos se ablandaron–. Mientras tanto, ¿qué tal un poco de chocolate caliente? Con seis azucarillos para mí.

Antes de que Samanda pudiera responder, la puerta de la sala se volvió a abrir y Taskia apareció. Tenía los ojos como platos y sus hombros estaban jadeando, como si hubiera estado corriendo.

–Está aquí –dijo de manera entrecortada–. Esa cosa... Está en la escuela.

Instantáneamente, el rostro del Doctor se oscureció. Levantó el bastón y lo dejó caer con tanta fuerza que Samanda pensó que las tablas del suelo se habían astillado.

–¡Ni se te ocurra! –rugió–. ¡Ni se te ocurra!

Para ser un anciano con una pierna de madera, el Doctor podía moverse increíblemente rápido cuando se le sacaba de quicio. Dejó que la gente lo siguiera mientras recorría a pisotones la calle principal, en cuyos hombros y escasa melena se iba posando la nieve. Se detuvo delante de la escuela; un edificio de madera pintado de blanco con una puerta y ventanas azules.

–¡Sal y enfréntate a mí, Mara! –exclamó, sacudiendo el bastón–. ¡Ven y métete con alguien de tu tamaño!

Durante un instante nada ocurrió. Entonces un grito se elevó de entre el gentío a diez metros por detrás.

–¡Allí arriba, Doctor! ¡En el tejado!

El Doctor alzó la vista. En efecto, era el híbrido Mara-humano, agachado en el tejado de la escuela, con su roja piel sobresaliendo por encima de los árboles cargados de nieve que tenía por detrás. Con la boca abierta y los colmillos al descubierto, parecía estar sonriendo maliciosamente.

—¿Qué pasa, Mara? —gritó el Doctor—. ¿Tienes miedo de enfrentarte a mí, de hombre a reptil?

La puerta de la escuela se abrió de golpe y lo que parecían ser los niños de toda la población de la ciudad salieron a borbotones. Hubo chillidos y gritos de shock provenientes de la gente aglomerada detrás del Doctor, muchos de los cuales eran padres de los que estaban entre la multitud emergente.

El rostro del Doctor permaneció frío y lleno de ira mientras escaneaba las expresiones de los niños. Todos y cada uno de ellos eran ahora sirvientes de la Mara. Sus rostros estaban enrojecidos, sus facciones en blanco, sus ojos mirando al vacío. Aquellos cuyos brazos estaban expuestos portaban la marca de la Mara en su piel.

—¿Ahora usas a niños para librar tus batallas? —gruñó, mirando hacia la criatura serpiente—. Incluso para algo que pasa la mayor parte del tiempo en su barriga, es rastrero.

Los niños se pararon formando un semicírculo irregular. Uno de ellos dio un paso hacia adelante. El Doctor lo reconoció como el hijo de Alianza Torp. ¿Cómo se llamaba? ¿Barnable? No, Pericles, es verdad.

El chico parpadeó y de repente sus ojos se volvieron amarillos como los de una serpiente.

—Di tu nombre, Doctor —dijo con una voz gélida.

—¿Por qué? —soltó el Doctor.

—Porque si no, le haré daño a las personas que amas.

El Doctor se encogió de hombros.

—No es un argumento muy persuasivo. Verás, si te digo mi nombre, descenderá un infierno, literalmente, y la gente que amo morirá de todas formas, barrida como una viruta en la tormenta más grande que este universo haya visto. —Señaló con su bastón no a Pericles, sino a la criatura del tejado—. Pero eso es lo que quieres, ¿no, Mara? Te mueres por ello. Quieres rellenar tus mejillas de reptil con toda esa barbaridad y degradación y crueldad. Porque eso es lo que eres, te alimentas de lo que cae al fondo del mar. No supones un beneficio para nadie más que para ti misma, así que ¿por qué no vuelves por dónde te has venido, antes de que me enfade de verdad?

Escupió esas últimas palabras sacudiendo su cuerpo con tal rabia que la gente del pueblo de detrás suya retrocedió como un metro.

La Mara, sin embargo, ni parpadeó. Lo miró fríamente a través de los ojos del chico que había seleccionado como portavoz.

Finalmente dijo:

—Al menos, en la guerra las muertes de aquellos que amas serán rápidas. ¿Pero qué difícil será ver a los niños destruir a sus padres?

Simultáneamente los niños, antes como estatuas, comenzaron a moverse. Sus ojos se volvieron amarillos, y actuando como una única entidad, abrieron sus bocas y sisearon.

A medida que avanzaban, con garras en vez de dedos, el Doctor se dio la vuelta y chilló:

—¡Retirada! ¡A la granja de nieve, como os dije!

La gente del pueblo no necesitó ni que se lo dijeran. Aunque muchos de ellos dudaron en correr hacia sus hijos, recogerlos, salvarlos de algún modo, confiaban en el Doctor implícitamente y habían atendido cuidadosamente a lo que les había dicho el día anterior.

La granja de nieve de las afueras de la ciudad, con sus grandes puertas de hierro y sus paredes de piedra maciza, iba a ser su refugio, su santuario.

Como si fueran uno, y con el Doctor cubriéndoles las espaldas, se dieron la vuelta y echaron a correr.

Capítulo 6

–¡Deprisa, Doctor!

Fergin estaba dentro de las enormes puertas de la granja de nieve, con los brazos enrollados alrededor de dos de sus postes de metal. Con una puerta ya cerrada, se estaba preparando para empujar la otra, en cuanto todos los del pueblo hubieran pasado.

El último fue el Doctor, quien, a pesar de su edad y debilidad, todavía se las arregló para alcanzar al grupo.

Vino a zancadas por el suelo nevado, con la cabeza gacha, su pierna de madera rotando con cada paso, su bastón para caminar operando más o menos como un miembro extra.

–¡Ahora, Fergin! –exclamó mientras se escurría por la rendija.

Cuando un par de personas se adelantaron para atrapar al Doctor antes de que se cayera de morros, Fergin cerró la puerta con un golpe. Taskia inmediatamente apareció de un salto con una pesada cadena, la cual enrolló alrededor de las dos puertas y luego aseguró con un candado del tamaño de un puño.

Pericles Torp, que encabezaba al grupo de niños, se agolpó contra la puerta con un siseo furioso e intentó escalarla, pero patinó y cayó al suelo.

Reincorporado gracias a la gente del pueblo que le había cogido, el Doctor se acercó cojeando a la puerta. Él y Pericles se miraron durante un momento a través de las barras. Fue entonces cuando el Doctor habló.

–Muy bien, Mara, escúchame. No tolero las amenazas, pero estoy preparado para ofrecerte una proposición siempre y cuando dejes en paz a mis amigos. Encuéntrate conmigo en la calle principal dentro de diez minutos,

solos tú y yo, cara a cara. ¿Qué dices?

Pericles parpadeó sus ojos amarillos de serpiente.

—¿Qué clase de truco es este?

—Ninguno. Sólo una charla. Pero no metas a los niños en esto. Devuélvelos a la escuela. Quiero hablar con el titiritero. No con la marioneta.

El chico lo miró sin parpadear mientras la Mara consideraba su propuesta. Finalmente dijo:

—Muy bien. Pero recuerda, Doctor, los niños están bajo mi mando. Puedo ordenarles que se despedacen entre ellos sin previo aviso.

Los ojos del Doctor se entrecerraron.

—Diez minutos —repitió.

Entonces sin soltar ninguna otra palabra, se dio la vuelta y se fue corriendo.

El Doctor yacía de pie sobre la nieve, aparentemente ignorante de los copos que se le pegaban al pelo y a los hombros de su abrigo. Las casas que se alineaban a ambos lados de la amplia calle estaban en silencio, aunque una suave luz ámbar radiaba de algunas ventanas. La postura del Doctor era casual; no parecía aprehensivo ni decidido, tan sólo paciente, como si pudiera esperar durante horas. Un fragmento de una vieja rima corrió por su mente: No se oía ni un ruidito, ni siquiera chillar a un ratón. . .

Pero sí que se oía algo. En la blanca oscuridad, al final de la calle, hubo indicio de movimiento. Un destello de color rojo.

La Mara se estaba acercando.

Aunque se movía a dos patas, parecía reptar desde la oscuridad. Parecía más alargada, más como una serpiente, de lo que había sido cuando el Doctor la vio en el granero, pero todavía se la reconocía como humano. Eso era bueno, pues significaba que la criatura no se había hecho del todo manifiesta, que su asidero a este mundo seguía siendo tenue. Miró al Doctor con unos ojos que relucían como lámparas amarillas, sacando una lengua negra y delgada. Sus escamas rojas parecían ser intermitentes, haciendo refulgir su capucha de cobra como una vela.

Tranquilamente, el Doctor dijo:

—Hola, Mara.

La Mara lo rodeó, con unos movimientos ágiles, de bailarina, como si deseara examinarlo desde todos los ángulos. El Doctor se quedó quieto,

mirando al frente.

Cuando la Mara dio una vuelta completa a su alrededor y se volvieron a mirar, dijo:

—¿Aún no me temes, Doctor?

El Doctor se encogió de hombros.

—Me temo que no. Lo siento. Sólo sienten miedo aquellos que tienen algo por lo que vivir.

La Mara sonó casi sorprendida.

—¿De verdad estás tan cansado de la vida?

—He visto el futuro —El Doctor puso una mueca—. Termina en llamas.

—Qué delicioso —siseó la Mara. Su tono cambió, se volvió menos juguetón—. ¿Tienes algo que ofrecerme?

El Doctor asintió.

—Sí. Última oferta. Lárgate de este planeta, vuelve por donde has venido, y no te destruiré.

La Mara se echó a reír.

—Oh, qué pena. Me esperaba mucho más.

—Así es la vida —dijo el Doctor.

De pronto la Mara se echó sobre él, con la boca abierta y sus colmillos relucientes. El Doctor mantuvo la calma. Cuando estuvieron casi frente a frente, la Mara se detuvo, mirándolo directamente a los ojos. Silbantemente dijo:

—No puedes ganar esta batalla, Doctor. Si no dices tu nombre adrede, te obligaré. Esta gente me pertenece. Puedo invadir sus sueños, controlarlos a voluntad. Y pronto conseguiré invadir también los tuyos. Me abriré paso por tu mente y te haré escupir tu nombre... y luego será el caos.

El Doctor puso los ojos en blanco.

—Sí, ya, ya he oído eso antes. Aburrido, aburrido. —Alargó un dedo y tocó a la Mara en su escamoso pecho—. Si lo piensas hacer, ¿por qué no lo haces ahora, eh? ¿Por qué no acabas con esto? Te lo voy a decir yo, ¿vale? Es porque no puedes. Es porque no eres lo suficientemente fuerte. Ni siquiera has conseguido entrar todavía ni en la mitad de estos insignificantes humanos, ¿verdad? Estás atrapada entre la oscuridad y la luz, entre la espada y la pared.

La Mara retrocedió, ofendida por sus comentarios.

—Cada vez somos más fuertes, Doctor. Pronto nada será un obstáculo para nosotros.

—Pronto, pronto, pronto. Ya, sí, tal vez no tenga tanto tiempo para esperar.

—No tienes elección. No puedes destruirnos. No puedes escapar de nosotros.

—No sois los únicos.

La Mara entrecerró los ojos.

—¿Qué significa eso?

En vez de responder, el Doctor levantó una mano y la sacudió en círculos por encima de su cabeza.

—¿Sabes lo que es esto? ¿Este sitio? Es una granja de nieve. Fabrica nieve de más y la reparte a otras colonias repartidas por el planeta. A los humanos les encanta la nieve. ¿Has construido alguna vez un muñeco de nieve, Mara? ¿Has estado alguna vez en una batalla de bolas de nieve? ¿Cogido un copo con la lengua y dejado que se derritiera?

—Esto es irrelevante —se burló la Mara.

El Doctor soltó un bufido.

—¡Irrelevante! Vale. Eso es lo que decís siempre. Todos los déspotas locos por el poder que sólo quieren conquistar y destruir. Cualquier cosa trivial, divertida, es irrelevante. ¿Pues sabes qué? Apuesto a que Jalen Fellwood no piensa así.

La Mara pareció durante un momento haber sido cogida por sorpresa.

—Jalen Fellwood está muerto.

—Estrictamente hablando, sí —dijo el Doctor, levantando la voz—. Y pese a ello sigue aquí, ¿no? ¿En tu interior? La vil entidad en la que estaba metido hacía todos esos siglos guardó una pequeña parte de él vivo. Atrapada en el interior de esos viejos huesos. Una furiosa pepita de odio. Porque por eso estás aquí, ¿no? ¿No es eso lo que dependes? El mundo los cría y ellos se juntan. Puede que Jalen Fellwood esté muerto, pero sigue siendo tu punto focal. Tu corazón. —Se detuvo. Su voz se redujo de repente—. Tu talón de Aquiles.

Estaba claro que la Mara se estaba poniendo nerviosa. Retrocedió con unos ojos que se movían de un lado al otro, como si se esperara una emboscada, un ataque. El Doctor dio un paso al frente, todavía hablando,

tomando ventaja.

—¿Sabes lo que hizo la gente de Navidad después de enterrar el cuerpo de Fellwood en el bosque? Sembraron la tierra con sal. Lo hicieron para que el espíritu de Fellwood no volviera, y así no pudiera vengarse.

»Sal. Qué cosa tan simple. Tan inocua. Y aun así consiguió atrapar a Fellwood y al mal que lo controlaba. Sepultado en el suelo durante siglos. ¿Y sabes qué Mara? ¿Sabes por qué Fellwood quedó atrapado? Es porque creía. Creía que la sal era poderosa y creía que esa sal lo destruiría. . .

La voz del Doctor se redujo a un murmullo.

—Y todavía crees en ello, ¿no, Jalen? Todavía crees en ello.

La Mara lo volvió a decir, aunque no sonó tan segura esta vez.

—Jalen Fellwood está muerto.

Como respuesta, el Doctor alzó la vista hacia la nieve y sacó la lengua.

Un copo aterrizó en ella. Se la tragó. Sonrió.

—¿Has cogido alguna vez un copo con la boca y dejado que se derritiera en la lengua? —le volvió a preguntar—. Deberías intentarlo, Mara. Es uno de los pequeños e irrelevantes placeres de la vida. —Entonces se relamió los labios—. Pero fíjate, menudo sabor que tiene esta nieve. Sabe. . . mmm, ¿cómo se decía? —Su rostro se encendió—. ¡Oh, sí, ya! ¡Sabe salado!

De repente la Mara se alarmó. Su cabeza se alzó para mirar cómo la nieve giraba, vagaba, caía del cielo.

—¡Mi propia receta! —exclamó el Doctor triunfal, señalando con su bastón a la distante chimenea que, desde dónde estaban ellos, era lo único que se veía de la granja de nieve—. Toda la sal a la que la gente de Navidad pudo ponerle las manos encima. Se la mezcla con el agua de las cámaras de nieve, se ajustan unos cuantos controles, y ¡tachán! ¡Nieve salada! —Sonrió—. ¿Qué te parece? ¿Crees que tendrá éxito?

La Mara gritó. Su piel roja y escamosa estaba comenzando a evaporarse y a hervir a medida que los copos de nieve la tocaban. Giró, rodó, pero no había escapatoria. Se encaró al Doctor, con unos ojos amarillos llenos de furia.

—¡Los destruiré a todos! ¡A todos los niños! ¡A toda la gente que quieres! ¡Les ordenaré que se despedacen entre sí!

El Doctor sacudió la cabeza.

—Oh, me parece que no. Creo que ya tienes bastante con mantener el cuerpo y el alma de una pieza. Mírate, Mara. Te estás rasgando.

Era cierto. Cada uno de los copos de nieve que se habían posado sobre la Mara estaba haciendo que su piel hirviera, ardiera, que se licuara. Tiempo después la criatura serpiente comenzó a parecerse a una vela de cera roja expuesta a un inmenso calor, y su forma física se distorsionó, se disolvió. Y cuando se disolvió, se secó, se desvaneció, como si nunca hubiera existido, excepto quizás en un sueño.

La Mara forcejeó y se retorció y siseó cuanto pudo, pero sus esfuerzos se redujeron, se hicieron más débiles...

Hasta que finalmente todo lo que quedó de ella fue una cáscara de huesos grises y quebradizos en un suelo cubierto de nieve recién caída.

Aliganza Torp se levantó de un grito de lo que parecía haber sido el sueño más largo y profundo que hubiera tenido en la vida. Creía que había tenido sueños raros, pero no se acordaba bien. La primera cosa que vio cuando abrió los ojos fue el rostro de un anciano escudriñándolo. Conocía al anciano, pero tardó un rato en situarlo; y entonces Aliganza cayó en la cuenta: era el Doctor. El Doctor estaba sujetando un extraño collar en la mano, el cual parecía haber retirado de la cabeza de Aliganza.

—Hola —dijo el Doctor en voz baja—. Bienvenido de nuevo.

Aliganza parpadeó. Tenía la sensación de que no estaba en su cama.

—¿Me he ido a alguna parte?

—Por así decirlo —dijo el Doctor, y dejó caer el curioso collar en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Qué es eso? —preguntó Aliganza.

—¿El qué? —Y entonces el Doctor se dio cuenta de a qué estaba mirando Aliganza—. Oh, eso. Es un inhibidor de sueño.

—¿Un inhibidor de sueño? ¿Qué significa eso?

—Significa —dijo el Doctor— no más pesadillas.

Instintivamente, Aliganza se fue a mirar el antebrazo. Pensó que tenía algo allí, pero no había nada.

Un recuerdo repentino de unos ojos amarillos pasaron por su mente en un abrir y cerrar de ojos. Su mano se alargó y agarró al Doctor del brazo.

—Doctor —soltó antes de saber lo que iba a decir—, ¿estamos ya a salvo? ¿Se ha ido?

–Sí –dijo el Doctor con dulzura, y le dio una palmadita en la mano–.
Se ha ido.

–¿Para siempre? –preguntó Aliganza.

El Doctor se detuvo. Ladeó la cabeza.

–Ah, pues –murmuró, y sus arrugadas facciones se convirtieron en una
sonrisa torcida–. ¿Quién sabe? Para siempre es mucho tiempo.

Notas de traducción

Organización

Organizado en Trello por Bigomby y Scnyc.

Traducción

Traducido mediante Google Translator Toolkit por:

- Takhisis Eam
- Nicolas Gonzalez Atencio
- Sesiom
- Tamy
- Tamara The Doctor
- Raúl Domínguez
- Lucie de la Tour
- Cele F.
- Ada Mirasol
- Nerea

Corrección

Corregido usando Google Docs por:

- David Álvarez
- Flor Pond
- David Formentin

Maquetación

Maquetación en LaTeX por Bigomby.

Portada

Portada realizada por Rick.

Agradecimientos y colaboraciones

Con la colaboracion de msg_amgeek y Weber.

Agradecimientos a todas las webs y foros que han ayudado a difundir estas traducciones.

Menciones especiales

- Doctor Who Foro
- El Destornillador Sónico
- Papel Psiquico
- Asociación Planeta Gallifrey
- Con T de Tardis
- Doctor Who Wiki en Español
- Doctor Who Spain
- Kalelelvigilante